

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA**

**IZTAPALAPA**

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Maestría en Filosofía de la Ciencia

***“LA TEORIA SOCIAL Y SU HISTORIA: PRESENTISMO E  
HISTORICISMO”***

(Tesis)

Alberto Mercado Villalobos

Asesor: Dr. Ambrosio Velasco Gómez

Mayo 1996

**A Soledad y Ernesto.**

**A Adriana.**

**In Memoriam:**

**Vidal Zamora Andrade**

## INDICE

	Pág.
Resumen.....	1
INTRODUCCION.....	2
<b>CAPITULO I.</b>	
<i>CONSENSO Y DISENSO POSITIVISTA EN LA TEORIA SOCIAL</i> .....	8
1. El consenso positivista en la sociología.....	9
2. La filosofía de la ciencia social y una primera etapa de desgaste del consenso positivista.....	14
3. La filosofía de la ciencia natural como un segundo momento de crítica al positivismo.....	21
4. La recuperación de la historia en la teoría social.....	27
<b>CAPITULO II.</b>	
<i>LA HISTORIOGRAFIA POSITIVISTA Y LA TEORIA SOCIAL</i> .....	29
1. La significación del pasado para el presente en la historia presentista.....	29
2. La historiografía presentista de Robert. K. Merton.....	31
<b>CAPITULO III.</b>	
<i>HISTORICISMO Y POSTPOSITIVISMO SOCIOLOGICO</i> .....	41
1. La crítica historicista a la continuidad presentista. Robert A. Jones.....	41
2. Robert Allun Jones: la necesidad de historiadores profesionales en la teoría social.....	43

3. J.D.Y. Peel: los límites del presentismo y del historicismo en la teoría social.....	46
4. Postpositivismo sociológico e historiografía. Jeffrey Alexander y Steven Seidman.....	49
4.1. La lógica multidimensional de J. Alexander.....	50
4.2. El replanteamiento de la lógica de la ciencia social a partir de la historia.....	51
4.3. La crítica de Alexander a la historiografía historicista.....	57
4.4. Steven Seidman: un intento de fundamentar la continuidad sin acumulacionismo.....	61
5. Conclusiones.....	65
 <b>CAPITULO IV.</b> <i>HACIA UNA METODOLOGIA HISTORIOGRAFICA HERMENEUTICA EN LA TEORIA SOCIAL</i> .....	67
1. Significados originales vs. significaciones actuales.....	67
2. Historiografía y hermenéutica.....	74
3. La crítica de H. G. Gadamer al intento historicista de recuperar los significados originales.....	75
4. Paul Ricoeur: el texto y la continuidad entre pasado y presente.....	85
5. Conclusiones.....	94
 <b>V. CONCLUSIONES</b> .....	97
 <b>BIBLIOGRAFIA</b> .....	103

## RECONOCIMIENTOS

El presente trabajo es resultado de una investigación que inicié a fines de 1994 en la Universidad Autónoma Metropolitana, durante mis estudios de maestría. A lo largo de la elaboración de este documento recibí invaluable comentarios y críticas por parte de diversos profesores. En particular deseo expresar mi agradecimiento al Dr. Ambrosio Velasco Gómez, quien fungió en todo este lapso como asesor de mi tesis. De igual modo, quiero hacer manifiesta mi gratitud hacia el Dr. Javier Sánchez Pozos y el Mto. Cuauhtémoc Lara Vargas por los diversos estímulos que en todo momento me fueron proporcionados por ellos.

Especialmente quisiera hacer constar mi agradecimiento al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología que, a lo largo de mi estancia como estudiante de la Maestría en Filosofía de la Ciencia y en el proceso mismo de elaboración de la tesis me brindó todo el apoyo para que esta labor pudiera ser concluida.

Alberto Mercado Villalobos

Verano, 1996.

**“LA TEORIA SOCIAL Y SU HISTORIA: PRESENTISMO E  
HISTORICISMO”.**

RESUMEN

En las últimas décadas, en ciertas áreas de la sociología se ha mostrado un interés por revivir los estudios sobre la historia de esta disciplina. Dicha reorientación tiene que ver directamente con el proceso de erosión de las bases positivistas en ciencia social verificado en la segunda mitad de este siglo. Los presupuestos acumulacionistas del positivismo sociológico -según los cuales, el pasado puede ser evaluado con criterios del presente, ya que éste siempre explica más y mejor que aquél- menospreciaban el papel de la historia en el desarrollo de la teoría social y exigían una separación entre ambas. Las funciones de este tipo de historia quedan especificadas en una historiografía *presentista*. Con el desgaste del positivismo sociológico, especialmente a partir de las críticas provenientes de diversas perspectivas filosóficas e históricas tanto de la ciencia social como de la natural, vuelve a abrirse la discusión sobre el papel de la historia en el desarrollo de las disciplinas científicas. En la sociología la historiografía *historicista* aparece como una alternativa al presentismo, al proponer una metodología que no evalúa arbitrariamente el pasado de la teoría social. Pero, por otro lado, dicha metodología es incapaz de relacionar ese pasado con la teoría social actual y, por ello, de mostrar cómo la historia de una ciencia influye en el desarrollo de ésta. En este marco, se hace necesaria la incorporación de otros enfoques que sean más sensibles a esta última cuestión y hagan propuestas complementarias para una metodología historiográfica adecuada de la teoría social. Tomando como base algunas tesis del llamado *postpositivismo* sociológico y de la teoría hermenéutica contemporánea, este trabajo apunta en esa dirección.

## INTRODUCCION

Es cada vez más común señalar que la sociología -especialmente la anglosajona- es una hasta antes de la década de los sesenta y que es otra a partir de ésta en adelante. En ese intermedio, se dice, la sociología se vió sujeta a una serie de cambios substanciales que desembocan en un rechazo a la concepción positivista que dominaba el escenario sociológico. Si, como se señala, desde los años que van de la posguerra a inicios de la década de los sesentas, la disciplina sociológica se orientaba regular y predominantemente en función de presupuestos positivistas de la ciencia -teniendo en el funcionalismo de Talcott Parsons su máxima expresión- para fines de 1960 las referencias básicas de los sociólogos habían cambiado dramáticamente. Para entonces, el modelo positivista era objeto de severos cuestionamientos provenientes de distintos frentes, desde la misma teoría social, hasta la filosofía de las ciencias naturales y sociales. Semejantes críticas derivaban en un desmoronamiento del consenso que durante prácticamente la primera mitad del siglo veinte había consolidado la tradición del positivismo y del empirismo en general.

Lo primero que aparece en la sociología posterior a la bancarrota del consenso positivista es una proliferación de corrientes, escuelas y orientaciones en general que intentaron, cada una a su modo, proponer alternativas más viables al modelo positivista de ciencia, una vez que se habían puesto al descubierto serias deficiencias relativas a esta última concepción. Sin que hasta la fecha la sociología experimente un nuevo y firme consenso sobre sus orientaciones y presupuestos básicos -por ejemplo, teóricos, metodológicos, ontológicos, ideológicos, etc.- y sin que de ningún modo pueda señalarse que la orientación positivista haya sido totalmente abandonada, aquel número creciente de escuelas sociológicas agrupaba sus señalamientos críticos en torno a tópicos comunes, en especial, al excesivo empirismo inherente a la tradición naturalista en teoría de la ciencia, que producía a su vez posturas poco adecuadas para explicar la lógica particular de la ciencia social (esto es, dar cuenta, entre otras cosas, de sus patrones de desarrollo y cambio teórico, de sus formas de argumentación, de sus peculiaridades metodológicas, de las entidades con las que trata la investigación social, etc.).

Lo que interesa analizar aquí es cómo se rearticula en el dominio de la misma teoría social, una vez que se erosiona el consenso positivista, la concepción sobre el papel de la historia en el desarrollo de aquella teoría. En general, el estudio de la historia ha sido considerado últimamente un aspecto fundamental de tal desarrollo así como de la comprensión filosófica de este mismo. En el ámbito de la ciencia natural, donde tradicionalmente se ha establecido una distinción clara entre la labor de los filósofos de esa ciencia y la de los científicos naturales propiamente dichos, se ha resaltado la función que tiene la historia de contrastar las reconstrucciones racionales o filosóficas de la ciencia. En cuanto a la ciencia social, donde, por una u otra razón -según la concepción de ciencia social que se tenga- no existe esa distinción tajante entre la labor filosófica y la científica, algunos teóricos sociales, que hacen las veces de filósofos de la ciencia social, han llamado la atención respecto al papel que tiene la historia, no tanto en cuanto a contrastar las comprensiones del desarrollo de la ciencia, sino sobre todo, en cuanto a su capacidad de reorientar y desarrollar la producción teórica misma.

Así, por un lado, la historia se perfila, a partir de los debates en filosofía e historia de la ciencia (especialmente donde intervienen Popper, Kuhn y Lakatos) como un 'test' evaluador de las reconstrucciones racionales del desarrollo científico. Por otro lado, la revisión de la historia de las disciplinas ha servido para tomar mayor conciencia de la importancia de las condiciones específicas en que se producen las teorías; al resaltarse la historicidad de éstas, la ciencia tiende a ser vista como una actividad inmersa en marcos de significación específicos históricamente constituidos. Finalmente, la recuperación de la historia ha sido importante en el replanteamiento de la lógica de la ciencia social, al mostrar que la revisión permanente de autores clásicos es necesaria para la producción teórica actual, cosa que el positivismo rechazaba de entrada.

En comparación con esto, la historiografía positivista señalaba previamente que la historia sólo es importante cuando reporta utilidad para la teoría sociológica contemporánea, no en el sentido de corregir las deficiencias de ésta sino, por el contrario, de ayudar a justificar, a como dé lugar, sus enunciados. Se daba a entender que el valor de los materiales del pasado



era determinado a través de criterios de racionalidad y científicidad provenientes del presente. De ese modo, se sostenía, el pasado no puede reorientar al presente.

Ello es así porque el positivismo se vincula con una visión acumulacionista, según la cual, el desarrollo de la ciencia se basa en que las teorías actuales siempre suponen una subsunción o superación de las teorías pasadas. De ahí que, en el marco de esta concepción, no tuviera sentido el que la investigación contemporánea se preocupase por seguir revisando teorías y autores clásicos. El pasado no tiene nada que corregir en realidad al presente.

Esta historia presentista entra en crisis con la denuncia proveniente de las corrientes historicistas de la teoría social, según la cual, aquella violaba la historicidad -esto es, la particularidad, sometida a determinantes epistemológicos, culturales, sociales, políticos, económicos, etc.- de los materiales del pasado<sup>1</sup>. El historicismo asumirá la tesis de que las teorías sociales del pasado tienen un significado particular comprensible sólo en los contextos que los producen; según ello, es ilegítimo todo intento de atribuirles significados presentes a dichas teorías, como lo hace la historia presentista.

La historiografía historicista se preocupa entonces por asignar al pasado el valor que no tenía bajo el consenso positivista. Si el presentismo positivista sólo veía a la historia como un instrumento legitimatorio de las teorías actuales, el historicismo -sobre todo con el teórico Robert Allun Jones- elabora una metodología que busca recuperar lo más fiel y

---

<sup>1</sup> En el ámbito de la filosofía de la ciencia natural se daba una denuncia similar. Las metodologías historiográficas de Kuhn y Lakatos mostraban que el falsacionismo popperiano, en tanto modelo de comprensión del desarrollo científico, falsificaba la historia real de la ciencia. Pareciera que no es hasta que surgen dichas críticas, que la filosofía de la ciencia se convence de que a sus propias teorías había que aplicarles también un criterio de contrastación con el cual distinguir las comprensiones de la ciencia adecuadas de las menos adecuadas. Ese criterio sería precisamente la historia. Las reconstrucciones de la racionalidad de la ciencia debían así confrontarse, al menos en sentido retrospectivo, a lo que el pasado de ella tenía que decir. Se decidía la filosofía a dejar hablar a la historia, rompiendo así con el rígido precepto positivista según el cual lo válido del pasado está siempre ya subsumido en el presente. La historia serviría entonces para evaluar la pertinencia de las diversas comprensiones presentes de la racionalidad de la ciencia. Mostraría si dichas reconstrucciones se apegan o no al acontecer efectivo de la ciencia. Lakatos afirmaba a este respecto que la historia debe convertirse en un 'test' de las reconstrucciones racionales. Tiempo atrás, la filosofía de la ciencia social había llegado conclusiones similares. El reclamo de dejar hablar al pasado siempre ha sido una constante de las corrientes interpretativas, especialmente la hermenéutica. El abrirse a la comprensión del pasado y de otros contextos ajenos en general se entiende como una fuente fundamental de corrección de las concepciones presentes. Toda reconstrucción que incluya al pasado debe someterse a la confrontación con los cursos reales de este último.

objetivamente posible los significados originales pertenecientes a objetos y obras del pasado.

La intervención de los historicistas en la teoría social hace evidente la necesidad de revisar si los modos en que se recurre al pasado son o no son legítimos. No obstante que no plantea en sí cuál sería el papel de la historia en el desarrollo de la ciencia, nos coloca en la perspectiva de poder discutir precisamente esa importante cuestión, una vez que pone en evidencia las fallas de la historiografía positivista.

Así, las propuestas del postpositivismo sociológico parten precisamente de los límites de las propuestas presentista e historicista respectivamente. Autores como John Peel, Jeffrey Alexander y Steven Seidman, señalan que el rechazo positivista por la historia de la sociología nos coloca en la situación de interpretar de forma errónea la lógica de esta disciplina. En primer lugar sostienen, apoyándose en los desarrollos promovidos por Karl Popper, Thomas S. Kuhn e Imre Lakatos en filosofía e historia de la ciencia natural, que la inclusión de la historia es fundamental para una adecuada comprensión del desarrollo de una ciencia -de la sociología en este caso. Por otro lado señalaban, esta vez, basándose en desarrollos de la tradición hermenéutica en ciencia social, que la revisión y reinterpretación de los textos y teorías del pasado son formas básicas -y no accesorias como suponía el positivismo- de teorizar en sociología y de reorientar el desarrollo de ésta.

De igual modo sostenían que la metodología historicista fallaba al pugnar por una separación entre la teoría actual y la historia de ésta. Si el presentismo busca librar a la teoría del lastre histórico, el historicismo busca librar a la historia de las pretensiones de la teoría actual. La historia de la teoría social, según los historicistas, debe realizarse sin dejarse guiar por los intereses teóricos del presente, sino por el mismo objeto histórico. Ello significa a los ojos de los postpositivistas una separación virtual entre la labor teórica actual y la histórica que, desde luego, imposibilita analizar las relaciones entre éstas.

La crítica postpositivista argumentará por un lado que, como muestra la misma historia, la revisión de autores clásicos es una forma fundamental de producir teorías en la ciencia

social. Sostendrá que las reconstrucciones presentistas son falsadas por la historia real que acompaña al surgimiento de las teorías sociales. Por otro lado sostendrá contra el historicismo, que si es posible -y necesario- el establecer continuidades entre problemas teóricos pertenecientes a distintos contextos.

En general, intento mostrar en los capítulos siguientes la existencia de problemas filosóficos comunes asociados a las posturas historiográficas arriba descritas. En el capítulo primero trato de contextualizar el interés de los teóricos sociales por replantear el papel de la historia en el desarrollo de su ciencia, una vez que se agota el predominio positivista. Lo que se destaca es la idea de que dicha recuperación de lo histórico es resultado de un conjunto de cambios fundamentales que se operan en general en el campo de la filosofía de la ciencias naturales y sociales y, en particular, en el área propiamente sociológica.

La exposición de las tesis básicas de la historiografía presentista, así como la forma particularmente matizada que asume ésta con el teórico Robert King Merton, se efectúa a partir del capítulo segundo. En éste se expone, por ejemplo, cómo los supuestos naturalistas y acumulacionistas del presentismo, al sostener que el pasado debe ser juzgado a partir de intereses y criterios del presente, subordinan la función contrastadora del pasado a las necesidades del teorizar actual y terminan por proclamar una separación entre la ciencia social presente y su historia.

En el capítulo tercero se analizan las críticas a la postura presentista provenientes tanto de la historiografía historicista como de la postpositivista. La primera, al intentar autonomizar el estudio de la historia con respecto a los intereses presentes, da prioridad a una metodología que busca rescatar los significados originales, precisamente atendiendo a su particularidad histórica. La segunda, en cambio, representaría un intento de mediación entre presentismo e historicismo. Aún cuando historicismo y postpositivismo sociológicos son dos perspectivas que surgen prácticamente al mismo tiempo -al decaer el consenso positivista en los sesentas- y que se encargan de enjuiciar al presentismo asociado al positivismo, el segundo crítica de éste último no tanto su anacronismo como su rechazo por lo histórico. Ello, porque la orientación postpositivista se preocupa precisamente por evaluar los contenidos

de las teorías pasadas a fin de integrarlos en esquemas reconstructivos más completos que den cuenta del desarrollo de la disciplina sociológica. Todo esto cuidándose de no caer en el error presentista de violar la historicidad de aquellos contenidos.

En el capítulo cuarto, se analiza cómo el desarrollo de la discusión entre los planteamientos presentistas, historicistas y aún los intentos de mediación postpositivistas muestra la existencia de un dilema fundamental al que tienen que enfrentar los historiadores de la teoría social. Este se refiere al de, o bien, dar prioridad, con los historicistas, al rescate de significados originales a través de una metodología contextualista, o dar prioridad, con los presentistas, a la relevancia y significación del pasado para el presente. Las limitaciones de ambas posturas consistirían en que, en el primer caso, se cuenta con una metodología capaz de juzgar la validez de las interpretaciones sobre el pasado, pero no con una que permita evaluar los contenidos mismos rescatados de ese pasado -por ejemplo, examinar su valor cognoscitivo mismo, o, en términos de una reconstrucción racional, caracterizar su papel en el desarrollo de una tradición, esto es, juzgar su relevancia en contextos ajenos y más completos y comprensivos. En el segundo caso, sí se cuenta con criterios para juzgar la relevancia del pasado para el presente -por ejemplo, para analizar si existen procesos de continuidad entre los problemas teóricos que se plantean autores del pasado y del presente. El problema consiste en este caso, en que los puntos de partida empleados para revisar el pasado son pocas veces objeto de autocrítica, derivando ello en la imposición desde el presente de discutibles estándares de racionalidad, con la consiguiente violación de la particularidad histórica de los materiales del pasado.

Lo anterior da entrada para formular la necesidad de perspectivas que de alguna forma contribuyan a superar el dilema. En este sentido, el trabajo concluye con una revisión de algunos puntos de vista provenientes de autores de la filosofía hermenéutica contemporánea, como Hans G. Gadamer y Paul Ricoeur, que pueden proporcionar elementos adicionales para comprender mejor la naturaleza del dilema. Finalmente hago unas consideraciones sobre los rasgos que pudiera tener una metodología historiográfica en sociología, que retome las problemáticas apuntadas.

## CAPITULO I. Consenso y disenso positivista en la teoría social.

Al reconstruir lo que ha sido la sociología de habla inglesa en este siglo, en ocasiones se organiza la discusión de forma tal que se distingan claramente dos periodos. En el primero, que va de los años de la posguerra hasta fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, gran parte de la tradición sociológica de orientación empírico-analítica habría sido sustentada por la filosofía del positivismo y empirismo lógicos. Existía entre los científicos sociales una especie de consenso sobre el modelo de ciencia que se derivaba de aquella filosofía. En el segundo periodo, en cambio, que arranca en la década de los sesenta hasta la fecha, se experimenta en la comunidad de sociólogos una pérdida paulatina de dicho consenso, una vez que, con el apoyo de filosofías interpretativas y filosofías antipositivistas de la ciencia, se asestaban duros golpes a la concepción predominante de la ciencia. El momento en que entra en crisis el consenso positivista es pues, el que separa los periodos sociológicos aludidos<sup>2</sup>.

En lo que sigue describo algunos aspectos centrales del modelo positivista de ciencia social, así como algunas críticas dirigidas hacia dicho modelo, provenientes de distintas tradiciones: por un lado, los desarrollos asociados a la tradición que abarca perspectivas tan diversas como la hermenéutica, la fenomenología y la filosofía del lenguaje ordinario; por otro lado, la autorreflexión efectuada en el seno de la propia filosofía de la ciencia natural. La idea que organiza este capítulo señala que el interés de los sociólogos por los estudios históricos de su disciplina es renovado en buena medida gracias a la reapertura de la discusión sobre la lógica de ciencia social promovida por los críticos del positivismo.

---

<sup>2</sup>Esta concepción de la historia de la sociología de habla inglesa de este siglo está presente en los trabajos de Anthony Giddens, *Central problems in social theory*, 1979, The Macmillan Press, cap., 7; *Social theory and modern sociology*, 1987, Stanford U. Press, cap., 3; *Studies in social and political theory*, 1977, N. Y. Basic Books, cap., 1. Igualmente en Jeffrey Alexander, *Theoretical logic in sociology*, 1982, U. of California Press, Vol. I, en Richard Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*, 1982, México, F.C.E., Introducción, y en J. D. Y. Peel, *Spencer: the evolution of a sociologist*. 1972, N. Y. Basic Books, cap. 10.

## 1. Las certezas positivistas en la sociología.

Desde su nacimiento, la sociología ha sido una empresa diversificada. En ella han encontrado apoyo una gran cantidad de puntos de vista distintos y aún opuestos<sup>3</sup>. A pesar de que muchas veces se señale que nunca ha existido un paradigma como tal en la ciencia social -en el sentido de que nunca ha contado con núcleo conceptual 'duro' de proposiciones ontológicas y metodológicas<sup>4</sup>- existen periodos en los que parecen converger los puntos de vista en sociología y en los que unos de éstos tienden a imponerse y prevalecer sobre los demás. Uno de esos periodos de consenso, por lo menos en la sociología anglosajona de este siglo es el que auspició la tradición positivista. No es un consenso indiscutido, pero sí lo suficientemente firme durante cierto tiempo como para centrar las discusiones sociológicas en torno a cierta clase de problemas y aproximaciones metodológicas. En términos generales, los presupuestos positivistas en la ciencia social habían sido ya establecidos desde el siglo XIX y se pueden agrupar alrededor de lo siguiente:

---

<sup>3</sup> Desde su nacimiento, los objetos de estudio, la lógica y la metodología de la disciplina sociológica son objeto de discusión entre los filósofos y los sociólogos que suscriben modelos distintos de cientificidad. Por decir, los emparentados con la tradición naturalista señalarán que la proliferación de escuelas y corrientes (que sostienen cada una por su cuenta su propia concepción epistemológica y metodológica de la sociología) es resultado de la inmadurez propia de la ciencia social comparada con la ciencia natural. Según esto, llegará un momento en que todas esas corrientes se unifiquen en torno a un gran sistema teórico y a unos cuantos supuestos esenciales suficientemente aclarados. Otros, los que no simpatizan con la veta naturalista, replicarán que aquella proliferación de puntos de vista heterogéneos no es producto de la inmadurez de la ciencia social (para ellos, hace mucho que ésta ya maduró) sino un rasgo propio de la constitución de dicha ciencia (que es distinta a la ciencia natural). El que no puedan integrarse las escuelas y corrientes sociológicas alrededor de algunos supuestos básicos -en términos de Kuhn, el que no exista un paradigma dominante- sería debido a la importancia que en la ciencia social tiene la discusión de los fundamentos de la disciplina, cosa que en la ciencia natural al parecer no ocurre. La tematización incesante de los presupuestos básicos obstaculiza los procesos de acumulación empírica: ante casos de supuesta acumulación, inmediatamente se cuestiona la utilización de ciertos puntos de partida teóricos y de ciertas herramientas metodológicas. Este cuestionamiento explícito continuo de los presupuestos es importante en la ciencia social porque de algún modo, considerarían aquellos, que lo que se infiere a partir de esta ciencia tiene implicaciones más directas, visibles e inmediatas para la sociedad que las que se derivan de la ciencia natural.

<sup>4</sup> Tal idea está presente continuamente, por ejemplo, en los trabajos de Jeffrey Alexander, especialmente, su ya referido *Theoretical logic in sociology*; asimismo en *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial, análisis multidimensional*, 1989, Gedisa, Barcelona, y en los artículos "La centralidad de los clásicos", en A. Giddens y J. Turner (comps.) *La teoría social, hoy*, México 1990, Alianza-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, "El neofuncionalismo hoy; reconstruyendo una tradición teórica" en *Sociológica*, 1992, 7/20, UAM-A. y "El nuevo movimiento teórico", en *Estudios sociológicos*, 1988, VI/17, El Colegio de México.

a) su defensa del *monismo metodológico*; esto es, la idea de que, por encima de la diversidad de objetos de estudio de las distintas disciplinas científicas naturales y sociales, todas ellas deben partir de un mismo conjunto de reglas metodológicas;

b) su *naturalismo*; o sea la idea de que “las ciencias naturales exactas, en particular la física matemática, establecen un canon o ideal metodológico que mide el grado de desarrollo y perfección de todas las demás ciencias, incluidas las humanidades”<sup>5</sup>;

c) a partir de los presupuestos a y b, se deduce su búsqueda de *leyes* sobre la sociedad, entendiendo ello como la tarea principal de las ciencias sociales; el positivismo supone que, así como hay leyes que rigen el comportamiento de objetos en la naturaleza, tendría que haber de igual modo leyes en la sociedad (dado que esta última es parte de la naturaleza);

d) por último, y derivado también de lo anterior, está su carácter eminentemente *empirista*: la convicción positivista de que todo conocimiento, o todo lo que puede contar como conocimiento “es susceptible de ser expresado en términos que se refieren en forma inmediata a cierta realidad, o a aspectos de la realidad que pueden aprehenderse mediante los sentidos”<sup>6</sup>.

Estas tesis sufren un proceso de radicalización a partir de los desarrollos emprendidos por el llamado ‘positivismo lógico’ (y su versión atenuada, el ‘empirismo lógico’) que surgió “como una defensa más radical de la situación de privilegio del conocimiento científico que la que pudiera haberse desarrollado en época anterior”<sup>7</sup>.

Los positivistas lógicos tenían como objetivo una refundamentación de las ciencias empíricas -en especial de la física, cuyos cimientos parecían debilitarse al chocar nociones

---

<sup>5</sup> G.H. Von Wright, *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza U., 1987, p. 21. Richard Bernstein comentaba en esta misma línea que los científicos sociales fieles a la ortodoxia positivista son aquellos quienes conciben a su disciplina “como algo que difiere en grado, y no en clase, de las ciencias naturales bien establecidas, y quienes están convencidos de que se lograrán grandes avances si se imitan, modifican y adaptan las técnicas que han resultado eficaces en nuestro entendimiento científico de la naturaleza” *Op. cit.*, p.15

<sup>6</sup> Giddens, A. *Las nuevas reglas del método sociológico*, p. 133.

<sup>7</sup> *Ibid.*

de la entonces reciente física relativista con otras nociones tradicionales, más cercanas al sentido común- a partir principalmente de dos cosas. Una consistió en un mayor acercamiento a los desarrollos de la *lógica formal*, a fin de obtener mayor rigor en la estructuración de las teorías; se sostenía que la estructura de las teorías era la de un 'sistema axiomático-deductivo'. El segundo aspecto correspondía a una radicalización del criterio empirista mencionado más arriba. Se señalaba que la experiencia seguía siendo el criterio fundamental para evaluar la pertinencia científica de las teorías. Se sostenía además que "la interpretación empírica de tales sistemas (axiomático-deductivos) se da por un conjunto de reglas semánticas (las llamadas 'reglas de correspondencia') que asignan un significado empírico a los conceptos teóricos al conectarlos con los observacionales, los cuales tienen ya una referencia empírica directa"<sup>8</sup>.

Esta concepción de las teorías científicas es ampliamente aceptada y difundida en las décadas de 1940 y 1950. Pero dicha concepción, que puede ser llamada 'estándar', entra en bancarota a partir de la década de 1960. Los ataques a dicha concepción eran de distintos tipos: la crítica semántica, por ejemplo, era llevada a cabo por autores como Hilary Putnam; la crítica formal por Suppes; la parte histórica -la más relevante en el contexto de este trabajo- era representada por Kuhn, Feyerabend, Lakatos, etc.

Precisamente en las décadas de amplia difusión de la concepción estándar de la ciencia, ésta sustenta en el área de la teoría social nuevas versiones del positivismo sociológico. A este respecto señalaba Giddens que "Muchos sociólogos adoptaron tales filosofías positivistas...con un fervor que les impidió ver que el empirismo lógico representa sólo una filosofía de la ciencia entre otras posibles. La filosofía de la ciencia del empirismo lógico pasó a ser vista sin más como lo que la ciencia natural *es*, como mostrando en lo que se convertiría la sociología"<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> José L. Rolleri, introducción a *Estructura y desarrollo de las teorías científicas*, México, UNAM, 1978, p. 8. El tema de la traducción de enunciados teóricos en observacionales representa una fuente importante de problemas que enfrenta, no siempre avante, la tradición empirista de filosofía de la ciencia. Parte de su debilitamiento puede bien vincularse a las críticas sobre ese tenor dirigidas por sus adversarios. Un interesante panorama sobre estas discusiones es presentado en la antología *Filosofía de la ciencia: Teoría y observación*, de León Olivé y Ana Rosa Pérez Ransanz, México, UNAM-Siglo XXI, 1989.

<sup>9</sup> Giddens, *Central problems in social theory*, p. 238.



Durante el llamado consenso positivista en ciencia social dicho modelo de ciencia filtrado por el positivismo y empirismo lógico tendría, a decir de Jeffrey Alexander los siguientes rasgos:

“El primero es que existe una ruptura epistemológica radical entre las observaciones empíricas que se consideran específicas y concretas, y las proposiciones no empíricas, que se consideran generales y abstractas. El segundo postulado puede sostenerse solo porque se da por sentado que existe esa ruptura: las cuestiones más generales y abstractas -filosóficas o metafísicas- no tienen una importancia fundamental para la práctica de una disciplina de orientación empírica. En tercer lugar las cuestiones de índole general, abstracta y teórica solo pueden ser evaluadas en relación con observaciones empíricas. Esto indica que, siempre que sea posible, la teoría ha de ser formulada de forma proposicional y que, además, los conflictos teóricos se deciden a través de contrastaciones empíricas y experimentos cruciales. Finalmente, como estos tres primeros postulados no constituyen una base para el debate científico estructurado, el cuarto señala que el desarrollo científico es <progresivo>, es decir, lineal y acumulativo. Se supone, por tanto, que la diferenciación de un campo científico es el producto de la especialización en diferentes dominios científicos y no el resultado de un debate no empírico generalizado acerca de como explicar el mismo dominio empírico”<sup>10</sup>.

De acuerdo con lo anterior, se reafirmaban las tesis originales según las cuales, la investigación sociológica debía, entre otras cosas, alejarse de toda metafísica, insistir en la verificabilidad empírica de los enunciados científicos y en la construcción de teorías a través del método hipotético-deductivo. Además la diferencia entre las ciencias natural y social era reducida a una simple cuestión de grados de madurez. Con ello se daba por entendido que el positivismo lógico ya había aclarado -como ya lo había hecho el mismo Augusto Comte un siglo atrás- los fundamentos filosóficos de la sociología, y que, en lo que habría que concentrarse en adelante es en la acumulación de conocimiento derivado de la investigación

---

<sup>10</sup> J. Alexander, “La centralidad de los clásicos”, p. 29.

empírica. Lo que es más, intentar buscar una imagen distinta de la ciencia social no sólo era pérdida de tiempo, sino que se constituía en obstáculo para la madurez de la disciplina<sup>11</sup>.

De acuerdo con J.D.Y. Peel, para la década de 1940, las líneas fundamentales de la investigación sociológica en Norteamérica, bajo el consenso que conformaba la tradición positivista, se sintetizarían en los siguientes puntos: “que el problema fundamental de la sociología es el problema del orden, que el funcionalismo es su método particular, que con el desarrollo de métodos apropiados para controlar datos la sociología cumpliría su promesa científica, que las instituciones sociales pueden ser clasificadas por sus funciones en una teoría general de la sociedad”<sup>12</sup>.

Asimismo, Anthony Giddens supone que el consenso positivista en la sociología presentaba dos rasgos fundamentales: primero la continuidad de la llamada ‘teoría de la sociedad industrial’ del siglo XIX (Comte, Saint-Simon, Durkheim) en nuevas formas en el siglo XX, entre las décadas de 1950 y 1960 (Parsons, Bell y Lipset en Estados Unidos; Aron y Dahrendorf en Europa)<sup>13</sup>. En segundo lugar, el consenso presentaba otro rasgo de carácter menos sustantivo y más abstracto-filosófico, relativo a la lógica y alcances de la ciencia

---

<sup>11</sup> Según Richard Bernstein, el positivismo declara al mismo análisis filosófico de los modelos del conocimiento como una actividad de segundo grado, “un parásito que vive del primer orden, el de las ciencias empíricas y formales” (*Op. cit.*, p. 28). Continuamente la tradición naturalista hace un llamado a que los estudios metateóricos no capten en exceso la atención del científico, ya que ello obstaculiza los procesos de acumulación de conocimiento empírico. Se considera que la aclaración de los fundamentos filosóficos y epistemológicos de la disciplina, es comúnmente una tarea que sustituye ilegítimamente a la creación de teorías sustantivas. No es que no sean válidos los estudios sobre la lógica de la ciencia social; antes bien, se acepta que no puede sustentarse una disciplina sin una mínima aclaración de sus supuestos y puntos de partida epistemológicos, metodológicos, ontológicos y otros. Lo que no es válido es la continua revisión de dichos supuestos porque ello crea una especie de Torre de Babel sociológica donde no pueden obtenerse orientaciones generales para la teoría y la investigación. Ahí donde hay literatura sociológica positivista sobre la lógica y el método de las ciencias sociales -por ejemplo, los trabajos al respecto de Comte, de Durkheim y de Merton, por señalar sólo algunos- existe un llamado, no tanto a revisar a fondo los supuestos básicos de la tradición sociológica a la que pertenecen, como un recordatorio de que la sociología, para progresar, requiere de investigación empírica sistemática que redunde en acumulación de conocimiento verificable.

<sup>12</sup> J. Peel, *Op. cit.* p. 250. Peel habla de que el consenso positivista no fue indiscutido. Había en los años del predominio de aquél sociólogos que sustentaban un modelo alternativo de ciencia social.

<sup>13</sup> Dicha teoría representaría una alternativa consistente a la perspectiva marxista en cuanto a ofrecer un diagnóstico de los orígenes del conflicto social. Sostenía una imagen de la sociedad moderna en la que ésta era el resultado de la transición de las sociedades tradicionales (en las que, por ejemplo, predominaba la solidaridad mecánica, según Durkheim) a las sociedades industriales, en donde aparecen el contrato y la solidaridad orgánica como formas vinculantes principales de la sociedad. Por otro lado, suponía que no existían diferencias sustanciales entre las llamadas sociedades capitalistas y las socialistas, ya que ambas eran sólo dos subtipos parcialmente distintos de sociedad industrial. Finalmente señalaba que los conflictos de clase perderían gradualmente su potencial conforme madurara la sociedad industrial; el conflicto se institucionalizaría conforme a normas de negociación industrial y de movilización política, acomodándose al fin, al orden social existente (Giddens, *Central problems in social theory*, p.235).

social: la prevalencia del naturalismo y del funcionalismo<sup>14</sup>. En la sociología del siglo XIX los teóricos de inspiración positivista asociaban ya al funcionalismo (la idea de que la sociedad y el cambio social pueden bien ser explicados a partir de metáforas biológicas evolucionistas) con una filosofía naturalista en ciencias sociales, si por naturalismo se entiende la tesis de que la lógica de la ciencia social y la de la ciencia natural son en lo esencial idénticas<sup>15</sup>. Para el siglo actual, dice Giddens, en la sociología anglosajona positivista continúa esa asociación.

## **2. La filosofía de la ciencia social y una primera etapa de desgaste del consenso positivista.**

Para la década de 1960 el consenso positivista en sociología tiende a agotarse. Si de por sí, como se señalaba, nunca fue un consenso incontrovertible, para esos años el asestamiento de duros golpes desde distintos frentes acabó por convencer de que el modelo positivista de la ciencia era cuando menos inadecuado. Ello se da en un contexto donde la ciencia social - lo mismo que muchas otras instituciones- son severamente cuestionadas. R. Bernstein llama la atención a este respecto cuando recuerda que

“Una de las consecuencias de los disturbios y las protestas sociales y políticas de los años sesenta fue una serie de ataques y de críticas radicales contra los fundamentos mismos de las disciplinas sociales. Así como se proclamaba en los Estados Unidos el fin de la ideología -cuando los científicos sociales ortodoxos creían firmemente que sus disciplinas habían encontrado finalmente un sólido cimiento empírico desde donde podría esperarse el conocimiento progresivo y sostenido del conocimiento científico de la sociedad-, surgían otros temas espinosos...Hubo quienes declararon que estaban podridos los cimientos mismos de las ciencias sociales: que con frecuencia el conocimiento científico pretendidamente objetivo era en efecto una forma disfrazada de la ideología que apoyaba al *statu quo*; que la característica más prominente de las

---

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 236.

<sup>15</sup> Ya en Comte está la idea de que entre la ciencia natural y la ciencia social existe sólo una diferencia de grados de madurez, tal como lo expone el naturalismo. Su ‘jerarquía de las ciencias’ presentará a la sociología como el último de los niveles a los que históricamente puede acceder la ciencia, siendo que la conducta humana social es lo más refractario a la comprensión científica (*Ibid*, p. 237-238).

ciencias sociales no era su capacidad para iluminar la realidad social y política existente sino su incapacidad para proveer alguna perspectiva crítica sobre lo que estaba ocurriendo; que las ideas expuestas en estas disciplinas daban una legitimidad falsa al control técnico y la manipulación de la sociedad que estaba infectando todos los aspectos de la vida humana”<sup>16</sup>

En el marco de esta situación de crisis de instituciones culturales y políticas de la sociedad contemporánea los científicos sociales se mostraban cada vez más desencantados por los resultados de la sociología positivista. En ocasiones, se pensaba, el positivismo sociológico desembocaba en pronunciamientos triviales sobre la realidad social<sup>17</sup>. Ello, ya sea porque recaía en un mero ‘empirismo abstracto’, o porque los esquemas explicativos del positivismo sociológico eran reduccionistas en exceso (por ejemplo, al ocuparse sólo de fenómenos estandarizados y susceptibles de cierto control experimental de sus variables<sup>18</sup>). Además de todo ello, se extendía la sospecha de que los intentos de la ciencia social de aprehender las leyes que rigen la existencia humana en sociedad -y por lo tanto, su capacidad para predecir exitosamente variaciones en la conducta y las instituciones- podrían considerarse un fracaso, sobre todo al comparar aquellos intentos con los de la ciencia natural<sup>19</sup>.

Si el contexto sociocultural de la década de los sesentas representaba una coyuntura desfavorable para el modelo positivista, esto es, un factor ‘externo’, la convergencia de las críticas a dicho modelo tanto de las corrientes interpretativas en ciencia social como de las provenientes de la misma filosofía de la ciencia natural representarán un marco ‘interno’ fundamental.

---

<sup>16</sup> Berstein, *Op. cit.*, p. 11.

<sup>17</sup> Una de las críticas más notables a tal respecto en la sociología norteamericana lo constituye la obra de Charles Wright Mills, especialmente *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1983, cuya primera edición data de 1959.

<sup>18</sup> Véanse al respecto la serie de críticas al modelo popperiano de ‘ingeniería social fragmentaria’ esbozadas por J. Habermas en el artículo “Teoría analítica de la ciencia y dialéctica”, que aparece en *La lógica de las ciencias sociales*, México, REI, 1993.

<sup>19</sup> Cfr. Anthony Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, p. 16.

Por un lado, en el ámbito de la filosofía de la ciencia social, a partir de los años sesentas cobran cada vez más importancia los señalamientos que pugnaban por una separación objetual y metodológica entre ambas ciencias, en especial, aquellos asociados a las corrientes interpretativas, tales como la filosofía hermenéutica, la filosofía del lenguaje ordinario y la fenomenología. El trabajo desarrollado por dichas corrientes desemboca en una reapertura de la discusión sobre la lógica de la ciencia social, asunto al que el positivismo había intentado dar por concluido a través de las filosofías empiristas de los siglos XIX y XX.

Si ya desde el siglo XIX, a través de la sociología familiarizada con las corrientes hermenéuticas (Dilthey, Windelband, Rickert, Weber) se realizaba una severa crítica de las reglas metodológicas que el positivismo había fijado para la ciencia social, el reclamo en el siglo presente respecto a un replanteamiento de los fundamentos del conocimiento social no hace sino continuar aquella discusión. Autores como Winch, Apel, Habermas, Gadamer, Ricoeur, Bernstein y otros arremeten en este siglo desde la filosofía contra una concepción que fusionaba en una sola serie de problemas las epistemologías de la ciencia natural y de la social<sup>20</sup>.

Si bien se seguía argumentando con los autores anteriores que, en el ámbito de la ciencia social, el investigador establece una relación con su objeto de estudio totalmente distinta a como la establece un científico natural con el suyo, se enfatizaba de manera especial la tesis de que el conocimiento científico, lo mismo que cualquier otro saber, está mediatizado por marcos culturales de significación. Se promueve la idea de que la ciencia depende de procesos previos de entendimiento ubicados en determinados contextos sociohistóricos.

---

<sup>20</sup> J. Habermas, por ejemplo, en *La lógica de las ciencias sociales*, México, REI, 1993, señala que, por más que en el marco de la teoría positivista de la ciencia se niegue la dualidad existente entre la lógica de esas ciencias, en la práctica misma de la investigación del científico social persiste tal separación. Por esta razón subsisten de hecho en la ciencia social dos grandes tradiciones, hasta la fecha mutuamente excluyentes, a saber, la empírico-analítica y la hermenéutica (tradiciones que tienen en Popper y en Gadamer respectivamente sus manifestaciones máximas de autocomprensión). De igual modo, es evidente la diferencia entre ciencia natural y ciencia social cuando observamos aspectos relativos a la acumulación. Por ello, según Habermas, el positivismo deseaba efectuar una 'limpieza lógica' de fondo que resuelva problemas referentes presupuestos metodológicos no aclarados en ciencia social; así no tendría que distinguirse entre ambas ciencias. Para Habermas, en la ciencia social hay más controversia que en la ciencia natural, debido a que, por su constitución, en la primera chocan y se compenetran enfoques y fines heterogéneos. Ello desemboca en problemas de asincronía y acumulación (*Ibid* p. 82.)

Este reubicar a la ciencia como una actividad inmersa en la concreción de la historicidad de las sociedades será fundamental para reformular el modelo ahistórico de cientificidad que el positivismo había promovido existosamente durante mucho tiempo.

Así, a través de la hermenéutica contemporánea, vinculada al pensamiento de Heidegger y Gadamer, se llamaba la atención sobre la imposibilidad de una ciencia libre de prejuicios, tal como exigía el positivismo. Se intentaba mostrar que todo juicio científico está en realidad en una relación de dependencia con respecto al conjunto de saberes preteóricos que proporciona la tradición a la que pertenece<sup>21</sup>.

Paralelamente, la crítica de los presupuestos positivistas, era llevada a cabo desde otras perspectivas, que habían establecido comunicación con la filosofía del lenguaje ordinario de Wittgenstein, Austin y Searle<sup>22</sup>, así como con la fenomenología heredada de Husserl, respectivamente.

Es sabido que el pensamiento de Wittgenstein (a partir de las *Investigaciones filosóficas*) inaugura una fundamental línea de autorreflexión en el seno del positivismo<sup>23</sup>. Su noción clave, los 'juegos de lenguaje', al adoptarse en el ámbito de la ciencia social a través de la obra de Peter Winch, se convertirá en el núcleo de un enfoque radicalmente distinto con respecto al del positivismo sociológico.

Como es sabido también, de acuerdo con Wittgenstein, los diversos lenguajes y formas de vida son caracterizados como 'juegos' que contienen, en un marco de autosuficiencia, sus propias reglas. Retomando esta idea, Winch<sup>24</sup> sostendrá que la ciencia social tiene por

---

<sup>21</sup> Un texto fundamental que expone aspectos clave de esta concepción lo constituye *Verdad y Método*, de Hans Georg Gadamer, que aparece a principios de la década de 1960.

<sup>22</sup> Algunos aspectos importantes de la relación entre Wittgenstein y los filósofos ingleses del lenguaje -sobre todo de Austin- son tratados en la introducción de Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi al texto de J. L. Austin *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1990.

<sup>23</sup> Esta concepción está presente en J. Habermas, *Op. cit.* (especialmente cap. II).

<sup>24</sup> Los textos clave de Winch son *Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971, que ve la luz por primera vez en 1958, y su artículo "Understanding a primitive society" que data de 1964 y que se publica en R. Wilson *Rationality*, Basil Blackwell, Oxford, 1979 (hay traducción al español -de Pilar Valles- en *Alteridades*, 1/1, UAM-Iztapalapa, 1991).

objeto el estudio de la acción significativa, característicamente gobernada por reglas de una forma de vida dada. Según Winch, el teórico social debe aspirar a describir y comprender las constelaciones de significados que los sujetos elaboran a partir de las reglas que les proporciona la forma de vida a la que pertenecen. El alcanzar la comprensión de ese juego de símbolos conlleva a su vez el entendimiento de la racionalidad de dicho juego. El teórico estudiaría las reglas, porque le sirven para comprender la racionalidad de las manifestaciones de los sujetos de una forma de vida, pero no para predecir las manifestaciones mismas, como supondría el positivismo.

Winch considera correcta a una descripción de una forma de vida cuando el teórico social puede, por sí mismo, partiendo de una comprensión y asimilación de las reglas en juego, evaluar si las acciones pertenecientes a tal o cual forma de vida son correctas o incorrectas (no en un sentido moral, sino en uno social)<sup>25</sup>. Y esa descripción tiene que valerse sólo de las normas y convenciones lingüísticas y culturales públicamente disponibles que constituyen la forma de vida que le interesa describir (en este sentido, el teórico no debe cometer el error, muy frecuente entre los positivistas, de imponer a la forma de vida que estudia conceptos que resultan ajenos a ésta, tales como los de la ciencia, que provienen de otro contexto)<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> *Ciencia social y filosofía*, p. 34-5.

<sup>26</sup> Esta imposición denunciada por Winch, queda ejemplificada de un modo muy certero en "Undersatanding a primitive society". Desde cierto punto de vista, la postura de Winch parece acercarse a la Gadamer en el sentido de que resalta la importancia de las determinación del contexto histórico sobre los significados y las interpretaciones de éstos. No obstante, en otro sentido se aleja al señalar Winch que, para alcanzar descripciones adecuadas sobre las formas de vida se requiere una participación e integración virtual por parte del investigador con aquello que estudia. De acuerdo con eso, se sostiene que interpretar una forma de vida ajena implica participar totalmente en ella, cosa que Gadamer rechazaría, especialmente al enfatizar la distancia insalvable que hay entre el intérprete de un significado y su autor (cfr. *Verdad y método*, pp. 366-369). Por otro lado, existen críticas al planteamiento de Winch, en el sentido de que no trata problemas referentes a la fusión de horizontes y en general a problemas relativos a la dinámica de las formas de vida. En tanto que considera a las formas de vida como juegos de lenguaje autosuficientes e incommensurables parece debilitar las posibilidades de relación entre aquellas y de explicación del cambio derivable de tal relación. Por otro lado, la postura de Winch deja a la ciencia social en problemas serios al prohibirle en las descripciones un uso de términos ajenos a los de la forma de vida estudiada. Para una crítica de la filosofía de Winch, ver especialmente el artículo de A. MacIntyre, "La idea de una ciencia social", en A. Ryan, *Filosofía de la explicación social*, 1976, F.C.E. Breviario 276; asimismo J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, 1987, Taurus (cap. II) y A. Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*, (cap. 1).

La crítica fenomenológica al positivismo sociológico parte de una base similar. Alfred Schutz indicaba que la tarea de la ciencia social es cualitativamente distinta a la de la ciencia natural en tanto que ambas trabajan con objetos pertenecientes a distintos 'niveles'. Señalará que los objetos de los que se encarga la ciencia natural son llamados 'de primer nivel', por su pertenencia al mundo de la mera observación. La ciencia social en cambio trabaja con seres no sólo que se pueden observar sino que tienen su propio mundo preinterpretado, que llevan a cabo su propia observación y que le dan diferente y específica significación a cada acción. Estos son objetos 'de segundo nivel'<sup>27</sup>. Los enunciados de la ciencia social tratan entonces sobre el saber de sentido común a través del cual los sujetos construyen constelaciones de significados determinados. Cada 'construcción típica' de la ciencia social debe ser comprensible tanto para el actor mismo como para sus semejantes en términos de las interpretaciones de sentido común de la vida cotidiana. El cumplimiento de este postulado garantiza la compatibilidad y la objetividad de las construcciones del científico social con las de la experiencia de sentido común de la realidad social<sup>28</sup>.

Lo anterior requiere, como en el caso de la metodología presente en Winch, una identificación entre el observador y su objeto de estudio; en este caso, se hace necesaria una asimilación previa de las reglas y los contenidos presentes en el horizonte de saber cotidiano de los sujetos estudiados, a fin de poder verificar si las construcciones científicas se ajustan a las expresiones reales de aquellos.

Schutz extiende el supuesto ontológico del horizonte de saber cotidiano como base de todo conocimiento en general<sup>29</sup>. Sostiene que todo conocimiento -común o científico- del mundo supone construcciones, abstracciones, generalizaciones, significaciones, idealizaciones, formalizaciones y demás procesos asociados a la organización del pensamiento. Lo

---

<sup>27</sup> Alfred Schutz, *El problema de la realidad social*, Amorrotu, 1974, p. 82.

<sup>28</sup> *Ibid*, p. 68 y 82-4. La objetividad de los juicios de la ciencia social se logra a través de la verificación de cuadros hipotéticos sobre el pensamiento de sentido común (similares a los tipos ideales weberianos) que se obtienen sólo cuando el científico suspende momentáneamente su 'situación biográfica personal' por una 'situación científica' (*Ibid*).

<sup>29</sup> Esta es una idea ya expresada en otros teóricos: "La práctica de la investigación tiene una estructura similar a la de la práctica cotidiana, es decir, similar a la del ámbito objetual accesible al científico social. Ambas pertenecen a aquella *realidad simbólicamente preestructurada* que Dilthey, partiendo de Hegel, entendió como espíritu objetivo, Windelband y Rickert como cultura, Cassirer como ámbito de las formas simbólicas y Husserl como mundo social de la vida", J. Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, p. 458.



importante es, según aquél, que todos estos procesos están presentes en el horizonte del saber cotidiano del mundo de la vida; los hechos puros y simples no existen. Todo conocimiento está mediatizado por el saber común. Precisamente la deficiencia de las ciencias de orientación empírico-analítica, sostenía Alfred Schutz, estriba en que ignoran las premisas ontológicas en que están sustentados sus juicios, son incapaces de ver que los enunciados científicos sólo se hacen posibles contando con una base previa -que es el saber común- de la cual puedan alzarse.

En general, puede verse que las respuestas al dominio positivista provenientes de tradiciones distintas entre sí apuntalan -directa e indirectamente- un modelo de ciencia alternativo al del predominio positivista. En particular, el protagonismo de las corrientes interpretacionistas que enfrentan el agotamiento de las certezas del positivismo, promueve una imagen de la ciencia, en la que ésta es concebida como una forma de conocimiento, una manifestación que participa de un horizonte cultural común, junto con otros saberes, creencias y concepciones del mundo. Por lo tanto, es entendida como una forma de interpretación de la realidad, ligada a contextos sociales determinados, en donde los más elementales procesos de entendimiento constituirían la base misma de la ciencia:

“...la teoría analítica de la ciencia, con su reciente giro postempirista, *ha descubierto por cuenta propia y hecho suya* la idea crítica que siempre le habían echado en cara los teóricos del *Verstehen*, y que por lo demás ya se había impuesto en la lógica pragmatista de la ciencia de Peirce a Dewey. Me refiero a la idea de que la teoría de la ciencia no puede relegar al terreno de la *psicología* de la investigación los procesos de entendimiento que tienen lugar en el seno de la comunidad de comunicación de los investigadores, sino que ha de tomarlos en serio dentro de la *lógica* de la investigación como el plano que son de intersubjetividad en que se desarrollan las teorías”<sup>30</sup>

Para Habermas el cambio en la concepción general de las teorías de la ciencia, es en buena medida impulsado por las corrientes interpretativas. Ahora bien, si, de acuerdo con este mismo autor, la reapertura de la discusión sobre la lógica de las ciencias sociales promovida

---

<sup>30</sup> *Ibid*, p. 463. En general, la idea de que la ciencia es en su conjunto una empresa interpretativa, ya está presente en Karl Popper (cfr. su *Conocimiento objetivo*, Madrid, Tecnos, 1992; especialmente el capítulo 4, “Sobre la teoría de la mente objetiva”).

por las corrientes fenomenológicas, lingüísticas y hermenéuticas significó en este siglo una primera fase de discusión al respecto,

“Una segunda fase de la discusión es la que se inicia con el giro postempirista de la teoría analítica de la ciencia. Mary Hesse subraya que a la contraposición habitual entre ciencias de la naturaleza y ciencias sociales le subyace un concepto de ciencias de la naturaleza, y en general de ciencia empírico-analítica, que mientras tanto habría quedado superado: <Doy por suficientemente demostrado que los datos no son separables de la teoría y que su expresión está transida de categorías teóricas; que el lenguaje de la ciencia teórica es irreductiblemente metafórico e informalizable, y que la lógica de la ciencia es interpretación circular, reinterpretación y autocorrección de los datos en términos de teoría, y de la teoría en términos de los datos>. Mary Hesse concluye de ello que la formación de la teoría en las ciencias de la naturaleza depende, no menos que en las ciencias sociales, de interpretaciones que pueden analizarse conforme al modelo hermenéutico del *Verstehen*”<sup>31</sup>.

Ello nos da entrada para la crítica al predominio del positivismo desde la filosofía de la ciencia natural.

### **3. La filosofía de la ciencia natural como un segundo momento de crítica al positivismo.**

El positivismo era atacado también en términos de la filosofía de la ciencia natural. Ya desde las críticas de Popper al inductivismo verificacionista hasta los desarrollos representados por Kuhn, Lakatos, Feyerabend, Hesse, Toulmin, Putnam y muchos otros, la imagen de la ciencia que ofrecía el positivismo era objeto de certeros cuestionamientos. Larry Laudan<sup>32</sup>, por ejemplo, describía una lista de fenómenos históricos recurrentes en el desarrollo de la ciencia que de alguna manera ponían en entredicho la concepción positivista de la ciencia :

---

<sup>31</sup> J. Habermas, “Objetivismo en las ciencias sociales”, en *La lógica de las ciencias sociales*, pp. 461-2.

<sup>32</sup> Cfr. su artículo “Un enfoque de solución de problemas al progreso científico” en Hacking, Ian, *Revoluciones científicas*, México, FCE, 1985.

- i) el hecho de que las transiciones de una teoría a otra generalmente son no acumulativas (o sea que quedan aspectos de la teoría anterior que la teoría actual no puede integrar lógicamente y acumulativamente);
- ii) el hecho de que las teorías, con frecuencia, no son rechazadas simplemente porque tengan anomalías, ni son generalmente aceptadas tan sólo por haber sido empíricamente confirmadas;
- iii) el hecho de que los cambios en las teorías científicas y los debates al respecto giran a menudo alrededor de cuestiones conceptuales y no sobre cuestiones de apoyo empírico;
- iv) el hecho de que los principios específicos y locales de la racionalidad científica no son permanentemente fijos, sino cambiantes de acuerdo a contextos particulares;
- v) el hecho de que la coexistencia de teorías rivales es la regla y no la excepción, de tal modo que la evaluación de teorías es, básicamente, asunto comparativo;

El positivismo parecía entrar en crisis cuando, *a la luz de la evidencia histórica*, se mostraba incapaz de dar una explicación satisfactoria de aquellos fenómenos. Los críticos sostenían que la ciencia ni parecía desarrollarse en forma lineal y acumulativa, ni las teorías científicas eran simples conjuntos de enunciados en los que se distinguía tajantemente lo teórico y lo observacional, y en los que la base empírica era el criterio básico para dirimir conflictos teóricos, ni los científicos organizaban su labor de acuerdo a estrictas reglas metodológicas sino según paradigmas o programas de investigación, etc.

La descripción anterior encuentra como telón de fondo una discusión más general relativa a los mejores modos de relacionar críticamente la historia de la ciencia y su reconstrucción racional. Si bien, como se maneja, a partir de las críticas de Karl Popper al positivismo y empirismo lógicos, existe una especie de consenso sobre la necesidad de incorporar los estudios históricos en la comprensión filosófica de las disciplinas<sup>33</sup>, ello abre a su vez otra discusión sobre las formas más idóneas de vincular la reconstrucción histórica y la racional.

---

<sup>33</sup> Cfr. su *Conocimiento Objetivo*, 1992, Madrid, Tecnos. Popper señala que “todo intento...de comprender una teoría se ve abocado a abrir una investigación histórica en torno a dicha teoría y su problema que, de este modo, pasa a formar parte del objeto de la investigación” (*Op. cit.*, p. 168).

La famosa discusión entre Popper y Kuhn<sup>34</sup> sobre la racionalidad de la ciencia y la dinámica del cambio teórico apunta precisamente en la dirección de aquella problemática<sup>35</sup>.

En el contexto de la referida discusión, Popper hace un uso de la historia de la ciencia en la que el pasado debe ajustarse a una serie de criterios de racionalidad universal, tales como el método de las conjeturas y las refutaciones. La historia recibe un tratamiento instrumental. El presente evalúa la racionalidad de las teorías pasadas.

Kuhn, por su parte, señalaba que cuando la historia de la ciencia es constreñida a semejantes excesos normativistas de la filosofía lo único que producía eran falsificaciones de la historia real. Esta última era para Kuhn la que, si se seguía adecuadamente, podría arrojar inductivamente un criterio de científicidad coherente con la práctica efectiva de los científicos, en lugar de presuponerlo desde un principio. Es decir, Kuhn reclama una especie de autonomía para la labor de la historia<sup>36</sup>.

Lakatos, por su parte, en su papel de mediador entre Kuhn y Popper, intentará realizar una síntesis afortunada a través de una metodología para programas de investigación científica e historiográfica. Por un lado critica a Popper el formular una metodología reconstructiva del desarrollo científico sumamente ahistórica. Indicaba que la metodología falsacionista (por lo menos, la expresada en *La lógica de la investigación científica*) tendía a deformar, o cuando menos ignorar la historia real de la ciencia en su afán de hacerla coincidir con su ideal de progreso científico sustentado en el método de conjeturas y refutaciones y en la

---

<sup>34</sup> Véase respecto a esa discusión el análisis de I. Lakatos y A. Musgrave, *Crítica y desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, 1968.

<sup>35</sup> La discusión sobre los modos mejores de relacionar las reconstrucciones históricas y las racionales no se circunscribió sólo a la filosofía de la ciencia natural sino que su ejemplo cundió en diferentes áreas de la filosofía. El debate Popper-Kuhn (al cual se suma Lakatos) se convierte en heurística para, por ejemplo, la filosofía política o la filosofía de la ciencia social. Lo que va a diferenciar a los bandos es, de algún modo, el modo en que entienden la función de la historia en el proceso de comprensión filosófica de las disciplinas. Cfr. Ambrosio Velasco Gómez, "Historia y filosofía en la interpretación de las teorías políticas", en *Crítica*, 75/xxv, México, IIF, UNAM, 1993. En este texto se plantean algunas formas que asume la metodología historiográfica de las teorías políticas teniendo como marco de referencia aspectos de la discusión entre historia de la ciencia y filosofía de la ciencia.

<sup>36</sup> Cfr. *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, 1991. Kuhn señalaba que la finalidad de ese escrito era "trazar un bosquejo del concepto absolutamente diferente de la ciencia que puede surgir de los registros históricos de la actividad de investigación misma" (*Op. cit.*, p. 20).

regla básica de la 'honestidad intelectual' del científico<sup>37</sup>. Critica el que Popper no utilice a la historia como base comparativa de sus reconstrucciones racionales.

En cuanto a la crítica que dedica a Kuhn, el planteamiento es a la inversa. En Kuhn, se recupera la historicidad de las teorías científicas (al mostrar que la ciencia se desarrolla por paradigmas históricamente constituidos, es decir, que se configuran con las necesidades particulares de sus respectivos contextos) pero se desemboca en un relativismo contextualista (al sostenerse la 'inconmensurabilidad' de dichos paradigmas). En este sentido, Lakatos señalará que la perspectiva propuesta por Kuhn "excluye *toda* posibilidad de una reconstrucción racional del desarrollo de la ciencia"<sup>38</sup>

Lakatos, con su metodología de los programas de investigación e historiográficos, intenta mediar en esta cuestión. Busca fundamentar un papel para la historia donde ésta sea esencialmente capaz de poner a prueba las reconstrucciones racionales, historizando los significados de las teorías de distintos programas de investigación, pero sin reducirlos al marco de donde provienen. De este modo, indica, una adecuada comprensión del desarrollo de las ciencias debe fijar su atención tanto en la reconstrucción interna o racional por un lado, y la reconstrucción histórica externa o causal. En el proceso de la comprensión no se puede, por ejemplo, determinar el carácter 'progresivo' o 'degenerativo'<sup>39</sup> de un programa en una tradición dada sin tomar en cuenta dichos niveles.

---

<sup>37</sup> Esto se puede ver en Lakatos I y Musgrave A. (eds.), *Op. cit.*, p. 477-484

<sup>38</sup> *Ibid*, p. 288-9. Lakatos agrega: "En opinión de Kuhn no puede haber ninguna lógica del descubrimiento, sino sólo psicología del descubrimiento...Una 'crisis' kuhniana aparece sin que haya ninguna causa racional determinada" (*Ibid*).

<sup>39</sup> En el marco de su metodología señalaba que un programa de investigación es considerado progresivo en la medida de que su desarrollo teórico anticipe su desarrollo empírico, o sea, siempre que sea posible predecir con éxito dentro de ese programa hechos nuevos. Por el contrario, es degenerativo cuando el desarrollo teórico se rezaga con respecto al desarrollo empírico, es decir, cuando las explicaciones formuladas en el marco del programa de investigación son post-hoc referentes a descubrimientos casuales o a realizados en un programa de investigación rival. En este último sentido, un programa de investigación, se dice, supera a un programa rival si es capaz de explicar progresivamente 'más y mejor que éste', haciendo posible su eliminación. Por otro lado, no es fácil distinguir cuándo un programa ha conseguido una ventaja decisiva sobre su rival. Al respecto señala Lakatos que en la metodología de los programas de investigación no puede haber ningún tipo de racionalidad instantánea o mecánica: "Ni la demostración de inconsistencia por parte del lógico ni el veredicto de anomalía del científico experimental puede echar abajo de un soplo un programa de investigación. Sólo se puede ser 'agudo y perspicaz' después de los acontecimientos" (*Ibid*, p. 466-7).

La metodología de los programas de investigación, agrega Lakatos, en tanto que teoría de la racionalidad científica, debe ser complementada con una historia empírico-externa<sup>40</sup>. La historia interna o reconstrucción racional se traduce en un seguimiento de la lógica del descubrimiento científico que subyace a los desarrollos científicos y que precisamente le da un carácter racional. En cambio, la historia externa proporciona 'una explicación no racional del ritmo, la localización, la selección, etc., de los acontecimientos históricos'<sup>41</sup>.

Algo que apunta Lakatos es que la reconstrucción interna, por más que se apege inductivamente a la historia efectiva del desarrollo científico, tiene que partir de normas referentes a este desarrollo presupuestas por el historiador. La idea de una historia interna reguladora incorpora ya desde el comienzo de la investigación la filosofía o las concepciones previas del historiador:

"cualquiera que sea el problema que el historiador de la ciencia quiera resolver, primeramente tiene que reconstruir la zona pertinente del desarrollo del conocimiento científico objetivo, es decir, la zona pertinente de la 'historia interna'. Como hemos mostrado, qué es lo que constituye para él la historia interna es algo que depende de su filosofía, tanto si él se da cuenta de ello como si no...De modo que al construir la historia interna el historiador es altamente selectivo: omite todo lo que es irracional a la luz de su teoría de la racionalidad"<sup>42</sup>.

---

<sup>40</sup> Lakatos se empeña en distinguir su demarcación entre historia interna y externa de la demarcación popperiana a este respecto: "La metodología de los programas de investigación...traza una línea de demarcación entre la historia interna y la historia externa que es notablemente diferente de la trazada por otras teorías de la racionalidad. Por ejemplo, lo que para el falsacionista constituye el (desgraciadamente frecuente) fenómeno de aferrarse irracionalmente a una teoría 'refutada' o una teoría inconsistente, fenómeno que transfiere por ello a la historia *externa*, puede explicarse muy bien *internamente* en términos de mi metodología como una defensa racional de un prometedor programa de investigación...(para el falsacionista la) metafísica irrefutable es una influencia intelectual externa; pero según mi estimación es una parte vital de la reconstrucción racional de la ciencia" (*Ibid* ,pp. 468-9)

<sup>41</sup> Según Lakatos, la reconstrucción racional o historia interna es más importante que la historia externa, ya que la mayoría de los problemas importantes de la historia externa se definen mediante la historia interna. Por ejemplo, cuando la historia externa difiere de su reconstrucción racional, aquella ofrece una explicación empírica de por qué difiere.

<sup>42</sup> *Ibid* , p. 472-73. Lakatos duda abiertamente de las teorías historiográficas inductivistas; para él 'la historia sin algún sesgo teórico es imposible': "Algunos historiadores buscan el descubrimiento de hechos puros generalizaciones inductivas, otros buscarán teorías arriesgadas y experimentos cruciales negativos, otros hay que buscan grandes simplificaciones, o cambios progresivos y degenerativos de problemas; todos ellos tienen *algún* sesgo teórico", *Ibid* , p. 474.

Pero, por otro lado, contra la falsificación popperiana de la historia de la ciencia, argumenta que si ésta se caracteriza por ser una historia de acontecimientos que han de ser ‘seleccionados e interpretados de una manera normativa’, es necesaria entonces la comparación y evaluación de las metodologías historiográficas rivales de la ciencia y de sus lógicas del descubrimiento en que están sustentadas. De acuerdo con Lakatos todas las metodologías funcionan como teorías o programas de investigación historiográficas -o metahistóricas-, y son susceptibles de evaluación mediante la crítica de las reconstrucciones históricas racionales que de aquellas se derivan. Por ello, según Lakatos, ‘la historia puede verse como un ‘test’ de las reconstrucciones racionales de la propia historia’<sup>43</sup>.

La historia real como test de las reconstrucciones racionales hace posible la ‘defensa’ de éstas contra los excesos normativistas de la filosofía de la ciencia, convertida en jurado. Una vez que la filosofía de la ciencia establece reglas generales para la evaluación -sea de los programas de investigación científica o de los de investigación historiográfica-, sólo la historia puede ser capaz de apelar ante la ‘ley estatutaria’ del filósofo.

En general puede verse que una parte importante de la crítica proveniente de la filosofía de la ciencia natural al modelo de cientificidad positivista se dirige precisamente hacia una revisión del papel de la historia con respecto a las comprensiones diversas del desarrollo científico. A partir de aquellas puntualizaciones el pasado de una disciplina pasa a ser visto como un factor relevante para evaluar las reconstrucciones de la ciencia. Así, se ponía en evidencia que algunos filósofos e historiadores, en su afán de presentar al desarrollo científico como una empresa del todo racional, someten el análisis de tal desarrollo a las restricciones de un modelo de cientificidad que frecuentemente choca con la historia real de la ciencia. Se mostraba que el desarrollo de la ciencia no podía ser reconstruido solamente atribuyéndole reglas generales a priori, sino que había que tomar en cuenta las enseñanzas

---

<sup>43</sup> Este doble sentido del término ‘historia’, que representa tanto los hechos registrados como la narración de esos mismos hechos es resaltada de igual modo por Paul Ricoeur (vid. más abajo, p. 94). Cuidándose de no caer en el extremismo de la postura falsacionista popperiana (según la cual *todas* las metodologías podrían ser falsadas con contraejemplos históricos), Lakatos aplica el mismo criterio de los programas de investigación científica a los de investigación historiográfica. Así las cosas, indica que sólo habrá de rechazarse una teoría de la racionalidad por otra, cuando quede garantizado un cambio progresivo en el contexto de los programas de investigación historiográfica. De ese modo, se posibilita la comparación de lógicas del descubrimiento y así, poder explicar cómo se desarrolla el conocimiento metodológico o metacientífico.

que la historia constantemente reporta, como el hecho de que la actividad científica depende de marcos previos de significación y paradigmas constituidos históricamente.

#### 4. La recuperación de la historia en la teoría social.

Con la erosión del predominio positivista en la ciencia social efectivamente se reabre en general la discusión sobre la lógica de ésta. Y con ello, surge una buena cantidad de corrientes y escuelas sociológicas que intentan capitalizar en posturas concretas los desarrollos derivados de aquella discusión (la etnometodología, la teoría de la estructuración o el neofuncionalismo, entre otras, vinculadas de algún modo con la revaloración de tradiciones anteriormente ignoradas, como la fenomenología, la hermenéutica, el interaccionismo simbólico, etc.)<sup>44</sup>.

Los teóricos sociales que se mostraban más fieles a la ortodoxia positivista criticaban el que, con el reinicio de la discusión sobre los fundamentos ontológicos, metodológicos y demás de la ciencia social, ésta se había hecho más ‘filosófica’. En la actualidad, señalaban, muchos de los temas tratados como ‘teoría social’ son en realidad filosóficos. Para ellos, la sociología debía olvidarse de esos ‘enredos inútiles’ y concentrarse en la investigación científica<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> John Peel comentaba a este respecto: “Las respuestas a la crisis (de la disolución del predominio positivista) han sido diversas y discordantes: sea una cuantificación más rigurosa, uso extensivo de modelos matemáticos y cibernéticos, nuevos esquemas para fundamentar a las teorías, el renacimiento de la sociología histórica, apasionados llamados de compromisos políticos, exigencias de nuevas aproximaciones teóricas y metodológicas (como la etnometodología y el estructuralismo entre otros), nuevas áreas de investigación, mas neomarxismo y aún más neoevolucionismo” en *Op. cit.*, p. 253. Para una revisión de las escuelas sociológicas anglosajonas que surgen al diluirse el consenso positivista ver las obras citadas de Alexander, especialmente, *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial, análisis multidimensional*. Respecto al papel que Alexander asigna a la revisión de los clásicos en la producción teórica de la sociología, ver, el artículo ya citado “La centralidad de los clásicos”.

<sup>45</sup> Esta postura es sostenida aún hoy por teóricos como J. H. Turner. Al respecto, ver su artículo “Teorizar analítico”, en Giddens, A., y Turner, J. H., *Op.cit.* Curiosamente, esta ‘filosofización’ de la sociología denunciada por los positivistas tenía su contraparte en la ‘sociologización’ de la filosofía. A este respecto, llama nuevamente la atención Giddens: “Frecuentemente se dice que la teoría social se ha hecho más ‘filosófica’ en años recientes y que especialmente se ha ocupado de temas epistemológicos. Tal vez así sea. Pero, al mismo tiempo la filosofía se ha vuelto más ‘sociológica’” (A. Giddens, *Social theory and modern sociology*, 1987, Standford U. Press, p. 53).



Precisamente, en este retorno al tratamiento de los 'enredos inútiles' es donde encuentra terreno la discusión sobre el papel que tiene la historia de la disciplina, uno de tantos problemas que el positivismo había intentado dar por suficientemente aclarado. Si en el periodo del consenso positivista los estudios históricos de la disciplina tenían asignada una tarea subordinada respecto a la práctica científica actual, al ponerse al descubierto los procesos interpretativos, ubicados en contextos sociohistóricos determinados, de los que depende la práctica científica, así como la importancia de la historia como base comparativa de las comprensiones de la ciencia, se hace necesaria una revisión de dicha relación.

Lo anterior era de relevancia especial para una disciplina como la sociología. Esta tenía que ser sensible a la revisión sobre el papel de la historia en la ciencia debido a que, por una u otra razón recurría continuamente a sus autores clásicos al momento de construir sus teorías. Para positivistas como Merton este recurrir a los clásicos era un síntoma de inmadurez de la sociología, y pensaba que desaparecería dicha anomalía en cuanto tuviese esta ciencia un desarrollo similar al de una ciencia natural exitosa. Pero para otros, ese revisar a los clásicos era por el contrario una condición necesaria y permanente para el teorizar sociológico, y ponía en evidencia que la lógica de la ciencia social era en esencia diferente de la de la ciencia natural. Si estos críticos siempre dudaron de aquella creencia mertoniana, la reapertura de la discusión sobre los fundamentos de la ciencia social no hacía sino proporcionarles argumentos contra el positivismo. En los siguientes dos capítulos analizo respectivamente aspectos de la perspectiva vinculada al consenso positivista sobre el papel asignado a la interpretación de los clásicos y al cambio de enfoque sobre esto mismo derivado del debilitamiento de las certezas positivistas.

## Capítulo 2: La historiografía presentista y la teoría social.

En los apartados siguientes reviso algunas tesis básicas de la postura historiográfica presentista vinculada al positivismo. Intento mostrar cómo a partir de los supuestos acumulacionistas propios de esta posición, según los cuales, lo válido del pasado siempre queda subsumido en el presente, la historia de la teoría social no tiene como función primordial y permanente el cuestionar y reorientar los contenidos actuales de dicha teoría, sino más bien el justificar esos contenidos. Esto se verifica en el análisis de las formas particulares que asumen las tesis presentistas a través de la figura de Robert K. Merton.

### 1. La significación del pasado para el presente en la historia presentista.

Algo que siempre caracterizó a la tradición positivista es una especie de rechazo hacia los estudios referentes a la historia de la disciplina. Podría explicarse lo anterior si reparamos en su intento constante de identificar finalmente a las ciencias naturales y las sociales. Robert K. Merton, siguiendo a A. N. Whitehead, sostenía que éstas últimas debían en un momento dado olvidarse de sus autores y teorías pasados, tal como lo hacían las ciencias naturales.

J.D.Y. Peel, un interesante crítico de la historiografía sociológica presentista, comenta que tal rechazo de la historia

“aunque era típico y significativo en la tradición funcionalista, no se deriva de ésta como tal. Sus orígenes son varios. Existía la influencia de Malinowski y Radcliffe-Brown, quienes, en afán de detener los excesos de la historiografía conjetural en antropología social, señalaban que la única forma de estudiar a las sociedades ágrafas era analizar sus instituciones en términos de las funciones sociales que éstas representan en la actualidad”... (Para entonces se pensaba que) “puesto que la sociología era una ciencia acumulativa, su objeto de estudio -la conducta humana- sólo podía y debía ser estudiada adecuadamente a partir del presente. El método científico requiere que el objeto de estudio sea ‘creado’ bajo condiciones experimentales lo más

controladas posible... (Por ello) La historia era no sólo prescindible, sino indeseable, ya que contenía variables irrepetibles, inverificables, perdidas y, lo peor de todo, inconmensurables”<sup>1</sup>.

Existirían otras razones, sigue diciendo Peel, para entender el carácter ahistórico de la sociología norteamericana. Una de ellas sería que, hasta hace muy poco, “el contacto entre los sociólogos y los historiadores no había sido tan estrecho”<sup>2</sup>. En los Estados Unidos, la sociología se ocupó principalmente de las instituciones modernas, a diferencia de la sociología europea, que estaba determinada por los cambios sociohistóricos experimentados en el periodo de transición a la modernidad. Así, mientras que los sociólogos franceses o ingleses por ejemplo, buscaban comprender el cambio que sufren sus sociedades al producirse las revoluciones industriales y democráticas, los sociólogos norteamericanos, ajenos de algún modo a los procesos vinculados con aquella transición, y aún cuando mostraban interés por los efectos del cambio social -sobre todo los derivados de la inmigración y la urbanización- en el fondo no se interrogan por las causas y las formas del cambio social. En cambio preguntan cómo su sociedad garantiza la movilidad y heterogeneidad de sus elementos, cómo una sociedad se hace y cómo los individuos se relacionan con ella. Todo ello se traduce, según Peel, en un interés de los investigadores por buscar constantes, y no variables históricas<sup>3</sup>.

Según Peel, en la historiografía presentista vinculada al positivismo, subyace un empeño por demostrar que los niveles actuales de ilustración -por ejemplo, las teorías sociales actuales- son resultado de una lucha contra los errores, supersticiones y demás obstáculos del pasado. Dicha historia representaría la legitimación de criterios y prácticas contemporáneas que se han ido puliendo merced a un alejamiento de las inconsistencias del pasado. Es una historia exclusivista en la que sólo aquello que fomenta la justificación de criterios actuales encuentra acomodo en la descripción racional del desarrollo científico, mientras que son

---

<sup>1</sup> J. D. Y. Peel, *Spencer. The evolution of a sociologist*, N.Y. Basic Books, 1972, p. 251.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 252.

negados sistemáticamente los errores, los accidentes y afirmaciones falsas que acompañan regularmente a un desarrollo científico.

Para autores como Steven Seidman, los principios metodológicos del presentismo se siguen de una implícita teoría de la ciencia que, en primer lugar, cree en una especie de *continuidad* que se da entre el pasado y el presente. Ello supone que los problemas y doctrinas del presente pueden servir como criterios para organizar, interpretar y juzgar ideas del pasado. Por ejemplo, dentro de la historiografía sociológica presentista, “la idea de Parsons de que tanto las obras clásicas como las contemporáneas han trabajado sobre el mismo problema - el del orden social, especialmente desde la óptica del dilema utilitarista- ilustra la concepción presentista de continuidad”<sup>4</sup>.

En segundo lugar, dicha teoría de la ciencia supone a su vez que la continuidad entre pasado y presente se traduce en acumulaciones de conocimiento científico exitoso. La historia de la ciencia social puede ser reconstruida colocando los incrementos de conocimiento válido de un modo lineal en el conocimiento actual. Como los científicos sociales están orientados hacia los mismos problemas y objetos de estudio, el mejoramiento progresivo de los métodos de investigación y las clarificaciones conceptuales redundan en progreso científico acumulativo. En tercer lugar, la teoría de la ciencia que soporta el presentismo tiende a identificar a la ciencia con los enunciados empíricamente verificados y lógicamente conectados entre sí. De ello se sigue que una historia de la ciencia en general, y de la ciencia social en particular debe desligarse de criterios ajenos a estos últimos.

## **2. La historiografía presentista de Robert K. Merton.**

La historiografía presentista sociológica encontró seguidores en teóricos tan importantes como Robert K. Merton. Bajo la perspectiva de este autor la historia cumple específicas funciones subordinadas con respecto al presente de la teoría sociológica y, en un momento

---

<sup>4</sup>S. Seidman, “Beyond Presentism and historicism: Understanding the history of social science” , en *Sociological Inquiry*, U. of Texas Press, 1983, 53 (1), p. 80.

dado, dicho presente habría también de prescindir de los estudios históricos, toda vez que, la mezcla de historia y sistemática representa una anomalía en el desarrollo de la sociología:

“...las ciencias sociales en general, con la creciente excepción de la psicología y la economía, tienden a fundir la teoría actual con su historia, en un grado mucho mayor de lo que lo hacen ciencias como la biología, la química o la física...(Ello) es una anomalía en el trabajo intelectual contemporáneo y señala una inversión creciente de los papeles entre los sociólogos y los historiadores”<sup>5</sup>.

En concordancia con la sentencia de Alfred N. Whitehead, según la cual, “una ciencia que titubea en olvidar a sus fundadores está perdida”, Merton sostendrá que, dado que los textos clásicos no figuran en la ciencia natural contemporánea, y en la medida de que la ciencia natural y la ciencia social son básicamente idénticas, esta última algún día no recurrirá a los clásicos -una vez que ‘madure’ en grado similar a la ciencia natural.

La anterior descripción encuentra sustento en cuanto se analizan más de cerca los supuestos acumulacionistas de la teoría de la ciencia social que hay en Merton. Para este autor, la sociología es una ciencia donde las teorías vigentes -un poco a la manera del falsacionismo- son más completas que las anteriores, en la medida de que explican lo que estas últimas explicaban y lo que ya no pueden explicar hoy. Lo que tenemos como teorías sociales actuales son una sistematización de todo aquello de las teorías anteriores que ha sobrevivido a las pruebas y verificaciones más rigurosas. La prueba más clara de que el conocimiento científico es acumulativo consiste, según Merton, en que:

“...las mentes comunes pueden resolver hoy problemas que las mentes ilustres no empezaron a resolver antes. Un estudiante de matemáticas sabe cómo identificar y resolver problemas que desafiaron a cerebros tan capaces como los de Leibniz, Newton o Cauchy”<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup>Robert K. Merton, “Sobre la historia y sistemática de la teoría sociológica”, en *Teoría y estructura sociales*, México, F.C.E., 1984, pp. 17-9. Dicho artículo apareció originalmente en 1947 con el título “Discussion of <The position of sociological theory>”, *American Sociological Review*, 13 (2), pp. 164-168.

<sup>6</sup>*Teoría y estructura sociales*, pp. 44-5.

El no comprender lo anterior, según Merton, hace que, en la práctica de la enseñanza de la sociología a los nuevos discípulos, se cometan serios errores. El más costoso de éstos es la llamada ‘fusión’ entre historia y sistemática de la teoría sociológica. Ello se manifiesta, dice Merton, cuando, al enseñarse la sociología, se recurre constantemente a autores y teorías del pasado. La lectura y revisión continua de autores clásicos, sigue diciendo, crea la extraña confusión de que éstos y sus obras no han sido superados e integrados en esquemas actuales más completos y que, por lo tanto, se haría necesario un retorno a aquéllos.

Pero, diría Merton, no es necesario que el aspirante a teórico social tenga que revisar a los clásicos de su ciencia (así como un estudiante de física ignora casi en su totalidad los escritos originales de sus antecesores brillantes). Dicha revisión es una tarea reservada a los historiadores de la disciplina y no a los que realizan investigación empírica sociológica. Dicha confusión, según Merton, engendra la fatal práctica de mezclar teorías vigentes con otras que ya no lo son. Ello implica, entre otras cosas, que el sociólogo pierda el tiempo al buscar en argumentos del pasado aspectos que, de una u otra forma, ya están integrados en esquemas teóricos del presente. Y ello representaría evidentemente un obstáculo para la maduración de la disciplina sociológica<sup>7</sup>. De ahí que Merton abogue por una tajante distinción y separación entre historia y sistemática.

Sin embargo, Merton introduce un toque de ambigüedad a su exposición cuando habla también de ‘usos permitidos’ de la historia en la sistemática<sup>8</sup>. Mientras que por un lado señala que la sociología, en su período de inmadurez, debe separar claramente historia y sistemática, porque precisamente su fusión es obstáculo para la maduración de la disciplina (en la medida de que produce lamentables híbridos que no son ‘ni historia ni sistemática como tales’<sup>9</sup>), por otro lado, señala que en dicho período de inmadurez de la sociología, su

---

<sup>7</sup> Merton refiere otros factores asociados a la inmadurez de la sociología. Entre ellos pueden contarse la postura extrema de los sociólogos de hacer, o teorías demasiado generales y abstractas, o mero ‘empirismo abstracto’; de igual modo, señalaba Merton, el hecho de que la enseñanza de la sociología se centraba más en aspectos metodológicos que en áreas sustantivamente sociológicas. Cfr. “Sobre las teorías sociológicas de alcance intermedio”, *Op. cit.*, cap. 2.

<sup>8</sup> J. Alexander resalta también la ambigüedad del planteamiento de Merton sobre las funciones de la historia (Cfr. “La centralidad de los clásicos”, en Giddens A. y Turner J., *Op. cit.* De igual modo, Robert Allun Jones señala rasgos ambiguos del planteamiento mertoniano (ver más abajo, p. 46).

<sup>9</sup> Merton, *Teoría y estructura sociales*, p. 18.

sistemática puede y quizás debe recurrir a la historia -lo que implica desde luego que no se separan- para vencer dicho obstáculo. La historia, es tanto un obstáculo para la maduración de la sociología, como una herramienta para vencer dicho obstáculo.

Esto viene de que Merton, implícitamente, concibe dos tipos de funciones distintas que tendría la labor histórica. Por un lado estarían las funciones 'ordinarias' de la historia, que habría que distinguir y separar tajantemente de la sistemática, y que consistirían en describir los cursos reales que acompañan al descubrimiento científico; esto es, seguir, los procesos causales ocultos (por ejemplo, prejuicios, desviaciones, seguimiento de pistas falsas, apoyos institucionales y otros elementos) que favorecen desarrollos teóricos en detrimento de otros:

"Lo racional para la historia de la ciencia es lograr una comprensión de cómo llegaron a desarrollarse las cosas, cómo sucedió en una ciencia o en un complejo de ciencias, no meramente colocar sinopsis de la teoría científica en orden cronológico. Y sobre todo, esta clase de historia no está destinada a instruir al científico actual en la teoría operativa corriente, metodología o técnica de su ciencia"<sup>10</sup>.

Por otro lado estarían las funciones que operan cuando la historia no es separada de la sistemática. Ellas son, por así decirlo, funciones 'extraordinarias' que dejarían de operar en cuanto la sociología alcanzara su etapa de madurez. Consistirían, según Merton, en proporcionar al sociólogo información útil mediante la revisión de textos clásicos. Así por ejemplo, la lectura e interpretación de los clásicos proporcionaría material nuevo, no resuelto o sistematizado por aquéllos, evitaría redescubrimientos inútiles, ofrecería modelos de trabajo intelectual, o proporcionaría una interacción de tipo hermenéutico entre el clásico

---

<sup>10</sup> Para Merton, el objeto de la historia no es analizar simplemente el informe científico acabado, ordenado y coherente. Lo que debe buscar el historiador de la ciencia es la historia real que subyace al informe científico, la práctica efectiva del investigador contrapuesta a una concepción idealizada de su quehacer. El objeto de la historia de la disciplina no se remite pues a agrupar cronológicamente los informes científicos terminados, sino a la descripción del carácter reticular, complicado y no lineal que sigue el desarrollo de la teoría; es decir, a intentos de comprender cómo llegaron a consolidarse determinadas teorías, tal y como las podemos entender hoy. Merton resalta que este tipo de labor historiográfica -la cual recomendaba ampliamente a sus colegas- era promovida por lo que él llamaba la 'nueva historia de la ciencia', con autores como Thomas Kuhn, Charles Gillispie, Henry Guerlac, Rupert Hall, A.C. Crombie y otros. (*Ibid*, p. 19, n. 3).

y el teórico actual (la relectura que se haga del texto clásico en distintos periodos de vida puede ofrecer perspectivas distintas sobre el mismo asunto).

Sin embargo, dichas funciones extraordinarias no deben nunca perder de vista que una cosa es la piedad comentarista y otra la práctica científica actual, y que habría que saber distinguirlas:

“...el estudio de los clásicos puede ser deplorablemente inútil o maravillosamente útil. Todo depende de la forma que tome el estudio: pues una diferencia enorme separa las prácticas anémicas de mero comentario o vulgarización y la práctica activa de *continuar y desarrollar* las directrices teóricas de los predecesores importantes”<sup>11</sup>.

Esto es, toda interpretación de los clásicos que no camine hacia la integración de un sistema teórico más comprensivo y abarcador, es decir, en tanto que, en el terreno de la sistemática, el pasado no sirva para fines presentes (dando por hecho la existencia de continuidades entre pasado y presente), ha de entenderse como un uso degenerativo dentro de la sociología. De acuerdo con esto, la tarea sería localizar líneas de investigación en teorías pasadas que son susceptibles de recuperación, continuación, sistematización e integración en un sistema teórico actual más comprensivo. Este sistema debe poder abarcar o subsumir a aquellas, en el sentido de que sean incluidos tanto los problemas que aún no han sido resueltos en teorías sociológicas pasadas, como los elementos de éstas que han sobrevivido a pruebas que evalúan su pertinencia teórica y empírica. En ello consistiría un uso adecuado de la interpretación de los clásicos<sup>12</sup>.

Por lo demás, la ambigüedad descrita arriba pasa a segundo término cuando se observa que, incluso los usos de la historia en la sistemática que permite Merton están subordinados a criterios del presente. La función de la historia permitida es reforzar los objetivos

---

<sup>11</sup> *Ibid*, p. 48 (cursivas mías).

<sup>12</sup> Pero, según Merton, el interés por los clásicos muchas veces deriva en tendencias intelectualmente degenerativas en la historia del pensamiento sociológico. En ocasiones ello toma la forma de una reverencia acrítica hacia el clásico; redundando en exégesis y comentarios “extremadamente estériles” para la ciencia. En otras, se vulgariza al clásico: se vuelve lugar común un punto de referencia de alguna teoría anterior (*Ibid.*, p. 47-48).



presentistas de legitimar los estándares y prácticas actuales. Esto es evidente, sobre todo, cuando Merton señala que la historia es útil en cuanto puede proveer material valioso ignorado o enterrado en el pasado y susceptible de integrarse en el conocimiento actual. Lo mismo ocurre cuando la considera útil para evitar ‘redescubrimientos inútiles’<sup>13</sup>. En estos casos Merton siempre tiene como punto de referencia los criterios e intereses de la investigación actual; la revisión histórica se sujeta a las necesidades de la investigación y la enseñanza de la sociología contemporánea.

Esta imagen de la historia no se matiza ni cuando Merton le atribuye a ésta la utilidad de conocer modelos ejemplares de trabajo intelectual encontrados en el pasado<sup>14</sup>. En este caso, el conocimiento de modelos de análisis se limita otra vez a las necesidades del presente. Es decir, se toman en cuenta sólo los modelos que se piensa pueden resultar útiles para las exigencias del teorizar contemporáneo. Merton, por ejemplo, trata de imitar el modelo de teorizar de Durkheim -sobre todo el expuesto en *El suicidio*- porque considera a tal modelo congruente con su propio análisis funcionalista.

La base de todo ello es el hecho de que, para Merton, realmente existe continuidad acumulativa entre el pensamiento clásico y el actual. Según él, la prueba de que existe tal continuidad consiste en que cada campo de la ciencia social

“tiene su propio complemento de casos en que los autores posteriores notifican que su aportación ya tiene antecedentes, dando así un elocuente testimonio al hecho del descubrimiento múltiple en estas disciplinas”<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 53

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 54-55.

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 27. Sostiene que, aún cuando, la ciencia no se desarrolla en forma lineal, tal como él le acepta a Kuhn, sí implica siempre una acumulación de conocimiento, resultado de desarrollos de hallazgos anticipados y semi revelados del pasado. Esta tesis la extiende hasta el propio Kuhn: “Así, Kuhn no rechaza la concepción establecida de que la ciencia crece principalmente por incrementos, aunque su interés principal es demostrar que esto está lejos de ser toda la historia”, *Ibid*, p. 29.

La continuidad se refiere al hecho de se den en el pasado y en el presente (e incluso entre teóricos contemporáneos) descubrimientos de ideas sustancialmente idénticas o funcionalmente equivalentes y que son independientes entre sí. Aquí Merton es especialmente cuidadoso. Sostendrá que no cualquier extensión de problemas pasados hacia el presente significa continuidad:

“El historiador de las ideas corre el riesgo, ya sea de pretender encontrar una continuidad del pensamiento donde en realidad no existe, o de no identificar la continuidad donde sí existe. Al observar la conducta de los historiadores de las ideas, se tiene la clara impresión de que, cuando se equivocan, tienden al primer tipo de error. Están prestos a invocar una firme corriente de precursores, anticipaciones y esbozos en muchos casos en que una investigación más concienzuda revela que son invenciones...(Si) el historiador cede a la indolencia y deja que cualquier grado de parecido entre las viejas y las nuevas formulaciones pase como anticipación, en realidad escribe la mitología de las ideas, no su historia”<sup>16</sup>.

De acuerdo con Merton, el historiador de las ideas debe establecer continuidades ente el pensamiento social pasado y presente sólo cuando dicha identificación contribuya a la comprensión misma del desarrollo histórico del pensamiento. Esto no se logra cuando se procede a elaborar, sin más, listas triviales de predescubrimientos, redescubrimientos y anticipaciones en la historia de la teoría social<sup>17</sup>. Para Merton el historiador no debe conectar las ideas que son similares sólo en la forma, sino que lo sean en cuanto a las implicaciones teóricas que ellas involucran:

---

<sup>16</sup> *Ibid*, p. 29-32. Aquí el presentismo mertoniano parece conectarse -no sin cierta inconsistencia- con la tesis historicista, según la cual el pasado no debe ser evaluado en términos que sólo tiendan a legitimar prácticas y criterios del presente. Q. Skinner por ejemplo, quien también emplea en ese sentido la expresión ‘mitologías’, señalaba que “cualquier intento de justificar el estudio de la historia es términos de ‘problemas perennes’ o ‘verdades universales’ que se pueden aprender de los textos clásicos tiene el costo de hacer una historia innecesariamente ingenua. Cualquier enunciado, como mostré, es inescapablemente la materialización de una intención particular, en una ocasión particular, tendiente a solucionar un problema particular y, por ello, específico a su situación en un modo que sólo ingenuamente podríamos tratar de trascender. La implicación vital aquí es que los textos clásicos no se refieren a nuestras preguntas y respuestas, sino a las suyas propias”, “Meaning and understanding in the history of ideas”, en *Meaning and context*, Princeton University Press, 1988.

<sup>17</sup> Merton, *Ibid*, p. 36. Por lo demás, afirma que hacer esta clase de identificación es fácil. Así, ejemplifica con el siguiente caso: “Shakespeare ostensiblemente se anticipó a Freud al definir la racionalización de los deseos en *Enrique IV*: ‘Tu deseo fue padre, Enrique, de ese pensamiento’”. *Ibid*. Este modo de proceder, según Merton, degenera ‘en un anticuarianismo que no hace avanzar la *historia* de la teoría sociológica para nada’ (*Ibid*).

“la fructífera investigación histórica requiere de un análisis detallado de la esencia teórica de las primeras y de las últimas versiones y de las *condiciones*, con objeto de observar las continuidades o discontinuidades del pensamiento”<sup>18</sup>

Con esto tenemos a un Merton que se mostraría sensible frente a la historicidad de las teorías clásicas y que, en consecuencia, otorga cierta autonomía al pasado con respecto a los intereses actuales. Ese pasado autónomo sería capaz incluso de validar o no los juicios de los teóricos actuales; por ejemplo, el sociólogo

“frecuentemente descubre una discusión en los clásicos en que se cuestiona una idea que él ya estaba por afirmar como verdadera. Las reflexiones siguientes son juiciosas. El teórico reciente, obligado a considerar que quizá pudiera estar equivocado, vuelve a examinar su idea, y si encuentra que en realidad es defectuosa, la reformula en una versión que se beneficia con *el diálogo no registrado*”<sup>19</sup>

Sin embargo, Merton asigna un alcance limitado a esta acción ‘correctiva’ del pasado que se da cuando se entabla ese diálogo hermenéutico ‘no registrado’ entre pasado y presente. El pasado sólo puede cumplir con esa función por un tiempo determinado, precisamente el que le tome a la sociología madurar. Cuando esta disciplina tenga un desarrollo similar al de la física o la biología, prescindirá, según Merton, de las enseñanzas del pasado en la forma en que todavía lo hace. Merton reduce así el pasado aprovechable, a aquellas partes de éste que *aún no* han sido incorporadas en teorías presentes (de ahí se derivaría que, para Merton, la comprensión hermenéutica es más bien propia de las ciencias inmaduras).

El pasado no se consolida por tanto como un factor potencial de comparación y corrección permanente, sino que es útil sólo en tanto que la sociología madure. Así, no tiene la función de reorientar el desarrollo de ésta.

---

<sup>18</sup> *Ibid*, p. 37 (subr. mio). Merton pone como ejemplo de esta adecuada manera de establecer continuidades entre pasado y presente la idea de Lovejoy según la cual, la *Fábula de las abejas* de Mandeville (1714) había anticipado, por completo, todas las ideas principales de Veblen expuestas en la *Teoría de la clase ociosa*.

<sup>19</sup> *Ibid*, p. 54 (cursivas mías).

Por lo demás, Merton, siendo consciente de que la identificación de continuidades implica un reconocimiento de las condiciones particulares que dan forma específica a las teorías o ideas en cuestión, no cuenta con una metodología que precisamente rescate en la medida de lo posible la historicidad de los materiales del pasado (dicha metodología será propuesta como veremos por la corriente historicista). Lo interesante aquí es considerar hasta qué grado sería compatible una metodología de tales características con los supuestos acumulacionistas del presentismo. Estos señalan, como se vió, que el presente siempre implica un horizonte de conocimiento mejor y más completo que el pasado. Las versiones del pasado siempre son corregidas por las del presente.

El presentismo, para ser consecuente consigo mismo, debe sostener que el pasado, por más objetivamente que pueda ser reconstruido, no puede corregir de modo fundamental y metódico al presente. En el marco de la exposición mertoniana, por más que las identificaciones de continuidad entre pasado y presente sean correctamente obtenidas y por más que se rechacen las ilegítimas, el primero no puede corregir al segundo en aspectos vitales, tales como la concepción actual de la lógica de la ciencia social. El presente está sobreentendido como criterio plenamente legítimo para evaluar el pasado. El pasado no tiene nada que decir al presente, mas que aquello que éste realmente desea escuchar.

En resumen, la visión de Merton supone, con la tradición presentista-acumulacionista, **a)** que la teoría social puede, y debe en un momento dado, prescindir de los datos que proporciona la evidencia histórica; con esto, Merton conecta con la tentativa de los antropólogos funcionalistas -como Malinowski o Radcliffe-Brown- de estudiar las sociedades a partir sólo de los datos asequibles en el presente; con esto, priva Merton a la teoría de la base permanente de contrastación que la historia representaría para con aquélla; **b)** que existe de hecho continuidad entre los problemas del pasado y del presente; Merton reconoce que una buena parte de los temas que analizaban los clásicos *son los mismos* que analizan los teóricos actuales, sólo que éstos últimos lo hacen desde una perspectiva mejor y más completa y contando con metodologías depuradas y técnicas más especializadas; sin embargo, como apunta el mismo Merton, no cualquier contacto entre el pensamiento del pasado y del presente representa automáticamente una legítima continuidad. Así, Merton no

permanece del todo alejado (ni tampoco suficientemente cerca) de las problemáticas metodológicas asociadas a la interpretación de autores y teorías pertenecientes a contextos ajenos; c) que, por lo anterior, en Merton existe una tensión velada entre las posturas presentistas e historicistas, aún cuando dicha tensión es por lo común ocultada en gran parte de su obra debido a su posición positivista y acumulacionista, según la cual, las teorías actuales subsumirían el saber debidamente acreditado del pasado.

En el siguiente capítulo analizo algunas críticas fundamentales dirigidas a los aspectos historiográficos presentistas arriba apuntados. Dichos señalamientos críticos, como se ha venido diciendo, cobran realce en un marco donde los supuestos del positivismo en general tienden a desdibujarse.

### **Capítulo III: Historicismo y postpositivismo sociológico.**

En este capítulo primeramente se realiza un análisis de las críticas que en general son dirigidas a la historiografía presentista-acumulacionista en sociología. La principal fuente de críticas la constituye la postura historicista, cuya tesis básica sostiene la discontinuidad entre las teorías del pasado y del presente. Enseguida, se observan a su vez algunas críticas al historicismo. Se sostendrá que esta postura, aún cuando pone en evidencia los desaciertos del presentismo, desemboca en una metodología objetivista extrema, que impide establecer una relación firme entre la teoría social y su historia ya que supone que los intereses de ambas no pueden mezclarse ni complementarse. La teoría social no puede valerse de la historia para evaluar sus resultados, porque desde el comienzo de la investigación la historia se orienta en función de sus propios objetivos y no de los de la teoría.

Por último se revisan algunos intentos de mediación entre las posturas presentista e historicista. La historiografía que se encuentra en autores como J.D.Y. Peel, S. Seidman y J. Alexander, trata de mostrar las diversas problemáticas derivadas de ambas posiciones extremas. Especialmente el último autor intenta fundamentar una relación entre pasado y presente de la teoría social donde ésta pueda desarrollarse a partir de revisar constantemente a sus clásicos, buscando no caer en los extremos de la continuidad presentista y del relativismo historicista.

#### **1. La crítica historicista a la continuidad presentista.**

Alrededor de los años sesenta, el empuje de diferentes corrientes antipositivistas promueve entre otras cosas el que los historiadores hagan revisiones sobre el predominante estilo presentista de hacer historia de la ciencia. Al respecto señalaba Steven Seidman que

“la nueva historia y filosofía de la ciencia, especialmente *La Estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn...ha realizado una importante reorientación en la historiografía de las ciencias naturales y sociales. En lugar de las historias ‘Whiggish’ o ‘presentistas’, que reconstruyen el desarrollo científico como una progresión acumulativa de conocimiento que conduce hacia el presente, la nueva historiografía, que asume la *discontinuidad* en el cambio científico, propone un estudio *historicista* del pasado, pretendiendo recuperar el movimiento de la ciencia ‘desde dentro’”<sup>1</sup>.

Dicha reorientación historicista<sup>2</sup> parte de importantes objeciones a la historiografía presentista. Primero, el señalar que, en tanto que los objetivos del presentismo son legitimar los estándares y prácticas científicas actuales, aquél representa una actitud evaluativa e ideológica hacia el pasado. Segundo, el indicar que, al buscar en el pasado orígenes, anticipaciones y contribuciones al conocimiento científico actual, el presentismo termina produciendo interpretaciones históricamente absurdas. Por ejemplo, bajo el presentismo “los textos del pasado son organizados y sistematizados presentando una posición coherente con alguna doctrina actual cuyos términos de discusión no eran disponibles para los autores del pasado”<sup>3</sup>.

La postura historicista en historiografía de las ciencias sociales supone un intento por comprender la ciencia de un periodo dado en sus propios términos. Ello, a partir de un reconocimiento de que las condiciones, y por lo tanto, las preguntas y respuestas de la ciencia, varían históricamente. A diferencia del presentismo, supone que esta variabilidad histórica es particularmente cierta en las ciencias sociales, donde el constante cambio de las formas de vida social deriva en renovados objetos de estudio y en reorientaciones de los intereses científicos. Otra vez en contraste con el presentismo, el historicismo asume la

---

<sup>1</sup> S. Seidman, “Beyond Presentism and Historicism: Understanding the History of the Social Science”, en *Sociological Inquiry*, 53/1, invierno, 1983, p. 79 (cursivas mías). En un sentido similar John Peel ya había resaltado unos años atrás el papel protagónico de la historiografía kuhniana en el ámbito de la ciencia social. Por su parte expresaba: “Kuhn...ha producido una teoría sociológica de la ciencia -o sea, una teoría de la ciencia como actividad- contra la acostumbrada historia whiggish. Kuhn nunca invoca Verdad o fidelidad a la naturaleza para explicar porqué un paradigma particular ha triunfado sobre sus rivales” (*Spencer. The evolution of a sociologist*. N.Y., Basic Books, 1972, p. 263)

<sup>2</sup> Entre los autores que Seidman señala como representantes de la nueva historiografía de la ciencia social se encuentran Gerard Radnitzky, John Dunn, Robert A. Jones, Quentin Skinner, George Stocking, John Peel, Charles Camic, Harry Johnson, S. Collini, G.M. Murphey, W. Schluchter y K. Thompson, entre otros.

<sup>3</sup> Seidman, *Op. cit.*, p. 81.

discontinuidad entre el pasado y el presente como resultado de cambios en los objetos de estudio y los problemas.

## 2. Robert Allun Jones: la necesidad de historiadores profesionales en la teoría social.

La corriente historicista asociada al pensamiento de Quentin Skinner -que tiene, en el terreno de la teoría social, a Robert Allun Jones como su representante más importante- supone que para especificar el significado histórico de los textos o conjuntos de ideas uno debe recuperar las intenciones del autor; por ejemplo, saber si el autor quería criticar o apoyar determinado estado de cosas. A su vez, para determinar las intenciones del autor es necesario tener un amplio conocimiento del estado de cosas, particularmente de las convenciones lingüísticas y sociales disponibles, así como de las formas de discurso en relación a las que el significado de los términos y los argumentos de los textos pueden ser fijados. Jones agrega incluso que los textos y obras del pasado

“deben ser abordados...como actos-de-habla que poseen lo que Austin llamó ‘fuerza ilocucionaria’ -o sea, la acción realizada *al* decir algo. El modo de recuperar tales intenciones...es reconstruir las convenciones lingüísticas que regulan la realización de esas acciones en una sociedad de *ese* tipo. Esto supondría revisar virtualmente todo escrito perteneciente a autores de la época y ubicar perfectamente la obra analizada en el contexto al que pertenece. Sólo de este modo...podemos distinguir entre historia original e historia vulgar, y así discernir lo que los autores *estaban haciendo* al escribir lo que ellos escribieron”<sup>4</sup>.

Según la doctrina historicista de la discontinuidad, la ciencia sería una respuesta a problemas particulares surgidos en contextos concretos sociohistóricos, y como las condiciones sociales cambian, también lo hacen los problemas y objetivos de la ciencia. Cuando se rebasa esa demarcación se corre el riesgo de hacer historia vulgar. Se hace historia vulgar e incluso absurda cuando las preguntas e intereses de los historiadores del

---

<sup>4</sup>R. A. Jones, “On Quentin Skinner”, en *American Journal of Sociology*, p. 456. 1981, 87 (2).



presente representan una especie de corsé impuesto a textos y obras del pasado. Es cuando ocurre lo que los skinnerianos llaman la elaboración de ‘mitologías’<sup>5</sup>, que no responden a legítimos intereses históricos sino a la justificación de estándares y prácticas actuales.

Ese objetivismo, que exige el abandonar las referencias teóricas del presente cuando se estudia el pasado, es característico de la postura historicista en ciencia social. Ese rasgo tiene en ocasiones una recepción paradójica por parte de los historicistas. Como ejemplo de ello, véase lo que afirma el mismo Jones:

“debemos tomar algunas decisiones importantes acerca de lo que es valioso estudiar (del pasado); y es difícil ver como estas decisiones pueden razonablemente basarse en otros estándares que no sean los del presente...La existencia de preconcepciones, por lo tanto, no está en cuestión: puesto que los límites arriba señalados son inevitables”<sup>6</sup>.

Un problema evidente que surge de lo anterior consiste en cómo marcar los límites entre preconcepciones presentes, que son inevitables y legítimas, y los intereses teóricos también presentes, pero que son, a decir de Jones, totalmente ilegítimos. Para eliminar dichos intereses ilegítimos, propone que sea el historiador profesional el que realice las investigaciones históricas de la teoría social y no el teórico social mismo.

Jones considera que el verdadero problema de la explicación histórica en la sociología no radica tanto en que se parte de una errónea teoría de la ciencia, sino en que los teóricos sociales ignoran la naturaleza de una buena historia de la ciencia. Primero, para Jones, lo que en definitiva caracteriza a una auténtica historia de la ciencia, en este caso de la sociología, ‘es el hecho de que sus proposiciones se refieren a eventos y objetos del pasado’, por lo que se precisa de una metodología adecuada a dichos objetos. Así, señala

---

<sup>5</sup> Quentin Skinner señalaba que las mitologías asumían formas variadas. “Primero, existe el peligro de convertir algunas citas de mínima importancia realizadas por un teórico clásico en ‘la doctrina’ de uno de sus temas principales. Esto a su vez puede generar dos tipos particulares de absurdo historiográfico, uno referente a las biografías intelectuales e historias más sinópticas del pensamiento, centrándose en los pensadores individuales, y otro referente a las actuales ‘historias de las ideas’, en las que la atención se centra en el desarrollo de alguna ‘idea’ en sí” (“Meaning and understanding in the history of ideas”, en *Meaning and context*, Princeton U. Press, 1988).

<sup>6</sup> Robert Allun Jones, “On understanding a sociological classic” en *American Journal of Sociology*, p. 284. 1977, 83 (2).

que al escribir sobre autores y teorías del pasado, la cuestión es saber si nuestros juicios se refieren a acciones que dichos autores pudieron haber intentado y a significados que ellos pudieron haber intentado dar a entender. En caso de que no se acepten y asuman tales criterios no se haría ninguna historia real de la sociología, ya que los juicios que de ahí se derivaran no tendrían ningún sentido en y sobre el pasado.

Por otro lado, agrega, esta deficiencia puede deberse en buena medida a que la historia de la sociología es llevada a cabo por los mismos sociólogos y no por historiadores profesionales. En un artículo que analiza la obra de Quentin Skinner señalaba:

“Una práctica tradicional en la historia del pensamiento político parece ocurrir igualmente en la historia de la teoría sociológica. Los practicantes de ambas ‘historias’, por ejemplo, típicamente operan desde departamentos de ciencia política o sociología en lugar de historia propiamente...por ello, tienden más a identificarse a sí mismos como ‘teóricos’ políticos o sociales que como historiadores...Por esto, en lugar de intentar entender y explicar el desarrollo de las ideas del pasado, por lo regular tales teóricos creen que su labor consiste en proporcionar la estructura normativa con la que los estudios empíricos de política y sociología han de ser conducidos;”<sup>7</sup>.

Apela Jones a la advertencia que, en este sentido, ya había señalado Merton años atrás (ver más arriba, pp. 33-35), cuando discutía las ‘muy distintas funciones’ que tienen la historia y la sistemática de la teoría sociológica, y lamentaba que mucho de la práctica contemporánea de los sociólogos caía en una pobre mezcla de ambas que producía un híbrido ‘que ni es historia ni es teoría’. Por lo demás, el argumento crítico de Merton no satisfacía plenamente a Jones:

“El esfuerzo más autoconsciente por luchar contra las dificultades metodológicas de la historia de la sociología ha sido el ensayo de Merton referido (“Sobre la historia y sistemática de la teoría sociológica”)...No obstante los rasgos laudables del

---

<sup>7</sup>R. A. Jones, “On Quentin Skinner”, p. 453. Aún así, para Jones, hay autores que ven a la historia de la sociología no como un simple pasatiempo opcional sino una actividad seria y necesaria a la que están comprometidos de tiempo completo. Entre ellos señala no tanto a pioneros como George Stocking, L. Coser o Steven Lukes, sino a una generación más reciente y crítica compuesta por Stefan Collini, Henrika Kuklick, Wolf Lepenies, Robert Nye, David Watson, Paul Vogt y Philippe Besnard entre otros (Ibid, p. 455).

argumento...un cuestionamiento debe apuntarse...con respecto a la base para la distinción entre historia y sistemática de la teoría sociológica. Por sistemática, entendía Merton, 'la acumulación altamente selectiva de aquellas pocas partes de obras del pasado que han sobrevivido a las pruebas de la investigación empírica'. Por otro lado, la historia es 'la gran cantidad de concepciones que caen refutadas por los tests empíricos. Ello incluye los falsos comienzos, las doctrinas arcaicas y los errores infructuosos del pasado'. El criterio para la distinción sería así la abarcabilidad (inclusiveness) de una y otra y el criterio de inclusión sería la validez empírica de la teoría en cuestión"<sup>8</sup>.

De acuerdo con Jones, la distinción de Merton es una distinción que ningún historiador profesional aceptaría por las dudosas consecuencias que acarrearía. Por ejemplo, si se acepta la distinción mertoniana, tendría que admitirse que los enunciados de textos del pasado dejan de ser históricos al ser validados lógicamente y empíricamente y, por el contrario, se vuelven históricos cuando se demuestra su falsedad. Por ejemplo, "una afirmación encontrada en *Las formas elementales de la vida religiosa* de Durkheim no deja de ser histórica sólo porque se trata de una de las proposiciones válidas de Durkheim...Y a la inversa, desde luego, una afirmación de *Las formas elementales* difícilmente se volvería histórica simplemente porque se trate subsecuentemente de una proposición falsa"<sup>9</sup>.

### **3. J.D.Y. Peel: los límites del presentismo y el historicismo en la teoría social.**

J.D.Y. Peel realiza también una crítica al argumento de Merton sobre la separación de historia y sistemática de la sociología, pero desde otra perspectiva. Para Peel, es erróneo suponer, como lo hacía Merton, que el pasado debiera ser olvidado a menos que contuviera verdades que no han sido sistematizadas y que necesitaran ser rescatadas<sup>10</sup>. Para Peel, dicha relación con el pasado de la sociología representa una actitud tanto soberbia como servil

---

<sup>8</sup> Ibid, p. 460. Jones señala, por cierto, que Talcott Parsons, por ejemplo, siguió ese criterio clasificatorio de abarcabilidad para definir a la teoría en *La estructura de la acción social*.

<sup>9</sup> Ibid, p. 460.

<sup>10</sup> J.D.Y. Peel, "Sociology and its history" en *Spencer. The evolution of a sociologist*, N.Y., Basic Books, p. 258.

por parte del historiador. En el primer caso, dice, se falla al tomar a la historia como una actividad prescindible, secundaria u opcional, a la que sólo se toma en cuenta cuando se sospecha que el pasado posee algunas verdades ocultas e ignoradas. La creencia más común señala que los ‘padres fundadores’ de la sociología, si es que se les toma en cuenta, debe tomárseles como contemporáneos en el debate intelectual. Este es el modo en que los sociólogos se relacionan con sus ancestros.

En el segundo caso, ello representa, como se dijo, una actitud servil para con el modo positivista de concebir a la teoría. Y ello porque se piensa que las teorías refutadas son literalmente inútiles, excepto cuando se les toma con propósitos de enseñanza. La teoría es así concebida en una sólo dimensión: o es un conjunto de respuestas verdaderas, o es uno de respuestas falsas a los mismos problemas sociológicos. Los problemas no cambian, sino sólo los intentos de los sociólogos para resolverlos. Los teóricos de todas las épocas, continúa Peel, son vistos como participantes en un debate sobre los mismos problemas; lo que la prueba empírica contradice es desechado y sus autores también.

Según Peel, en el fondo de esta actitud servil para con el positivismo quizás subsiste la añeja esperanza de que las ciencias sociales lleguen a ser algún día idénticas a las ciencias naturales. En este sentido, en el contexto de esta discusión seguiría teniendo peso el aforismo de Whitehead, según el cual, ‘una ciencia que duda en olvidar a sus fundadores está perdida’: la ciencias naturales cumplen con dicho precepto mientras que las sociales no lo hacen. Y tendrían que hacerlo si quieren llegar a madurar, reza la idea positivista. En este punto, Peel es especialmente crítico:

“Merton nos pide aceptar sin más lo que necesita ser probado: que lo que se aplica a la biología también se aplique a la sociología. ¿Es sólo una aberración el que los sociólogos pongan más atención a Weber, que el que los biólogos ponen en Von Baer? ¿O es tan sólo una señal de que tal analogía no se sostiene?”<sup>11</sup>.

A la pregunta de cómo debe una disciplina académica relacionarse con su pasado, Peel responde que ésa es una cuestión abierta, ya que, aunque todas las disciplinas son lo que su

---

<sup>11</sup> *Ibid*, p. 258. Y eso que para Peel, la sociología hace tiempo que ya maduró: encontró su Newton en Marx.

pasado ha hecho de ellas, cobijan una variedad de opciones sobre la forma de considerar a dicho pasado. A Peel le interesa en este contexto destacar determinadas funciones que puede el pasado cumplir. Considera que efectivamente el pasado puede llegar a constituirse en una necesidad real para la estabilidad de las disciplinas. En un importante pasaje apunta que

“ es por la singularidad de cada instancia de la sociología que es realmente valioso comprender la historia de esta disciplina. Esta debe ser una historia ‘tal como realmente sucedió’ (en la medida que podamos honestamente alcanzarla), en lugar de los mitos presentistas que tanto abundan. Podemos aprender de este pasado, no sólo porque puede decirnos directamente cosas que debemos conocer, sino porque podemos ver que las teorías del pasado son, al igual que las del presente, producto de propósitos particulares y de objetos de estudio particulares”<sup>12</sup>.

Aún cuando existe el imperativo de reconstruir la historia de la sociología ‘tal como realmente sucedió’ (una inescapable frase, no obstante su vinculación con una inaceptable teoría historiográfica, según Peel), ésta no sirve de mucho si no es complementada con una *necesidad real del pasado*. Ello significa tener conciencia de la compleja y delicada situación que se da al estudiar las teorías del pasado (con sus propósitos e intereses científicos particulares) a partir de nuestros propósitos e intereses científicos actuales. El historiador de la disciplina debe tomar en cuenta dicha relación: su reconstrucción es histórica y *retrospectiva*, pero al mismo tiempo *normativa*<sup>13</sup>. Lo más frecuente es que no aparece conscientemente dicha combinación en los estudios existentes de historia de la sociología<sup>14</sup>. La sociología basa su historia en uno u otro de sus extremos, presentismo normativista e historicismo retrospectivista:

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p.264-5.

<sup>13</sup> Lakatos sostenía de igual modo, aunque en otro plano, que las reconstrucciones historiográficas de la ciencia, aun cuando son esencialmente retrospectivas -ya que no hay racionalidad ‘instantánea’- son también normativas -dado que el historiador reconstruye la historia interna sólo a partir de una teoría específica de lo que sería racional (véase más arriba, pp. 25-26).

<sup>14</sup> Sin embargo, Peel agrega, “Pero lo que particularmente debe notarse es el hecho de que esas falsas teorías del conocimiento, tales como el inductivismo baconiano y las falsas historias de la ciencia, lejos de perjudicar la práctica científica, parecen por el contrario beneficiarla...¿No será este el caso con la sociología: que una visión equivocada de la historia no inhiba sino fomente su práctica exitosa contemporánea? ¿Serán válidas las afirmaciones derivadas de la historia whiggish de la sociología?” (*Op. cit.*, p. 260).

“Con el historicismo, el pasado el presente y el futuro están limitados por un patrón orgánico que puede ser sólo descubierto a través del análisis del pasado. De aquí que se vuelve importante establecer el pasado real y no un ‘pasado’ que es sólo la retroyección de fantasías presentes...*El historicismo por lo tanto opta por el mejoramiento de técnicas recuperadoras del pasado, pero erra filosóficamente al negar el papel central del presente en la selección y dirección de la investigación histórica. La perspectiva presentista (whig) de la historia está abierta a lo anterior, pero con ello, subordina el pasado al presente. El pasado no es intrínsecamente valioso, sino sólo es un conjunto de registros útiles para conocer cómo el hombre ha realizado el presente. La Historia es la historia del triunfo de las fuerzas progresistas sobre las reaccionarias; y el presente es superior a todo*”<sup>15</sup>.

#### **4. Postpositivismo sociológico e historiografía: Jeffrey Alexander y Steven Seidman.**

La excelente descripción que hace Peel sobre las deficiencias que arrastran los enfoques presentista e historicista data de 1972. En ella ya se puede apreciar el rumbo que toma la discusión historiográfica en la teoría social reciente. Para la década siguiente aparece en escena otra corriente que intentará a su modo también mediar entre las posturas extremas representadas por el presentismo y el historicismo respectivamente. Dicha corriente puede por convención denominarse postpositivista, y tiene en Steven Seidman y en Jeffrey Alexander a sus expositores más destacados<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 259 (cursivas mías).

<sup>16</sup> Steven Seidman comenta que “la interpretación postpositivista de la ciencia no es tanto la articulación de un pensador o de una escuela de pensamiento unificada sino el resultado de los esfuerzos emprendidos por grupos intelectuales separados y frecuentemente sin relación entre sí. Simplificando demasiado las cosas, podemos hablar de tres grupos de pensamiento postpositivista. Primero, la nueva historia y filosofía de la ciencia representada sobre todo por los trabajos *Against method*, de Paul Feyerabend; *Models and analogies in science*, de Mary Hesse; *Patterns of discovery*, de Norwood Hanson; *Thematic origins of scientific thought*, de Gerald Holton; *The structure of scientific revolutions*, de T. S. Kuhn; *The methodology of scientific research programmness*, de I. Lakatos; *Personal Knowledge*, de Michael Polanyi; “Notes toward a post-positivist interpretation of science”, de Dudley Shapere; y *Human understanding*, de S. Toulmin...En el segundo grupo de postpositivistas, me gustaría incluir la teoría crítica de Jürgen Habermas, sobre todo su obra *Knowledge and human interests*; también *Towards a transformation of philosophy*, de K. O. Apel y *The critical theory of society*, de Albrecht Wellmer. Finalmente, identificaría como postpositivista a la teoría interpretativa o hermenéutica de la ciencia, asociada con los diversos movimientos fenomenológicos, hermenéuticos y de la filosofía del lenguaje ordinario. En todos estos grupos, pero especialmente en el último, hay teóricos cuya crítica del positivismo va más allá del postpositivismo y termina en anti-ciencia. Sin embargo, ese no es el propósito del postpositivismo. Su propósito consistiría, creo, en articular una concepción multidimensional de la ciencia que incorporaría aspectos relativos al más general y potente concepto de razón que pueda provenir de la tradición filosófica occidental. En otras palabras, los postpositivistas buscan integrar la teoría clásica y la positivista” (*Liberalism and the origins of european social theory*, 1983, U. Of California Press, p. 300-1). Sobre esto último, Alexander ya señalaba que la corriente

#### 4.1. La lógica multidimensional de J. Alexander.

El postpositivismo sociológico considera necesario plantear alternativas al predominio positivista en la ciencia social, en la medida de que este último ofrece una comprensión distorsionada de la lógica de dicha ciencia. Supone que el positivismo sociológico reduce la lógica general de la ciencia social a una lógica de parámetros *empiristas*, es decir, que tiende a identificar lo científico sólo con aquello que satisface los criterios y pruebas relativos a la experiencia inmediata (ver más arriba, p. 12). Hace falta pues, plantear una lógica alternativa -o mejor dicho, complementaria- que recupere la dimensión 'teórica' abandonada por el positivismo. A esto lo llamarán los postpositivistas una lógica 'multidimensional'<sup>17</sup>.

En el marco de dicha concepción, el conocimiento científico -su construcción y su desarrollo por ejemplo- no es visto sólo como el resultado de 'experimentos y observaciones cruciales' que actúan despejando toda duda teórica o 'metafísica'. Existen elementos no empíricos -como presuposiciones ideológicas, políticas, dogmas universitarios del científico, su socialización intelectual o su especulación imaginativa etc.- que son irreductibles o que no pueden dirimirse mediante la evidencia empírica. Antes bien, estos elementos no empíricos determinan en parte los hallazgos científicos, a través de procesos complejos que se van operando en la propia lógica de la investigación.

Una forma de representar lo anterior es concibiendo a la ciencia como un proceso intelectual que se da en el contexto de dos ámbitos distintos y extremos, el mundo empírico-observacional y el mundo no empírico-metafísico. Entre los elementos de este continuo pueden encontrarse las observaciones, las proposiciones simples y complejas, los supuestos metodológicos, las leyes, los conceptos, los puntos de partida ideológicos, las presuposiciones generales, etc. La idea es que los enunciados científicos pueden estar

---

neofuncionalista a la que él pertenece, buscaba corregir las deficiencias de su antecedente parsonsiano, esto es, criticarlo, pero darle a la vez continuidad. Cfr. "El neofuncionalismo hoy: reconstruyendo una tradición teórica", en colaboración con P. Colomy, que aparece en *Sociológica*, 7/20, 1992, UAM-Azcapotzalco.

<sup>17</sup> Hacia la construcción de esa lógica multidimensional está consagrada la obra de Alexander, *Theoretical logic in sociology*, ya citada.

orientados hacia uno de estos ámbitos más que del otro, pero sin estar nunca determinados exclusivamente por uno sólo; siempre se mueven de un plano a otro.

La descripción anterior sugiere que los elementos del conocimiento científico pueden diferenciarse entre sí según grados de generalidad y especificidad. Todo enunciado científico -sea más general o más específico con respecto a cualquier otro- siempre contiene referencias a lo empírico y a lo no empírico simultáneamente. Hay pues una identificación entre lo general y lo no empírico, así como entre lo específico y lo empírico. Los niveles del continuo sólo pueden ser separados analíticamente. Resumiendo, lo que hace distinto a un enunciado científico con respecto a otro (por ejemplo, lo que distingue a una ley de un modelo, o a un concepto de una observación) es que se acentúa más, ya sea en lo general o en lo específico. Según Alexander, habría que dejar de considerar a la teoría por un lado, y a los datos por otro lado como elementos cualitativamente distintos, como si tuvieran que ver con aspectos ya sea sólo generales o ya sea sólo específicos<sup>18</sup>. Lo que cabría más bien sería una distinción cuantitativa entre ambos elementos, o sea, basada en qué tanto se aproximan al lado 'empírico' del continuo, o bien, al 'metafísico' del mismo. Pero no tendría sentido hablar de que la teoría sólo tiene que ver con aspectos generales no empíricos y los datos sólo con aspectos específicos empíricos. Todos los elementos del continuo tendrían así referencia tanto a la teoría como a los datos.

#### **4.2. El replanteamiento de la lógica de la ciencia social a partir de la historia.**

Una vez que el enfoque postpositivista establece su distancia con respecto a las concepciones científicas generales del positivismo, se encarga de la crítica de aspectos relacionados con la naturaleza específica de la ciencia social, derivada también del positivismo. *En el marco de la discusión sobre la lógica de las ciencias sociales es donde es importante la discusión historiográfica para los postpositivistas, especialmente el revalorar el papel que juega la historia de la disciplina (por ejemplo, a partir de la reinterpretación de los autores clásicos de teoría social) en el desarrollo de la sociología.*

---

<sup>18</sup> Este punto había sido enfatizado por Popper desde *La lógica de la investigación científica* (1934).



Alexander elabora una metodología historiográfica que, por definición, parte de críticas al modelo presentista-acumulacionista. Esto se evidencia cuando Alexander expone su postura precisamente en abierta confrontación con la metodología historiográfica de Merton<sup>19</sup>. En aquella, Alexander afirma funciones distintas para la historia de la sociología. A diferencia de lo señalado por Merton, aquél sostenía que la reconstrucción histórica no representa una actividad opcional y, por lo tanto, prescindible en la construcción del conocimiento de la ciencia social. No es sólo un síntoma de inmadurez, una anomalía temporal de la teoría social que habrá de desaparecer, una vez que madure la disciplina (para Alexander, la sociología hace ya mucho que maduró).

Por la naturaleza propia del conocimiento social, dice Alexander, la reconstrucción histórica, y en particular la interpretación de los textos del pasado, se consolida como una forma fundamental de teorizar. Porque los conocimientos de la teoría social se incorporan de una forma muy específica en el saber y la vida cotidiana -según Alexander los enunciados de la ciencia social, a diferencia de los de la ciencia natural o formal, representan no sólo intentos de explicar la realidad social sino de evaluarla críticamente<sup>20</sup>, relacionándose así con juicios ideológicos, morales o políticos- son discutidos todos los niveles que componen la investigación científica, sometiendo a críticas, a veces insolubles, desde los presupuestos más elementales hasta los procedimientos técnicos y metodológicos más sofisticados.

Todo ello se traduce en el hecho de que en la ciencia social no existen consensos firmes sobre sus supuestos básicos (teóricos, metodológicos, ontológicos) tal como los habría en la ciencia natural<sup>21</sup>, de tal forma que se dificultan los ulteriores procesos de acumulación

---

<sup>19</sup>El antes referido ensayo de Alexander "La centralidad de los clásicos", tiene como uno de sus cometidos precisamente aclarar la postura de este autor con la de Merton en lo que respecta al uso de la historia de la disciplina sociológica.

<sup>20</sup>En un tono polémico comentaba Popper en relación a esto "...como la investigación científica de problemas sociales tiene necesariamente que influir en la vida social, es imposible que el sociólogo que advierta esta influencia mantenga la debida actitud científica de objetividad desinteresada. Pero no hay nada privativo de la ciencia social en esta situación. Un físico o ingeniero físico están en la misma situación. Sin ser sociólogo, puede darse cuenta que el invento de un nuevo avión puede tener una influencia tremenda sobre la sociedad." (*La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza-Taurus, 1992, p. 171).

<sup>21</sup>A la afirmación que hacía Merton de que los clásicos, en la actualidad, no existen en ciencia natural, Alexander señala que ello es debido, no a que tal ciencia posea un estatus meramente empírico (como lo sugiere ingenuamente la autoconcepción positivista), sino a que, desde tiempo atrás la ciencia natural ha logrado un acuerdo consistente sobre

empírica. En la medida de que no hay tales consensos, se resalta la importancia de factores capaces de coordinar las disputas sociológicas. Los autores clásicos de la disciplina son los que cumplen con esa función. El clásico representa un campo posible de organización de las discusiones. Ante la falta de un paradigma firme en la sociología, cobra importancia lo que dicen los autores clásicos sobre los temas y métodos de la ciencia social.

Y aquí es donde se hace evidente la necesidad del clásico<sup>22</sup>. La centralidad de éste, a decir de Alexander, se debe a dos razones principalmente. La primera se refiere a la gran capacidad intelectual o científica del autor clásico para plantear con precisión inigualable problemas de teoría social. Para Alexander los clásicos

“son productos de la investigación a los que se les concede un rango privilegiado frente a las investigaciones contemporáneas del mismo campo. El concepto de rango privilegiado significa que los científicos contemporáneos dedicados a esa disciplina creen que entendiendo dichas obras anteriores pueden aprender de su campo de investigación tanto como pueden aprender de la obra de sus propios contemporáneos...tal obra (clásica) establece criterios fundamentales en ese campo particular”<sup>23</sup>.

La segunda razón es la referente a la funcionalidad : el clásico es útil para integrar -en sentido sistémico- el campo del discurso de la teoría social. Un clásico reduce la complejidad, al tener los científicos sociales un punto fijo de referencia (problemas o teorías concretos del pasado). Dice Alexander: “Sólo de esa forma pueden los debates abstractos y generalizados obtener una base concreta. Sólo de este modo también puede el debate

---

sus supuestos de fondo (aspectos no empíricos) y, en base a esto, puede dedicarse a hacer ciencia normal acumulativa. De acuerdo con Alexander, las dimensiones no empíricas en ciencias naturales existen pero están enmascaradas (“La centralidad de los clásicos”, p. 32). Mientras que, en ciencia social, son evidentes; los supuestos de fondo (su legitimidad o justificación por ejemplo) son discutidos abiertamente lo mismo que las leyes, métodos y evidencia empírica. Por la condición valorativa misma de la ciencia social, tales discusiones sobre los supuestos básicos se hacen endémicas.

<sup>22</sup> Gadamer, en el marco de otra discusión, resalta a su vez la importancia del clásico. Cfr. *Verdad y método*, apartado 9 (véase también, mas abajo, p. 83-84).

<sup>23</sup> “La centralidad de los clásicos”, p. 23.

‘filosófico’ tomar una forma lo suficientemente concreta y específica para ser fácilmente comprendida”<sup>24</sup>.

Pero la revisión de los clásicos no sólo sirve de marco para la discusión de los presupuestos más generales de la ciencia social, sino también para el análisis de los aspectos empíricos y más particulares. Así, según Alexander, el continuo científico de la ciencia social va de los debates presentes sobre aspectos empíricos al análisis de las presuposiciones generales de los clásicos de la sociología:

“Todo ejemplo de pensamiento proposicional ha sido, desde luego, incorporado en proposiciones y ejemplares empíricos: pero cada uno de ellos al mismo tiempo, ha sido basado en relecturas altamente agudas y tendenciosas de las obras clásicas de la sociología. Es por esta razón que las relecturas siempre derivan implícitamente juicios polémicos. Estos no son sólo afirmaciones empíricas objetivas sino que también están influidas por sus propias presuposiciones. Cada relectura es una lectura crítica, un argumento teórico escrito desde una particular perspectiva a fin de demostrar un particular efecto teórico”<sup>25</sup>.

De esto concluye Alexander que, si tanto los argumentos específicos como los generales en ciencia social, frecuentemente ocurren en el contexto y en la forma de reinterpretaciones, “entonces no debería sorprender que los cambios críticos en la ciencia social involucren el mismo tipo de procesos interpretativos. El cambio en ciencia social no responde simplemente a anomalías empíricas sino a cambios en los supuestos básicos. Estos supuestos generales a su vez, son frecuentemente provocados por lecturas innovadoras o revolucionarias de las obras clásicas”<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> *Theoretical logic in sociology*, vol. II: “The antinomies of classical thought: Marx and Durkheim”, p. 2.

<sup>25</sup> *Ibid*, p. 3.

<sup>26</sup> *Ibid*, p. 3-4. “Si uno insiste en que la validez de las lecturas interpretativas debe sustentarse o bien derrumbarse a partir de un simple ‘experimento crucial’, la cuestión sería explicar el curso de la exégesis y el origen de las escuelas que han crecido alrededor de los más grandes clásicos...” *Ibid*, p. 7.

Lo anterior puede ejemplificarse, como señala Alexander, analizando los elementos que caracterizan el surgimiento y desarrollo de nuevas escuelas en la sociología. En muchas ocasiones, a partir de la relectura de los clásicos los sociólogos desarrollan nuevas interpretaciones capaces de promover determinadas orientaciones teóricas. A decir de Alexander, gran parte de las corrientes sociológicas que proliferan posteriormente a la Segunda Guerra Mundial deben su nacimiento a las continuas reinterpretaciones que de los autores clásicos (sobre todo, de Weber, Durkheim y Marx) se realizan. La diferencia entre una tradición sociológica y otra se debería básicamente a los rasgos que predominantemente se seleccionan y resaltan de la obra de los clásicos. Pero el hecho es que prácticamente toda la teoría sociológica posterior a la segunda guerra es inspirada por debates sobre el alcance y significación de las obras clásicas de la sociología.

En un sentido similar, la reinterpretación de los autores del pasado es un proceso directamente relacionado con el cambio teórico. Alexander llega a esa conclusión, argumentando del modo siguiente. Primero, señala que la ciencia social no crece simplemente “por la compulsión de entender la realidad empírica; tampoco puede su crecimiento ser medido tan sólo en relación con la expansión del conocimiento empírico o del alcance conceptual. El motor primario del crecimiento científico social es el conflicto y la competencia entre tradiciones”<sup>27</sup>. En un tono que recuerda a McIntyre, continúa explicando:

“Los principales puntos de referencia para medir el crecimiento son establecidos por la relación entre tradiciones y por elementos claves internos de la tradición dada. En vez de hablar acerca del progreso teórico o empírico en sí mismo, uno debe hablar de los logros teóricos y explicativos relativos frente a la propia tradición teórica o frente a la de sus competidores”<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> J. Alexander, “El neofuncionalismo...”. Sobre esto mismo, pueden consultarse algunos textos de filosofía política que tienen por objeto el análisis del concepto de tradición, tales como los de A. MacIntyre, *Whose justice? Which rationality?*, Notre Dame, U. of N. Dame Press, 1988, y “Epistemological crises, dramatic narrative and the philosophy of science”, en *Philosophy and rhetoric*, 60 (4), 1977, así como el de J.G.A. Pocock, “Time, institutions and action: an essay on traditions and their understanding”.

<sup>28</sup> Alexander, “El neofuncionalismo...”, p. 206.

Para Alexander, la realidad social nunca es confrontada en sí misma por un observador neutral. Desde un principio, las formulaciones científicas están canalizadas dentro de formas paradigmáticas relativamente estandarizadas, porque la percepción está mediada por los compromisos discursivos de las tradiciones.

Las principales formas del cambio teórico en una tradición son resultado de las variaciones a que ésta se encuentra sujeta. Puede ser a partir de ‘elaboraciones’, en las que se presenta una expansión y refinamiento de una tradición internamente consistente y relativamente completa. Otra vía es la ‘revisión’, que se da cuando hay una mayor conciencia de la vulnerabilidad de la tradición y se proponen fórmulas para resolverla. Un tercer camino lo constituye la ‘reconstrucción’, en la que se presentan diferencias importantes claramente reconocidas con los fundadores de la tradición, y en la que se reconocen a otras tradiciones y se realiza una apertura hacia ellas. Por último se tiene la ‘destrucción’ de las tradiciones; este caso no se da porque los compromisos nucleares y periféricos sean “falseados”, sino porque se vuelven ilegítimos a los ojos de la comunidad científica (aún así, las tradiciones se vuelven latentes; no desaparecen sino que siempre existe la posibilidad de que alguna vez sean revividas).<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup>Las diferencias que se dan entre las diversas tradiciones en la teoría social se deberían a que “suelen enfatizar un nivel del continuo científico más que otros. A menudo sostienen que tal o cual nivel es de importancia extrema (para definir la orientación de la teoría social). En consecuencia, las diversas comprensiones teóricas del componente que se considera decisivo constituyen la base de las principales tradiciones teóricas” (*Las teorías sociológicas ...*, p. 16). Los niveles relativos a la ideología, los modelos, las proposiciones simples y complejas y metodologías son las que han recibido mayor énfasis en la sociología norteamericana de la posguerra y, con ello, han dado lugar a tradiciones o escuelas específicas. Así, los teóricos que se han preocupado sobre todo por resaltar el nivel ideológico -por ejemplo, los que sostienen que los credos políticos de los científicos constituyen el elemento no empírico que determina la sustancia de los hallazgos en ciencia social- han propiciado el florecimiento de la sociología revolucionaria o profética de la Nueva Izquierda (Wright Mills, Gouldner, Rex, etc.). En cambio, otros se han preocupado más por el nivel relativo a los modelos, suponiendo que éstos son los que realmente determinan la naturaleza del pensamiento sociológico. Básicamente se da la opción a elegir entre modelos institucionales y modelos funcionales; a partir de esta elección se generan compromisos ideológicos. El enfoque ideológico señalaría lo contrario, que los compromisos ideológicos determinan la elección de modelos específicos. Las escuelas del ‘conflicto’ (Dahrendorf, Collins, etc) serían las que principalmente se suscribirían a dichos acentos en el nivel del modelo. Otros teóricos se han concentrado en el nivel metodológico, considerando a éste como el más general y fundamental de los determinantes del pensamiento sociológico. Quienes defienden tal idea creen que a partir de comprometerse con una específica metodología -ya sea técnicas cuantitativas y cualitativas o análisis comparado y estudios de caso- se determina la elección de modelos e ideologías específicas. Autores como Mulkay representarían muy bien esta tendencia. Por último, algunos sostienen que el nivel más determinante es un aspecto sustantivo y no formal de la sociología: el referente a la decisión de si la sociedad se encuentra en equilibrio o en conflicto. Es el nivel pues de las proposiciones simples y complejas. Señala Alexander: “La ‘teoría del conflicto’, por ejemplo, afirma que si damos por sentado que la sociedad es consensual, adoptaremos modelos funcionales, tomaremos posiciones ideológicas sistémicas conservadoras, y emplearemos metodologías empiristas y antiteóricas” (*Ibid.*, p. 17). Todas las perspectivas son reduccionistas, o mejor dicho, unilaterales, en la medida de que se concentran en un sólo nivel del continuo. Gran parte del debate contemporáneo en sociología se caracteriza por tal unilateralización. Además, según Alexander, casi todos los participantes en tal debate no toman en cuenta el nivel no empírico más general de todos, llamado el nivel de las ‘presuposiciones’. A

### 4.3. La crítica de Alexander a la historiografía historicista.

Como se ve, la crítica de Alexander al presentismo historiográfico de Merton se centra más en el menosprecio de este último por la historia, que en la pretensión positivista de evaluar el pasado con criterios teóricos del presente, sin someter a éstos a una revisión crítica. Por otro lado, el que Alexander se aleje en ese sentido del presentismo historiográfico no significa que se aproxime demasiado al extremo historicista. En el citado artículo sobre "La centralidad de los clásicos", dedica duros ataques a la metodología que trata de fundamentar Quentin Skinner y sus seguidores en sociología, especialmente Robert A. Jones. La crítica intenta mostrar que la tentativa historicista de reconstruir los textos del pasado sin partir de prejuicios teóricos se asemeja a la pretensión de Merton de liberar a la teoría de la historia, sólo que invirtiendo los planos. Si Merton afirmaba que se puede hacer teoría social perfectamente sin contaminarla de historia, Skinner buscaba hacer historia sin contaminarla de teoría.

Lo que hay en Skinner es, según Alexander, un intento de base puramente empirista que busca establecer las condiciones para estudiar a los clásicos prescindiendo de la interpretación<sup>30</sup>. La mayoría de las veces tales condiciones se reducen a la realización de estudios culturales correspondientes al contexto del autor, en los que se da cuenta de las

---

continuación nos indica: "Con presuposiciones me refiero a los supuestos más generales de cada sociólogo en su enfrentamiento con la realidad. Creo que es obvio que lo primero que un estudiante de la vida social presupone es la naturaleza de la acción. Cuando pensamos cómo es la acción, habitualmente nos preguntamos si es racional o no. El 'problema de la acción', pues, consiste en dar por sentado que los actores son racionales o no racionales...Pero no basta con responder a la pregunta central acerca de la acción. Existen presuposiciones acerca de una segunda cuestión relevante, la que denominaré el 'problema del orden'. Los sociólogos son sociólogos porque creen que la sociedad respeta patrones, estructuras independientes de los individuos que la componen. Pero, aunque todos los sociólogos creen esto, a menudo tienen grandes desacuerdos acerca del modo en que se genera este orden" (*Ibid*, p. 18). La sociología en general, y no sólo la norteamericana en particular ha generado tradiciones más amplias que las descritas en tanto que dan respuesta de una forma dada a las presuposiciones de la ciencia social. Así, se tienen a lo largo de la historia de la disciplina tradiciones racional-colectivistas y racional-individualistas, así como normativo-colectivistas y normativo-individualistas. Los problemas de la 'acción' -si ésta es o no racional- y del 'orden' -si éste se basa en la negociación individual o en las estructuras colectivas- son los que, a decir de Alexander, corresponden al nivel de las presuposiciones en la ciencia social. Dichos problemas son lo suficientemente generales y decisivos, que no pueden ser subsumidos por cualquier otro nivel del continuo. Acción y orden se presentan como estándares universales para la evaluación de las teorías sociales, ya que representan propiedades atemporales y estructurales de toda teoría social (*Theoretical logic in sociology*, vol I, p. 114).

<sup>30</sup> Alexander entiende aquí que, al negar todo intento interpretativo, Skinner niega, por ello, la existencia de las presuposiciones, noción vital en el marco de la filosofía postpositivista. Una de las principales objeciones de Alexander a Skinner consistía en señalar que éste "cae en un empirismo que niega que las presuposiciones tienen un papel central en el estudio de la vida social" ("La centralidad de los clásicos", en Giddens y Turner, *Op. cit.*, p. 67).

principales convenciones que regulan la construcción del discurso y especifican su significado. Pero, dice Alexander, esa es sólo una ilusión historicista. Para él dicha reconstrucción sólo es parcial, si tomamos en cuenta el carácter infinito de las relaciones significativas posibles en un contexto. Necesariamente, señala, los aspectos que se resaltan son producto de selección por parte del historiador:

“No obstante el hecho de que los esfuerzos teóricos son dirigidos a figuras históricas y a obras del pasado sociológico, debe insistirse en que cada lectura es ahistórica en un sentido fundamental. Rechazo la distinción entre historia y sistemática porque está basada en la falsa noción de una ciencia y una historia sin presuposiciones. Cualquier intento de reconstruir el significado histórico ‘verdadero’ de una obra clásica está condenado a ser inútil, ya que nuestros juicios son, y deben inevitablemente ser, evaluativos, inspirados por alcances teóricos contemporáneos”<sup>31</sup>.

Esto de la selección de los rasgos significativos de los contextos tiene que ver con el punto de crítica siguiente. Como se recordará, Jones, desde las posiciones del historicismo skinneriano, afirmaba que los estudios históricos de la sociología debían ser realizados por historiadores profesionales y no por los mismos científicos sociales. Alexander rechaza tal pretensión porque en ésta permanece un supuesto implícito que seguiría apostando por una teoría social sin historia.

Contra los presentistas, Alexander señala que los sociólogos precisan de la reconstrucción de su ciencia porque es una forma básica de teorizar -esto es, de entablar procesos de cambios teóricos o, aún, de abrir nuevas orientaciones teóricas. Contra los historicistas argumenta que los sociólogos requieren hacer ellos mismos dicha reconstrucción porque, como reconocen después los propios historicistas, ésta sólo es posible a través de la selección de rasgos relevantes para la teoría social (véase más arriba, p. 44) ; es decir, un historiador profesional no puede decidir cuáles rasgos habrían de considerarse relevantes para la sistemática sociológica actual: eso es trabajo del sociólogo.

---

<sup>31</sup> Theoretical logic...vol. II p. 5. Esto último conectaría con la postura gadameriana, según la cual, toda interpretación lograda supone siempre un reconocimiento no sólo de la historicidad de la interpretación, sino también del intérprete, el cual está en gran medida orientado en función de prejuicios presentes. Todo ello negaría la posibilidad de recuperar significados originales (vid. más adelante pp. 76-78 ).

Por ello, cuando la crítica historicista exige una historia sin teoría, supone también, junto con su rival presentista, una teoría social libre de historia. Ya que la teoría es desconectada desde el comienzo de la investigación histórica, esta última no tiene que servir más que a los propósitos de la misma historiografía. La teoría tiene, en cambio, que ver cómo se las arregla para orientar sus desarrollos *sin* lo que pueda revelar el estudio histórico, ya que, según el historicismo, los significados que se reconstruyen en dicho estudio sólo tienen sentido a la luz del contexto en que son producidos. Cualquier intento de extraerlos con otros fines que no sean los históricos (por ejemplo 'teorizar' con ellos) desemboca en 'mitologías'.

En resumen, Alexander intenta permanecer alejado de los excesos tanto del presentismo como del historicismo. En el primer caso, descalifica la tentativa de hacer teoría social sin recurrir a la historia de ésta salvo cuando se requiere legitimar un criterio teórico del presente, lo que se traduce en un menosprecio por el saber del pasado. Critica el hecho de que, no pocas veces, los historiadores de la sociología han descrito diferentes y a veces contradictorias historias en las que se presenta un desarrollo coronado por el establecimiento de determinadas escuelas o movimientos teóricos:

"Como la misma existencia de tales argumentos contradictorios sugiere, no ha habido, en efecto, un desarrollo histórico lineal. Argumentar sobre cualquier convergencia (entre pasado y presente)...es reducir el argumento teórico al empírico. La evidencia histórica no puede substituir a un argumento teórico. Los debates teóricos no han sido clausurados de una vez por todas con la emergencia de lo más moderno. Los conflictos presuposicionales continúan proporcionando las líneas de disputa a través de diferentes periodos históricos. Aunque una postura teórica sea más fuerte en un periodo dado, por lo regular hay suficientes mensajeros (carriers) históricos que aseguran la supervivencia de cada argumento teórico...Detrás de los argumentos teóricos de la convergencia, entonces, hay un tipo vulgar de consenso sobre la historia. Por mi parte, no creo que exista dicho consenso, e intento...ilustrar los orígenes del conflicto entre las tradiciones sociológicas...Una comprensión honesta y verdaderamente histórica de



las circunstancias de la teoría social revelaría fuertes conflictos, así como sólidos puntos de acuerdo también”<sup>32</sup>.

Pero también, por el lado del historicismo, critica la idea de que no existan ciertos procesos de continuidad entre pasado y presente. Alexander identificará a esta tesis como la de la ‘crisis’, que es la contraparte de la teoría de la convergencia descrita: “Donde la teoría de la convergencia es optimista y presentista, la teoría de la crisis es apocalíptica. Predice la inminente transformación del debate teórico, una transformación que no deja nada familiar... Entonces, las teorías de la crisis, en realidad, socavan las posibilidades de comunicación común, argumento racional y crítica. Así como la escuela de la convergencia hace un uso erróneo de la historia, lo que hace la ‘teoría de la crisis’ es desviar la atención intelectual del actual debate teórico, concentrándose en los orígenes sociales mismos de la crisis”<sup>33</sup>.

En ambos extremos, el papel de la historia se distorsiona. Y en ambos casos ello es por basarse en una deficiente teoría de la ciencia que no les permite comprender la naturaleza específica del saber que caracteriza a la ciencia social, en la que la práctica de revisar e interpretar constantemente teorías del pasado es fundamental. Ello no significa que la perspectiva de Alexander sea, después de todo, suficiente por sí misma para evaluar el papel de las reconstrucciones del pasado de la teoría social.

Al parecer la función que Alexander le asigna a dichas reconstrucciones es la de recuperar del pasado aquello que los clásicos no alcanzaron a ver y desarrollar por no contar con una lógica ‘multidimensional’. Al menos esa es la impresión que queda cuando Alexander finalmente afirma que sus interpretaciones de la sociología clásica

---

<sup>32</sup>Theoretical logic in sociology, vol II, p. 5-6. Entre esas historias de la teoría social que presentan visiones tan distintas del desarrollo de ésta, pueden destacarse, por ejemplo, las de orientación positivista, como la de Johnatan Turner y Leonard Beeghley, *The emergency of sociological theory*, The Dorsey Press, Ill., 1981. Entre las antipositivistas destacan la de Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, México, FCE, 1984; la de I. Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, B. Aires, Amorrortu, 1979; la de T. Göran, *Ciencia, clase y sociedad*, México, S. XXI, 1992; asimismo la de R. Nisbet, *La formación del pensamiento sociológico*, B. Aires, Amorrortu; también la de A. Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, B. Aires, Amorrortu, 1979, la de D. Rosides, *The history and nature of sociological theory*, Boston, Houghton Mifflin, 1978, y la de G. Hawthorn, *Enlightment and dispair: a history of sociology*, Cambridge, Cambridge U. Press, 1976. Finalmente entre las historias postpositivistas de la sociología destacan entre otras, las obras ya citadas de J. Alexander, *Theoretical logic in sociology*, 4 vols., y de S. Seidman, *Liberalism and the origins of European social theory*, respectivamente.

<sup>33</sup>Theoretical logic in sociology, vol. II, p. 6.

"no buscan dar con nuevos descubrimientos de textos enterrados en el pasado, ni traducciones de obras hasta ahora no traducidas, o, a partir de recuperar información, justificar teorías actuales...Mi contribución más bien tiene que ver con la naturaleza de la lógica teórica misma. Evaluaré y criticaré a los clásicos desde la perspectiva de una teoría multidimensional; en vista de ello, *creo que los límites y fallas del pensamiento clásico derivan del hecho de que no entendió ni trabajó con una verdadera lógica sintética. La deficiencia de no alcanzar la multidimensionalidad...permitió la existencia de categorías residuales aparentemente inexplicables en las obras de los clásicos. También ello definió las tareas para sus sucesores y seguidores, sensibles a buscar las tensiones teóricas irresueltas en el legado del maestro. La revisión es hecha bajo la forma de una exégesis legal, pero está estructurada -aún inconscientemente- por las tensiones de la obra original, y algunos buscan vencer a éstas de algún modo*"<sup>34</sup> .

#### **4.4. Steven Seidman: un intento de fundamentar la continuidad sin acumulacionismo.**

Para otro autor postpositivista como Steven Seidman, quizás también el problema tanto del presentismo como del historicismo radica en que ambas parten de concepciones deficientes del desarrollo científico; esto es, parten de teorías de la ciencia erróneas -con lógicas 'unidimensionales'. El presentismo, diría Seidman, se nutre de las viejas aspiraciones positivistas en el sentido de identificar finalmente las lógicas de la ciencia natural y de la social. Bajo esta perspectiva, como se vio, la historia recibe un tratamiento instrumentalista: sólo es reconocida en la medida de que, por su conducto, el científico social puede detectar problemas o teorías no sistematizadas en el saber actual de la disciplina. Potencialmente, si se agotaran tales problemas y teorías, la ciencia social, tal como ya lo hizo la ciencia natural, podría prescindir de la labor del historiador.

Por su parte, la corriente historicista, identificada con una especie de empirismo abstracto (de algún modo semejante al que floreció en la sociología norteamericana de mediados de siglo), restringe el papel de la historia a ser una mera recopiladora de datos relativos a contextos particulares. La historia, en esta perspectiva relativista, se juzga incapaz de

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 7.(cursivas mías). Para una crítica de este punto de vista de Alexander, véase el artículo de Randall Collins "Jeffrey Alexander and the search for multidimensional theory", en *Theory and society*, 14 (6), 1985.

establecer relaciones con datos de contextos ajenos, cancelando posibilidades de obtener explicaciones, comprensiones y criterios evaluativos que no se deriven de la 'pureza e historicidad' de los datos. Ese objetivismo propio de la postura historicista, según Seidman,

“niega un principio básico de la ciencia social -la idea de que hay *problemas universales* intrínsecos a la naturaleza de dicha ciencia y que es posible articular *respuestas universalmente válidas* a estos problemas...(Así) a menos que uno niegue la legitimidad de los objetivos de la ciencia social en cuanto a desarrollar conocimiento válido, la existencia de problemas y explicaciones generales de la conducta humana debe ser admitida”<sup>35</sup>.

La existencia de problemas generales y de un nivel general de las ciencias sociales (idea que difícilmente puede aceptarse sin más, y que Seidman da por hecha) iría directamente en contra de la metodología historicista que sostiene que cada idea o texto tiene sólo un significado particular determinado por las intenciones particulares de su autor y por su orientación a problemas particulares y a un auditorio particular. Para Seidman los significados particulares no cubren el rango total del significado textual. Aunque aquellos son en cierto modo la materialización de una intención particular, un enunciado o texto contiene presuposiciones y objetivos intelectuales de un carácter general. En esa perspectiva podría presumirse la existencia de cierta *continuidad* de significados, contenidos o problemas generales que rebasan el contexto al que originalmente pertenecen.

Si esa continuidad entre pasado y presente es aceptada, pero deformada por el presentismo -al asimilarla a un modelo acumulacionista que ignora las particularidades históricas-, el historicismo, de acuerdo con Seidman, comete un error mayor al respecto, cuando asume que la continuidad intelectual en la ciencia social *automáticamente* implica un modelo

---

<sup>35</sup>Seidman, “Beyond presentism and historicism. Understanding the history of social science”, *Sociological Inquiry*, 53/1, U. of Texas Press, 1983, p. 85-86 (cursivas mías). Sobre tales explicaciones y problemas generales Seidman cita a Alexander, (quien habla de ‘presuposiciones generales’) y a Anthony Giddens (que habla de ‘problemas centrales’ en la sociología). En cierto sentido, la suposición racionalista de Seidman sobre la existencia de ‘problemas universales’ podría equipararse con la de Leo Strauss, quien sostenía que existen ‘problemas fundamentales’ en la filosofía política que son independientes de los contextos e ideologías particulares en donde son planteados (cfr. Leo Strauss, *What is political philosophy? and other studies*. Chicago, Chicago U. Press, 1988). Para un análisis de la discusión entre la postura racionalista de Strauss y la historicista de Quentin Skinner, véase A. Velasco, *Teoría política: Filosofía e historia. ¿Anacrónicos o anticuarios?*, México, UNAM, 1995.

acumulacionista del desarrollo científico y, por ello, un compromiso con una historiografía presentista<sup>36</sup>.

Ante este panorama, habría que elaborarse una historiografía sintética de la ciencia social que acepta la continuidad sin caer necesariamente en acumulacionismo. Seidman supone que los supuestos postpositivistas proporcionarían una base adecuada en ese sentido. Indica por un lado que, en cierto modo, sí existe dicha continuidad en el conocimiento social. Esto, porque al parecer ‘los compromisos ideológicos en los niveles más elementales, emocionales, morales y cognitivos son resistentes a la crítica lógica y a la evidencia empírica’. Y como ‘las ideas de la ciencia social pasan a formar parte de nuestro mundo cotidiano, y están por lo tanto afectivamente cargadas y soportan intereses prácticos, la vida cotidiana fungirá como una fuerza conservadora que perpetúa las tradiciones en ciencia social, o por lo menos, que se opone a cambios científicos revolucionarios’<sup>37</sup>.

Sin embargo, por otro lado, no se presenta más la continuidad, en la medida de que la dimensión ideológica de la ciencia social, dentro de su conservadurismo permite cambios en la esfera analítica. Pone como ejemplo las variaciones en la tradición marxista: “Así, mientras que las presuposiciones ideológicas del marxismo han permanecido más o menos estables, sus componentes analíticos han asumido diversas formulaciones”<sup>38</sup>. De ello concluye que mientras el nivel ideológico de la ciencia social tiende a la constancia y a la estabilidad, el reino analítico lo hace a la variación y al cambio.

En resumen, señala que, por ese peculiar carácter, el saber de la ciencia social -integrado en formas de vida concretas- es un saber protegido por las creencias y costumbres. Ese saber, no obstante los cambios analíticos que experimenta a través de las distintas corrientes teóricas que tratan de dar cuenta de él, es objeto de continuidad, cosa que la escuela historicista rechazaría de entrada. De ese modo Seidman plantea la posibilidad de que en

---

<sup>36</sup> Seidman, “Beyond presentism and historicism...”, p. 89.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>38</sup> *Ibid.*

realidad existan procesos de continuidad en el saber de la ciencia social, pero sin comprometerse con versiones acumulacionistas ingenuas. En consecuencia, una historiografía de la ciencias sociales que intente reconstruir a éstas adecuadamente habría de apoyarse en una teoría de la ciencia que tome en cuenta este carácter dual de dichas ciencias.

Otra forma de defender la continuidad en la historia de la ciencia sin caer en acumulacionismo-presentismo, según Seidman, es argumentar que, si bien los autores de épocas diversas están imposibilitados para disponer de las mismas convenciones lingüísticas y de los mismos significados, en cambio sí disponen de otros elementos capaces de establecer lazos entre ellos y así, posibilitar una especie de continuidad. Basándose en Alan Dawe, Seidman afirma que uno de esos elementos es la llamada 'continuidad de la experiencia'. Esta se basa en suponer que autores de distintas épocas son capaces de tener experiencias comunes sobre estructuras o instituciones tan generales que permean gran parte de sus respectivos contextos<sup>39</sup>. En especial, los autores llamados clásicos, indica Seidman, "aunque limitados por el particular idioma históricamente disponible, tratan con problemas, articulan conceptos y siguen una línea de análisis cuyos intereses y validez trascienden su contexto"<sup>40</sup>.

La clase de problemáticas historiográficas descritas por Seidman -tales como el tomar en cuenta la especificidad del conocimiento de la ciencia social- de algún modo hacen pensar a aquél que las metodologías historiográficas deberían, por principio de cuentas, intentar aclarar de modo sistemático su propio punto de partida, esto es, sus propios presupuestos

---

<sup>39</sup> El texto de Dawe en que se apoya Seidman es "Theories of social action", que aparece en Tom Bottomore, R. Nisbet (eds.), *The history of sociological analysis*, N.Y., Basic Books, 1978. El ejemplo que ellos utilizan es la estructura capitalista mundial; en particular, las interpretaciones que Marx y Weber, respectivamente, hacen de ella: "Una base adicional de la continuidad entre Marx y Weber parte de la similitud en sus experiencias del capitalismo. La continuidad en sus experiencias del capitalismo refleja, no obstante los cambios históricos, continuidad en la estructura institucional básica del capitalismo y continuidad en las perspectivas en que Marx y Weber interpretaron sus experiencias del capitalismo...Además, sus experiencias del capitalismo siguen siendo representativas para nosotros, sus análisis del capitalismo retienen un significado contemporáneo" ( Seidman, *Op. cit.*, p. 87).

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 86. Sobre esta misma noción de continuidad, que supone ocuparse de problemas generales, Alexander señalaba que los clásicos de la sociología no sólo no se concentraron únicamente en los niveles más específicos-empíricos del continuo científico, sino que, por el contrario, buscaron respuestas a problemas generales, tales como 'el enigma del orden y la acción humana' (*Theoretical logic in sociology*, vol. II, p. 7).

básicos. Por ejemplo, explicitar, entre otras cosas, cuál es su concepción sobre la ciencia social, la estructura de las teorías sociales, los patrones del cambio teórico, su noción de racionalidad y progreso científico, etc. La reconstrucción histórica debiera comenzar con una revisión de estos puntos, sin que esto signifique que no se tomen en cuenta reglas generales para la elaboración de dichas reconstrucciones.

## **5. Conclusiones.**

Como pudo verse, la crítica de la historiografía sociológica presentista efectuada por el historicismo, que en un momento dado plantea objeciones importantes al optimismo del primero, acarrea sus propios problemas metodológicos. La gran exaltación de la discontinuidad e historicidad de los significados pasados y presentes impide a los historicistas darse cuenta de la importancia que tienen los intereses teóricos presentes en la interpretación histórica. Si rebatían precisamente el carácter en exceso normativista del presentismo, caían en el extremo opuesto, como señalaba Peel, de proponer una historiografía retrospectiva, casi inductiva.

Los teóricos postpositivistas como Alexander y Seidman buscan elaborar una síntesis de ambas posturas extremas. Por un lado critican la separación entre historia y teorías actuales, como ámbitos separados y autosuficientes que había sido defendida por presentistas como Merton. Su crítica se ocupa no tanto del anacronismo presentista -o sea, de la evaluación del pasado a partir de criterios válidos en el presente- como del menosprecio presentista por lo histórico - la idea de que la teoría social pueda prescindir, en alguna etapa de su desarrollo, de la historia. Por otro lado, se dirigen contra la postura historicista que, al afirmar que cada teoría social cumple sólo con tareas propias de su contexto (y con ello señalar que todo intento de relacionar a las teorías con problemas que rebasan a éste sería ilegítimo) se cierra a conocer las significaciones del pasado en el presente. Además de ello, el historicismo también sostiene una separación entre historia y teoría. Como señalaba Alexander, si el presentismo de Merton busca una teoría libre de historia, el historicismo de Skinner y de Jones pretendía una historia libre de teoría.

Aunque la propuesta de Alexander y de Seidman puede representar un marco más adecuado para las discusiones sobre historia de la teoría social, no desemboca de hecho en una metodología historiográfica formal -ni es el propósito de ellos elaborarla. Esto de algún modo muestra la existencia de una importante dificultad a la que tendrían que enfrentarse los historiadores de la ciencia social. Esta consiste en la carencia de una metodología historiográfica que integre las perspectivas que tanto el presentismo como el historicismo proporcionan.

Con el primero de éstos, el historiador obtiene elementos para evaluar la significación del pasado en el presente. Reconoce sin problemas que la labor de reconstruir el pasado sólo es posible merced a los propios intereses teóricos y prácticos actuales, y que habría líneas de discusión en las que se pueden relacionar teorías pertenecientes a contextos ajenos entre sí. Sin embargo, no cuenta con técnicas recuperadoras del contexto en que son producidas las teorías, por lo que es proclive a usar los datos históricos en un sentido instrumental, casi siempre terminando en justificaciones para desarrollos teóricos actuales.

Por otro lado, con el historicismo, el historiador sí cuenta con criterios con los cuales reconstruir los contextos de las teorías, pero no con unos que le permitan evaluar el significado que las teorías del pasado tienen en el presente. Este dilema va dando forma a la discusión historiográfica contemporánea en la ciencia social en general, y a la sociología en particular. En el siguiente y último capítulo se buscará un acercamiento hacia esto.

## **Capítulo IV. Hacia una metodología historiográfica hermenéutica en la teoría social.**

En esta última parte se plantea de forma más concreta el dilema que se presenta en la historiografía sociológica actual, y que había comenzado a dibujarse en el capítulo anterior, a la luz de las limitaciones de las metodologías presentistas e historicistas. Posteriormente y por otro lado, se incorporan a esta discusión algunas tesis de la teoría hermenéutica contemporánea (Ricoeur y Gadamer), que ayudarían a comprender de mejor modo la naturaleza del dilema en cuestión y, con ello, visualizar una metodología que tome en cuenta al menos las problemáticas descritas.

### **1. Significados originales vs. significaciones actuales.**

El análisis de las principales corrientes metodológicas historiográficas en teoría social revela de algún modo el marco de referencias generales en el cual se plantearía el problema de la relación entre dicha teoría y su historia. Hemos visto que tal problema tiene recepciones distintas y aún contrapuestas en los teóricos presentistas e historicistas respectivamente. Los primeros, con Merton a la cabeza, sostienen que la historia sólo tiene un lugar en la teoría actual cuando el pasado contiene información oculta y útil para el presente. Por ello, su metodología historiográfica se ocupa principalmente de mostrarle al teórico actual que las formas válidas de interpretar el pasado invariablemente son aquellas que arrojan una utilidad para el teorizar contemporáneo. Es una metodología dirigida a evaluar el pasado a través de criterios presentes. Con ello se tiene una teoría social que subordina a su historia.

Por su parte, los historicistas, con Robert Allun Jones como figura prominente, defienden la autonomía de la historia con respecto a los intereses teóricos presentes. Sostienen que la historia de la teoría social tiene objetos de estudio que son incompatibles con los de la teoría social. De ahí que su metodología historiográfica se ocupe sólo de cuidar que las



interpretaciones históricas no estén contaminadas de teoría. Es una metodología encaminada a evaluar no el pasado en sí, sino las interpretaciones sobre el pasado.

Como puede verse, en ambos casos la teoría social queda imposibilitada para fundamentar una relación crítica permanente con su historia. En el caso del presentismo, la mezcla de la teoría social y su historia es la excepción y no la regla; se da en esas raras y cada vez menos frecuentes ocasiones en que el pasado puede decir algo útil al presente. El recurrir a la historia trasponiendo este marco desemboca en lo que Merton llamaba 'tendencias intelectualmente degenerativas'. En el caso del historicismo es más drástica la separación; la historia y la teoría tendrían funciones totalmente distintas. De ahí que Jones propusiera que la historia de la teoría social fuese efectuada por historiadores profesionales y no por los mismos teóricos sociales.

El que la teoría social no pueda recurrir de forma regular a su historia para desarrollarse, plantearía un conjunto de problemas serios a la interpretación del pasado de dicha teoría. Si se parte de una metodología presentista, y se acepta que el pasado sólo debe revisarse en tanto que sea útil para la teoría actual, la historia válida sólo será aquella que checa con los criterios presentes. Cuando Merton, por ejemplo, acepta que el estudio del pasado puede ser útil para evitar 'redescubrimientos inútiles', da por hecho que los teóricos del pasado y del presente están tratando realmente los mismos problemas (sólo que los del presente con métodos más depurados). Da por hecha la continuidad entre los problemas del pasado y del presente. Ante ello, la crítica historicista que veía esto como una flagrante violación de la historicidad de las teorías pasadas, es totalmente justificada. Como señalaba Jones, el presentismo supone implícitamente que teóricos del pasado y del presente comparten las mismas convenciones lingüísticas, sociales, etc. Dicha ingenuidad presentista deviene en una autoritaria versión acumulacionista de la historia, en donde toda línea de desarrollo en el pasado termina en una coronación del presente. Esto es evidente cuando, como señalaba Alexander, hay tantas historias presentistas de la teoría social cuyas diferencias entre sí parten de que cada historiador tiene en mente la justificación de un movimiento teórico particular actual.

Pero la historiografía presentista no cuenta con una metodología que dé cuenta precisamente de la historicidad de las teorías pasadas. Con ella, obtendría una base para saber si realmente se dan continuidades entre el teorizar pasado y presente, dejando de identificar gratuitamente significados derivados de ambos. Pero con ello, como es obvio, dejaría de ser presentismo el presentismo.

Por otro lado, la corriente historicista sí cuenta con una metodología que recupera la historicidad de las teorías sociales. Como se vió, el análisis del contexto en que éstas son producidas muestra la particularidad de los problemas que las teorías intentan resolver, así como de los medios específicos que han empleado con ese fin. Con ello, como dicen los historicistas, el pasado recupera en buena medida su independencia con respecto al presente. Los significados de las teorías pasadas son determinados por las funciones que cumplen en el contexto particular en que son producidas y no por la utilidad que puedan tener para el presente. La labor del historiador (y no del teórico social) es recuperar esos significados originales y auténticos del pasado.

En el último punto es donde se marcan los límites de la metodología historicista. Esta se encarga de vigilar que las interpretaciones de las teorías pasadas se atengan a los cánones descritos, pero no da elementos para la evaluación misma de las teorías del pasado en el presente. Esto es así porque dicha evaluación implicaría la comunicación de dos contextos ajenos que son pasado y presente. A su vez, esa comunicación supone la posibilidad -que niegan categóricamente los historicistas- de que haya *continuidades* entre algunos rasgos del pasado y del presente. Y de igual modo, la existencia de esas continuidades da entrada para atribuir a las teorías pasadas significados provenientes de contextos ajenos, lo cual es también ilegítimo para el historicista.

En resumen, la metodología historicista priva al teórico social del apoyo histórico porque rechaza toda evaluación del pasado en términos del presente. Por otro lado, se opone a que sea el teórico el que realice la historia de su ciencia. El teórico social recurriría, en caso de necesitarlo, a la historia de ésta sin contaminarla de teoría; y ello sólo es posible cuando, según Jones, la historia es obra de historiadores profesionales .

De la anterior descripción se puede apreciar que las formas en que el teórico social, recurre a su historia toman la forma de un dilema. Por un lado, el teórico contaría con criterios para evaluar el pasado de su ciencia a partir de necesidades teóricas actuales, pero que, sin embargo, no le permiten decidir si dicha evaluación es legítima, en el sentido de que no imponga significados arbitrarios presentes al pasado. Por otro lado, apoyándose en los criterios historicistas, el intérprete contaría con una metodología que sí le permite saber si su interpretación del pasado es o no arbitraria, pero que le prohíbe vincular al pasado con problemas de las teorías presentes; es decir, una metodología recuperadora de significados originales, pero inservibles para la teoría actual. El teórico se enfrenta a la disyuntiva de privilegiar a una metodología que evalúe la relevancia misma de los significados en contextos diversos y relativamente amplios (por ejemplo, su traducibilidad, su eficacia para responder a problemas dentro de un marco amplio, su valor cognoscitivo como tal) o a una que pueda evaluar no los contenidos y significados mismos -lo que requiere desde luego un seguimiento e través del tiempo y contextos diversos- sino las interpretaciones que se hacen sobre dichos significados.

Dicho dilema, ha de resolverse, o replantearse al menos, tratando de atender problemáticas como, por ejemplo, la riesgosa vinculación que puede darse entre las versiones presentistas ingenuas con una perspectiva acumulacionista del desarrollo de las teorías sociales o , por otro lado, el rechazo historicista de cualquier idea de continuidad en ese mismo desarrollo, que restringe el posible valor de las teorías a las necesidades y características del contexto en que son producidas. O problemáticas más generales referentes a los enfoques sincrónicos y diacrónicos de la ciencia. En este caso, la identificación del presentismo con una perspectiva anacrónica en la que, tratando de estudiar la relevancia del pasado para el presente, el primero se juzga a partir de dudosos estándares de racionalidad universal. Y por lo que se refiere al historicismo, el derivar de este enfoque una metodología recuperadora de significados originales pero incapaz de relacionar a éstos con significados de otro contexto, con el mero interés de un anticuario.

Las propuestas de Peel, Seidman y Alexander representarían intentos de superación del dilema. Ya desde el diagnóstico del primero son señaladas claramente las limitaciones de las

metodologías presentistas e historicistas respectivamente. Por un lado, sostenía Peel, el historicismo se equivoca al negar el papel central del presente en la selección y dirección de la investigación histórica. Pero por otro lado, continúa este autor, el presentismo, que no niega dicha función del presente sino todo lo contrario, termina subordinando el pasado al presente. Ante esto, Peel sostendrá que la historiografía de la teoría social tanto debe preocuparse por realizar una historia de ésta 'tal como realmente sucedió' (consintiendo en esto con los historicistas), como por sostener que dicha historia debe regirse por los intereses presentes de esa misma teoría (en congruencia con el presentismo).

Seidman y Alexander se unen al diagnóstico de Peel sobre la necesidad de síntesis de las posturas en cuestión. Por un lado, las críticas de Seidman y Alexander contra el historicismo consistirían en señalar que, aún cuando éste representa un duro golpe a la ingenuidad de la historia presentista, precisamente remarcando la historicidad de las teorías pasadas, no proporciona criterios para la evaluación de las teorías clásicas mismas -lo que implicaría una comparación racional entre los contenidos cognoscitivos de teorías pertenecientes a distintos contextos-, sino sólo para juzgar si una interpretación de dichas teorías es válida o no, de acuerdo con parámetros tales como la recuperación de la fuerza ilocucionaria que subyace en ellas.

En cuanto a la crítica del presentismo, ellos apuntan no tanto hacia el anacronismo en que éste cae, sino a la separación que promueve entre la teoría social actual y su historia. Esto tiene que ver con el hecho de que, sobre todo en Alexander, las formas de argumentación y de desarrollo de la teoría social tienen que ver de modo fundamental con la revisión y valoración de las teorías del pasado (según lo cual el pasado no sólo sirve cuando proporciona datos o teorías no sistematizadas por el conocimiento contemporáneo, sino que puede fungir como una base permanente de comparación).

No obstante sus señalamientos, las propuestas de Seidman y de Alexander no parecen ser suficientes por sí mismas para constituirse como una metodología que sintetice adecuadamente presentismo e historicismo. Esta conclusión se sigue de dos rasgos que enseguida describo.

En primer lugar, como se dijo, la crítica postpositivista casi no se ocupa del anacronismo presentista, como sí del intento de separar historia y teoría. Esta *débil crítica* al anacronismo-acumulacionismo del presentismo se vuelve problemática cuando se considera el hecho de que la misma producción teórica de Alexander (en especial, su fundamentación del neofuncionalismo, mediante la revaloración de la obra de Parsons) y de Seidman (en su análisis de los orígenes de la teoría social clásica<sup>1</sup>) parte necesariamente de una evaluación del pasado, es decir, de *entender a su modo* la relevancia que los significados de las teorías clásicas tienen para la sociología actual.

De igual forma, la crítica al objetivismo historicista (según la cual, los historicistas, en su afán de recuperar los significados originales, a partir de un control de los intereses teóricos de contextos actuales, incurrieran en la conocida 'ilusión objetivista'<sup>2</sup> característica de la ciencia social de corte empírico-analítica; esto es, el historicismo aplica su tesis contextualista sólo al objeto de estudio y no al intérprete mismo) es bienvenida por los postpositivistas porque socava la tentativa de recuperar los significados originales y, con ello, fundamenta en principio, la evaluación de éstos a partir de contextos actuales y la existencia de continuidades entre pasado y presente.

El problema, como se dijo, radicaría en que los procedimientos metodológicos postpositivistas no se concentran precisamente en vigilar que la identificación de continuidades entre pasado y presente sea legítima. Por lo que habría cierto riesgo de incurrir en historias ingenuamente acumulacionistas.

De ahí que sea riesgosa la afirmación de Alexander de que los límites y fallas en la teoría social clásica eran debidas a que ésta no contaba con una lógica multidimensional (que, según vimos, no sólo considera la aceptabilidad empírica sino también la función heurística de los llamados presupuestos metafísicos, especialmente los que en la teoría social giran en

---

<sup>1</sup> Véanse como ejemplo *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*, o *Liberalism and the origins of european social theory*, University of California Press, 1983, de Alexander y de Seidman respectivamente.

<sup>2</sup> Expresión con la cual se alude a la tentativa de recuperar el significado original de las obras y las acciones humanas, y a la cual se inscriben autores tan dispares como Dilthey, Skinner, Strauss, R. A. Jones o Alasdair MacIntyre. Cfr. Ambrosio Velasco, "Historia y filosofía en la interpretación de las teorías políticas", p. 22.

torno a las ideas de 'orden' y 'acción') de la cual los teóricos actuales sí pueden disponer, y concluir de ahí que la función de la historia sería ayudar a replantear esos límites y fallas contando ahora sí con dicha lógica. Lo que no queda claro en este punto es de dónde obtiene Alexander la certeza de que en los clásicos pudiera servir su criterio de la multidimensionalidad. Igual sucede con Seidman, que utiliza quizás sin suficiente precaución nociones como la de los 'problemas universales' de la teoría social. Esto es, en ocasiones parece darse por hecho que hay continuidades entre presupuestos del pensamiento clásico y del actual. Así, la propuesta postpositivista parece carecer de un argumento para justificar las identificación de continuidades que hace entre pasado y presente.

A lo anterior hay que agregar que los esfuerzos de Peel, Alexander y Seidman, aún cuando reportan avances importantes para el diseño de una metodología historiográfica en teoría social (me parece que, en especial, los argumentos de Alexander por mostrar que el desarrollo de la teoría social depende en gran medida de reinterpretar continuamente el pasado de ésta, son su principal aportación) no constituyen versiones acabadas de dicha metodología. Los intentos de mediación que realizan entre los extremos presentista e historicista, aún requerirían de mayor fundamentación. Específicamente, hace falta desarrollar argumentos que puedan dar cuenta de **a)** cómo los significados de las teorías sociales pasadas efectivamente rebasan a sus autores y a los límites espaciotemporales del contexto particular en que son producidas, fundamentando así los intentos de evaluación de dichas teorías en el presente; **b)** cómo la evaluación de las teorías del pasado tiene que ajustarse a los límites que efectivamente marcan las propias teorías 'tal como realmente ocurrieron' (es decir, cómo evitar atribuir significados a teorías que realmente no pudieron haber tenido); **c)** cómo es posible para intérpretes del presente, que tienen determinados prejuicios teóricos, metodológicos y metafísicos tener acceso a esos significados originales del pasado.

Dicho proceso de fundamentación puede ser apoyado a su vez por metodologías que tengan por objeto procesos interpretativos. Esto sucede con algunas líneas de la teoría hermenéutica contemporánea. No es casualidad en este sentido que, por ejemplo, Alexander y Seidman recurran respectivamente para defender la noción de continuidad a la crítica del

objetivismo que proviene especialmente de la teoría hermenéutica contemporánea asociada a Hans Georg Gadamer y Paul Ricoeur<sup>3</sup>. Sin embargo, el apoyo que podría derivarse de estos autores y de la hermenéutica en general para delinear una metodología historiográfica de la teoría social no es tratado con suficiente seriedad, más allá de referencias autorales. En lo que sigue, intento retomar un poco más sustantivamente ciertas tesis de la hermenéutica mencionada, con el fin de obtener sugerencias para fundamentar la metodología descrita.

## 2. Historiografía y hermenéutica.

Algunas líneas de la hermenéutica contemporánea nos darían elementos adicionales para tratar con mayor detalle aspectos básicos del dilema entre las posiciones presentistas e historicistas. En este marco, algunos textos de Hans Georg Gadamer y de Paul Ricoeur<sup>4</sup> nos permiten establecer posiciones frente al continuismo falto de reflexión de los presentistas como al relativismo contextualista de los historicistas, proporcionando además a la tesis de Alexander sobre la importancia de la interpretación de los clásicos en la teoría social una metodología interpretativa mejor fundamentada. En este sentido, como se indicó más arriba, la teoría hermenéutica aportaría por una parte elementos para fundamentar la relación entre teorías y significados de distintos contextos, así como, por la otra, mecanismos para certificar que dicha relación sea legítima, en tanto que se respeta la historicidad de las teorías.

En el primer caso, la posibilidad de comunicar significados de teorías de contextos ajenos entre sí, tiene que ver con el rechazo de la hermenéutica contemporánea a las tentativas de

---

<sup>3</sup>Alexander se apoya en Gadamer y Ricoeur en el texto sobre "La centralidad de los clásicos" ya mencionado (especialmente pp. 68-72), y Seidman en "Beyond presentism and historicism..." también ya citado. Los textos hermenéuticos clave encaminados a la crítica objetivista se remiten a *El ser y el tiempo*, de Martin Heidegger, *Verdad y método*, de Hans G. Gadamer, y aún *Hermeneutics and the social science*, de Paul Ricoeur. En el terreno propiamente de la ciencia social destacan especialmente *La lógica de las ciencias sociales*, de Jürgen Habermas, y *La transformación de la filosofía*, de Karl Otto Apel.

<sup>4</sup>Especialmente, Hans Georg Gadamer, "La historicidad de la comprensión como principio hermenéutico" de su *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1977. Así como Paul Ricoeur, "The model of the text: meaningful action considered as a text" y "The narrative function", de su *Hermeneutics and the human sciences*, Cambridge U. Press, 1990.

recuperar los significados originales del pasado. En esto resulta fundamental el tránsito de una hermenéutica historicista (asociada a Dilthey y a Schleiermacher) que asume la existencia de significados originales, dependientes sólo del autor y del contexto particular en que son producidos, y que se asigna la tarea de recuperarlos objetivamente a través de una metodología revivencialista<sup>5</sup>, a una hermenéutica actual (fundamentada especialmente en Heidegger, y teniendo en Gadamer y Ricoeur importantes representantes) que considera que los significados originales son irrecuperables dado que la interpretación de ellos siempre incorpora referencias ajenas a dichos significados (en este caso, siempre se realiza una fusión de perspectivas del pasado y del presente, lo que a su vez permitiría hablar de continuidades entre ambos).

### **3. La crítica de H. G. Gadamer al intento historicista de recuperar los significados originales.**

El presupuesto que fundamenta la referida fusión de horizontes o perspectivas, según Hans Georg Gadamer, es la *historicidad* de la interpretación misma. Si ya el historicismo señalaba como requisito de toda legítima interpretación histórica la historicidad de los materiales del

---

<sup>5</sup>La hermenéutica tradicional asociada a autores como Dilthey, era marcadamente psicologista. Establece una tajante distinción entre los ámbitos natural y espiritual, señalando que, mientras que la conducta humana es susceptible de ser *comprendida* a través de la reconstrucción de la conciencia o experiencia subjetiva, los sucesos de la naturaleza pueden ser *explicados* causalmente a partir básicamente de la observación. La metodología del "Verstehen", característica de las ciencias humanas consistirá entonces en la revivencia de las experiencias internas que se manifiestan en los expresiones o signos externos. Cfr. W. Dilthey, "The understanding of other persons and their life expressions", en Kurt Mueller-Vollmer (de.) *The hermeneutic reader*, Continuum, N.Y. 1988, pp. 152-164. El significado de una experiencia vital es subjetivo (ya que depende del autor) y es psicológico (en el sentido de una vivencia interna). Para Dilthey, el sentido de la ciencias del espíritu sólo puede reposar en que, a partir de la revivencia de las experiencias vitales de otros, se posibilita el que se "abran mundos" ignorados por el intérprete. Este sólo puede rebasar la concreción de su situación particular a partir de la comparación de su mundo con otros mundos. El repaso a la historia y la comparación con formas de vida contemporáneas ajenas cumplen su papel al brindar otras posibilidades de entender la vida por parte del intérprete, así como su modo de hacer y pensar las cosas (mientras que para el positivismo, tanto la historia como la observación de formas de vida ajenas aparecen más como instrumentos que sirven para legitimar criterios y prácticas contemporáneas). En segundo lugar aquella hermenéutica suponía que existen significados originales fijos asociados a cada experiencia humana. Para Dilthey, toda obra u acción humana es resultado de un proceso psicológico concreto puesto en marcha; la conducta humana se relaciona de modo determinante con los significados específicos que atribuye a esa conducta. Y dichos significados podían recuperarse integralmente, al ponerse el intérprete "en los zapatos" del autor de la expresión vital, suponiendo esto un problemático abandono de los prejuicios del presente. A esto frecuentemente se le conoce como la 'ilusión objetivista', y supone la creencia en que un intérprete de la conducta humana puede despojarse de los prejuicios y presuposiciones derivadas de su contexto, esto es, que la interpretación o comprensión puede ser libre de prejuicios.



pasado, no alcanza a ver precisamente que dicho criterio se extiende simétricamente al intérprete mismo. Mientras que para el historicismo ese despojarse de los condicionamientos del presente es un requisito para lograr interpretaciones objetivas, para la hermenéutica de Gadamer, dicho condicionamiento (del cual el intérprete no puede despojarse, sino cuando mucho tomar conciencia de él y revisarlo críticamente) es en realidad el medio por el cual se posibilita comprender al pasado. Ese objetivismo historicista oculta así, como apunta Gadamer, la dependencia de la interpretación actual -sus objetivos y sus intereses- para con el contexto mismo desde el cual es promovida :

“La ingenuidad del llamado historicismo consiste en que se sustrae a una reflexión de este tipo y olvida su propia historicidad con la confianza en la metodología de su procedimiento. En este punto conviene dejar de lado este pensamiento histórico mal entendido y apelar a uno mejor entendido. Un pensamiento verdaderamente histórico tiene que ser capaz de pensar al mismo tiempo su propia historicidad. Sólo entonces dejará de perseguir al fantasma de un objeto histórico que lo sea de una investigación progresiva, aprenderá a conocer en el objeto lo diferente de lo propio, y conocerá así tanto lo uno como lo otro. El verdadero objeto histórico no es un objeto, sino que es la unidad de lo uno y lo otro, una relación en la que la realidad de la historia persiste igual que la realidad del comprender histórico. Una hermenéutica adecuada debe mostrar en la comprensión misma la realidad de la historia. Al contenido de este requisito yo le llamaría <<historia efectual>>. Entender es, esencialmente, un proceso de historia efectual”<sup>6</sup>.

De acuerdo con lo anterior, la historia efectual supondría la influencia mutua (y la *unidad* con ello) de la historia real y de la investigación histórica. En un primer momento, la investigación, al incorporar condicionamientos de su propio contexto codetermina (junto con el autor) los significados provenientes del pasado, influye en éstos, los redefine. En otro momento, estos significados históricos redefinidos influyen en la perspectiva de quien está atento a ellos, posibilitando así la crítica de dicho horizonte de comprensión. A su vez esta

---

<sup>6</sup>Gadamer, *Op. cit.*, p. 370. Agrega por otro lado que es verdad que el historicismo, “gracias a su método crítico se sustrae a la arbitrariedad y capricho de ciertas actualizaciones del pasado, pero con esto se crea una buena conciencia desde la que niega aquellos presupuestos que no son arbitrarios ni caprichosos, sino sustentadores de todo su propio comprender, de esta forma se yerra al mismo tiempo la verdad que sería asequible a la finitud de nuestra comprensión. En esto el objetivismo histórico se parece a la estadística, que es tan formidable medio propagandístico porque deja hablar al lenguaje de los hechos y aparenta así una objetividad que en realidad depende de la legitimidad de su planteamiento”. *Ibid*, p. 371.

nueva postura presente, condicionada por las redefiniciones alcanzadas de significados pasados *vuelve* a influir en éstos y viceversa, sucesivamente (círculo hermenéutico). El objetivismo historicista niega dicho conjunto de influencias recíprocas. Por ello cree necesario *separar* tajantemente lo que es la historia y el conocimiento de la misma. Supone que el objeto histórico se constituye por sí mismo sin necesidad del intérprete y del movimiento histórico real que empuja a éste precisamente a realizar la interpretación de dicho objeto.

Para Gadamer en cambio el objeto de investigación histórico ni siquiera existe como tal sin un interés previo del investigador, que a su vez está motivado de una manera especial por el presente<sup>7</sup>. De ahí que sostenga que toda comprensión del pasado se posibilita por una incorporación del presente en ese pasado, por una fusión de la historia como tal y de la investigación sobre ella. En el presente se encuentran precisamente los medios para aproximarse al pasado. Esto sucede cuando el primero, incluso sin necesidad de que medie conciencia alguna, proporciona al investigador los ‘prejuicios’ para articular conjeturas sobre el segundo:

“En sí mismo <<prejuicio>> quiere decir un juicio que se forma antes de la convalidación definitiva de todos los momentos que son objetivamente determinantes...<<Prejuicio>> no significa pues en modo alguno juicio falso, sino que está en su concepto el que pueda ser valorado positivamente o negativamente”<sup>8</sup>.

El conjunto de esos prejuicios conformará la situación hermenéutica, es decir, el marco de significados históricamente asignados en una tradición y que, por ello funcionan como directrices de las investigaciones a realizar dentro de ella. Para Gadamer, toda investigación (y la vida entera misma) está determinada por la tradición, incluso mucho antes de que podamos tomar conciencia de este hecho:

---

<sup>7</sup> *Ibid*, p. 353.

<sup>8</sup> *Ibid*, p. 337. Con respecto a la vieja pretensión positivista de un ciencia libre de prejuicios, Gadamer comenta: “¿Es correcta la autoconcepción de las ciencia del espíritu cuando desplazan el conjunto de su propia historicidad hacia el lado de los prejuicios de los que hay que liberarse? Esta <<ciencia libre de prejuicios>> no estará compartiendo, mucho más de lo que ella misma cree, aquella recepción y reflexión ingenua en la que viven las tradiciones y en la que está presente el pasado?” *Ibid*, p. 350.

“En realidad no es la historia la que nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella. Mucho antes de que nosotros nos comprendamos a nosotros mismos en la reflexión, nos estamos comprendiendo ya de una manera autoevidente en la familia, la sociedad y el estado en que vivimos. La lente de la subjetividad es un espejo deformante. La autorreflexión del individuo no es más que una chispa en la corriente cerrada de la vida histórica. *Por eso los prejuicios de un individuo son, mucho más que sus juicios, la realidad histórica de su ser*”<sup>9</sup>.

Lo consagrado por la tradición se hace de una autoridad anónima que, a decir de Gadamer, tiene poder para influir en cada uno de nuestros actos. Como el momento de la tradición al que pertenecemos siempre nos determina, difícilmente podríamos esperar que exista una especie de criterio transhistórico que evalúe las interpretaciones provenientes de todos los contextos:

“¿No es cierto que toda existencia humana, aún la más libre, está limitada y condicionada de muchas maneras? Y si esto es así, entonces la idea de una razón absoluta no es una posibilidad de la humanidad histórica. Para nosotros la razón sólo existe como real e histórica, esto es la razón no es dueña de sí misma sino que está siempre referida a lo dado en lo cual se ejerce”<sup>10</sup>.

Los prejuicios asociados al momento de la tradición son los que conforman pues el marco de significados con el cual hacemos por ejemplo, reconstrucciones del pasado. En este sentido, los prejuicios del presente representan los medios para emprender investigaciones históricas. Ahora bien, se ha señalado más arriba que los prejuicios son apenas juicios previos sobre un objeto histórico. Ese primer acercamiento es siempre una anticipación del significado que puede tener el objeto histórico y que habrá de corroborarse en éste mismo y a fin de cuentas ser sustituido por uno más adecuado:

---

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 344.

<sup>10</sup> *Ibid*, p. 343. Gadamer señalaba que la hermenéutica no implica una ciega sujeción a la tradición. En referencia a las críticas de Habermas, decía que “entendemos también cuando nos percatamos de los prejuicios que distorsionan la realidad” (*ibid*). Sobre la disputa entre Habermas y Gadamer referente a la pretensión de universalidad de la hermenéutica, véanse entre otros el texto de Thomas McCarthy *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, Tecnos, 1992 (pp. 198-230) o el texto de Martin Jay “Should intellectual history take a linguistic turn? Reflections on the Habermas-Gadamer debate” en D. Capra y S. Kaplan (eds.), *Modern intellectual history*, 1982, o el de M. Gibbons, *Interpreting politics*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.

“la interpretación empieza siempre con conceptos previos que tendrán que ser sustituidos progresivamente por otros más adecuados...El que intenta comprender está expuesto a los errores de opiniones previas que no se comprueban en las cosas mismas. Elaborar los proyectos correctos y adecuados a las cosas, que como proyectos son anticipaciones que deben confirmarse <<en las cosas>>, tal es la tarea constante de la comprensión”<sup>11</sup>.

Según esto, la comprensión sólo es válida cuando, en la constante corroboración de cada nueva expectativa de sentido en la cosa misma, se muestra que no atribuye significados arbitrarios al pasado. Aparece como regla hermenéutica que el intérprete no se deje llevar sin más por sus prejuicios actuales cuando éstos evidentemente chocan con la cosa. La cosa misma objeto de estudio es la que impone restricciones a los prejuicios. A este respecto, Heidegger claramente señalaba que:

“sólo se comprende realmente cuando la interpretación ha comprendido que su tarea, primera, última y constante consiste en no dejarse imponer nunca por ocurrencias propias o por conceptos populares ni la posición, ni la previsión ni la anticipación, sino en asegurar la elaboración del tema científico desde la cosa misma”<sup>12</sup>.

En tal confrontación de los prejuicios en las cosas mismas se encontraría una alerta contra la ingenuidad presentista; esto en tanto que el pasado podría decir cosas al presente susceptibles de alterar las concepciones previas de este último. Pero, el presente debe estar en principio dispuesto a dejarse decir cosas por el pasado. Por su parte Gadamer sostiene:

“Lo que se exige es simplemente estar abierto a la opinión del otro o a la del texto. Pero esta apertura implica siempre que se pone la opinión del otro en alguna clase de relación con el conjunto de las opiniones propias, o que uno se pone en cierta relación con las del otro...El que quiere comprender no puede entregarse desde el principio al azar de sus propias opiniones previas e ignorar lo más obstinada y consecuentemente posible la opinión del texto. El que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él”<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Gadamer, *Op. cit.*, p. 333.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 332.

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 335.

Pero dicha receptividad, como agrega Gadamer, no presupone tampoco una neutralidad por parte del intérprete, en la que éste deba suspender los condicionamientos que le asigna la tradición, tal como afirmaría la metodología historicista:

“esta receptividad no presupone ni <<neutralidad>> frente a las cosas ni tampoco autocancelación, sino que incluye una matizada incorporación de las propias opiniones previas y prejuicios. Lo que importa es hacerse cargo de las propias anticipaciones, con el fin de que el texto mismo pueda presentarse en su alteridad y obtenga así la posibilidad de confrontar su verdad objetiva con las propias opiniones previas”<sup>14</sup>.

Una comprensión histórica que, como se vió más arriba, reconoce y unifica en la historia efectual tanto la historicidad de los materiales del pasado como de la interpretación de éstos, y que se da a la tarea de confrontar las anticipaciones de sentido presentes con los objetos históricos, se dice que implica necesariamente una ‘fusión de los horizontes’ presentes y pasados. Dicha fusión parte de un reconocimiento de que el presente representa un horizonte limitado desde donde puede *ver* el intérprete. Pero ese horizonte es susceptible de ampliarse (y de hecho lo está haciendo todo el tiempo, aún sin darnos cuenta de ello) a medida que incorpora nuevos puntos de vista que sólo pueden provenir del contacto con otros horizontes o formas de entender el mundo<sup>15</sup>.

Ese contacto con otros horizontes a su vez no implica, como sostenía la hermenéutica anterior de Dilthey y el historicismo de Skinner y de Jones, un desplazarse hacia el horizonte ajeno abandonando el horizonte propio:

“uno tiene que tener siempre su horizonte para poder desplazarse a una situación cualquiera...Este desplazarse no es ni empatía de una individualidad en la otra, ni sumisión del otro bajo los propios patrones; por el contrario, significa siempre un

---

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 335-6.

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 372-3. En lo de que la comprensión abre nuevos mundos, coincide con Dilthey (Cfr, *Op. cit*)

ascenso hacia una generalidad superior, que rebasa tanto la particularidad propia como la del otro”<sup>16</sup>.

La fusión de las individualidades, como se indica, no se refiere necesariamente a la unidad del intérprete con un autor o un contexto particular. No se trata de fusionar el horizonte del intérprete con lo que el autor haya querido decir o hacer en medio de un contexto específico. Para Gadamer, comprender significa no una apropiación de la psique ajena ni un abandono del horizonte propio sino una participación en un *significado común* (que es definido por la cosa misma objeto de estudio). Lo que enseguida apunta Gadamer es que dicho significado *rebasa* incluso al autor. Si el significado, como veíamos antes, al no poder ser asignado ilegítimamente a la cosa, impone restricciones importantes al intérprete, de igual modo establece con el autor una relación de cierta autonomía. Lo que se buscaría a través de la hermenéutica es, primero que nada, un entendimiento con la cosa misma, o sea con un significado que es común al pasado y el presente (con lo cual se asegura que se está tratando con el mismo asunto), y sólo en segundo lugar un entendimiento con el autor y el contexto particulares asociados originalmente a dicho significado<sup>17</sup>. El hecho de que la hermenéutica busque comprender el significado que rebasa al autor le da pie a Gadamer para sostener que las comprensiones donde media una distancia temporal (por ejemplo, cuando desde el presente se comprende el pasado) son en cierto modo superiores a las comprensiones de objetos más o menos contemporáneos:

“Cada época entiende un texto transmitido de una manera peculiar, pues el texto forma parte del conjunto de una tradición por la que cada época tiene un interés objetivo y en el que intenta comprenderse a sí misma. El verdadero sentido de un texto tal como éste se presenta a su intérprete no depende del aspecto puramente ocasional que representan el autor y su público originario. O por lo menos no se agota en esto. Pues este sentido está siempre determinado por la situación histórica del intérprete, y en consecuencia por el todo del proceso histórico...El sentido de un texto supera a su autor no ocasionalmente sino siempre. Por eso la comprensión no es sólo un comportamiento sólo reproductivo sino que es a su vez siempre productivo”<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> Gadamer, *Op. cit.*, p. 375.

<sup>17</sup> *Ibid*, p. 364.

Así, mientras que para el historicista la distancia que se da entre el autor y el intérprete, es precisamente un abismo que habría que superar a fin de alcanzar objetivamente los significados originales y auténticos, para la hermenéutica, dicha distancia, que es insuperable (debido a la realidad de la historicidad de los materiales del pasado y de las interpretaciones de éstos), es además el medio para alcanzar a comprender los verdaderos significados, es decir, aquellos que rebasan la concepción de la época que los produce (y que son los que a fin de cuentas hacen posible la mediación entre pasado y presente):

“La distancia es la única que permite una expresión completa del verdadero sentido que hay en las cosas. Sin embargo, el verdadero contenido en un texto o en una obra de arte no se agota al llegar a un determinado punto final, sino que es un proceso infinito. No es que cada vez se vayan desconectando nuevas fuentes de error y filtrando así todas las posibles distorsiones del verdadero sentido, sino que constantemente aparecen nuevas fuentes de comprensión que hace patentes relaciones de sentido insospechadas. Sólo la distancia en el tiempo hace posible resolver la verdadera cuestión hermenéutica, la de distinguir los prejuicios *verdaderos* bajo los cuales *comprendemos*, de los prejuicios *falsos* que producen los *malentendidos*”<sup>19</sup>.

La historia asume así la importante función de servir como ‘test’<sup>20</sup> de las propias conjeturas elaboradas en el presente. De este modo, en el dominio de la investigación histórica, al asumirse en el presente la actitud de ‘dejarse decir algo’ por el ‘otro’ que puede ser el pasado, se posibilita una constante revisión de los prejuicios empleados en ella, así como su sustitución por unos cada vez más adecuados:

“Es claro que el hacer patente un prejuicio implica poner en suspenso su validez. Pues mientras un prejuicio nos está determinando, ni lo conocemos ni lo pensamos como juicio. ¿Cómo podría entonces llegar a hacerse visible? Poner ante sí un prejuicio es imposible mientras él continúe su obra imperceptible; sólo se logra cuando de algún modo se lo <<estimula>>. Este estímulo procede precisamente del encuentro con la

---

<sup>18</sup> *Ibid*, p. 366.

<sup>19</sup> *Ibid*, p. 368-9. Aquí podría señalarse que, en el ámbito de la teoría social, que nace propiamente hasta hace apenas dos siglos, existiría una especie de desventaja con respecto a otras disciplinas más antiguas.

<sup>20</sup> Esto, en alusión a la idea de Lakatos de que la historia sirve como test de las reconstrucciones racionales de la ciencia.

tradición...Cuando un prejuicio se hace cuestionable, en base a lo que nos dice otro o un texto, esto no quiere decir que se lo deje simplemente de lado y que el otro o lo otro venga a sustituirlo inmediatamente en su validez. Esta es más bien la ingenuidad del objetivismo histórico, la pretensión de que uno puede hacer caso omiso de sí mismo”<sup>21</sup>.

El que el pasado tenga esa especial capacidad para motivar un cambio progresivo de nuestros prejuicios y una ampliación de nuestros horizontes tiene que ver también con que aquél, a lo largo del tiempo, va haciéndose de una serie de contenidos válidos lo suficientemente consolidados como para enfrentar y resistir a la crítica histórica. Gadamer relacionará (tal como lo hace Alexander en su análisis sobre la teoría social y sus clásicos) de modo decisivo dichos contenidos con la figura de lo clásico. Lo clásico en Gadamer se presenta como algo más que un mero estilo o concepto de una época: es una forma del ser histórico que, al mostrar contenidos que se conservan al paso del tiempo y de confirmaciones constantes, ‘hace posible la existencia de algo que es verdadero’<sup>22</sup>:

“es clásico lo que se mantiene frente a la crítica histórica porque su dominio histórico, el poder vinculante de su validez transmitida y conservada, va por delante de toda reflexión histórica y se mantiene en medio de ésta...Lo clásico es lo que se ha destacado a diferencia de los tiempos cambiantes y sus efímeros gustos...es una conciencia de lo permanente, de lo imperecedero, de un significado independiente de toda circunstancia temporal, la que nos induce a llamar <<clásico>> a algo: una especie de presente intemporal que significa simultaneidad con cualquier presente...(Lo clásico es) aquello que es por sí mismo tan elocuente que no constituye una proposición sobre algo desaparecido, un mero testimonio de algo que requiere todavía interpretación, sino que dice algo a cada presente como si se lo dijera a él particularmente...Esto es justamente lo que quiere decir la palabra <<clásico>>: que la pervivencia de la elocuencia inmediata de una obra es fundamentalmente ilimitada.”<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> Gadamer, *Op. cit.*, p. 369.

<sup>22</sup> *Ibid*, p. 356.

<sup>23</sup> *Ibid*, p. 356-9.



De esta forma la comprensión histórica consiste en resumidas cuentas, como señala Gadamer, en un continuo proceso de sustitución de expectativas de sentido cada vez más adecuadas a la cosa, en donde el contacto con contenidos validados por la tradición resulta fundamental. El reconstruir el pasado, aún apegándose a la cosa, no tiene como finalidad, como suponían los historicistas, agotar la interpretación de un significado histórico. Lo que verdaderamente significa ser histórico es, según Gadamer, nunca agotarse en la interpretación<sup>24</sup>, es rebasar siempre a ésta. De ahí que suponga Gadamer que las reconstrucciones históricas deben operar en términos del llamado 'círculo hermenéutico', donde cada nueva interpretación conlleva una incorporación de elementos derivados de interpretaciones anteriores, pero sin la pretensión de agotar nunca al significado. La comprensión, que va de la parte al todo y de éste a la parte (o sea, de expectativas de sentido a corroboraciones en la cosa y de éstas a nuevas expectativas de sentido) toma como tarea ampliar cada vez más la unidad del sentido. Finalmente, otra vez Gadamer establece que el círculo hermenéutico, más allá de ser una simple metodología, es capaz de conectar con la noción de historia efectual descrita anteriormente :

“El círculo no es, pues, de naturaleza formal; no es ni subjetivo ni objetivo, sino que describe la comprensión como la interpenetración del movimiento de la tradición y del movimiento del intérprete. La anticipación de sentido que guía nuestra comprensión de un texto no es un acto de la subjetividad sino que se determina desde la comunidad que nos une con la tradición. Pero en nuestra relación con la tradición, esta comunidad está sometida a un proceso de continua formación. No es simplemente un presupuesto bajo el que nos encontramos siempre, sino que nosotros mismos la instauramos en cuanto que comprendemos, participamos del acontecer de la tradición y continuamos determinándolo así desde nosotros mismos”<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> *Ibid*, p. 372.

<sup>25</sup> *Ibid*, p. 263.

#### 4. Paul Ricoeur: el texto y la continuidad entre pasado y presente.

En algunos espacios de la obra de Paul Ricoeur pueden encontrarse también elementos que fundamentarían la tesis de que existe realmente continuidad entre pasado y presente<sup>26</sup>. Siguiendo de modo fundamental a Gadamer, Ricoeur sostiene que dicha continuidad es posibilitada cuando puede mostrarse que el significado siempre rebasa al autor y al contexto en que es producido. A su juicio, ésto puede lograrse cuando el significado queda fijado por medio de la escritura. El texto escrito, al permanecer a través del devenir histórico, es capaz de conectar a los hombres de distintas épocas entre sí, de transmitirles concepciones y significados provenientes de contextos ajenos. Lo que logra la escritura por su carácter permanente es liberar al significado de las limitaciones espaciotemporales que le impone el contexto en que es producido; lo libera de las intenciones del autor y de las consecuencias objetivas que tuvo su emisión en un contexto dado. Con ello, hace accesible el significado a futuros receptores. En este sentido Ricoeur habla de la ‘espiritualidad’ o atemporalidad del discurso.

De igual modo, el mero evento empírico ubicado en un contexto particular es rebasado por su significado desde otra perspectiva. El discurso, como indica Ricoeur, puede ser entendido como aquello que se refiere a *un mundo*. En el discurso hablado esto significa que a lo que el diálogo realmente se refiere es a la *situación* común de los interlocutores. Los límites de esta situación dialógica por lo regular son físicos, por ejemplo, un gesto, una entonación, una señal con un dedo, etc. En el discurso oral, la referencia es *ostensiva*.

En cambio el discurso escrito, tal como su significado se libera del tutelaje de las intenciones, también se libera de los límites representados por la referencia ostensiva. Esto se da en la medida de que el hombre no tiene sólo *una situación* sino también *un mundo*. El mundo es el ensamblaje de referencias abiertas por los textos. Así, ejemplifica Ricoeur, cuando hablamos acerca del ‘mundo’ de Grecia, no nos referimos a las situaciones de

---

<sup>26</sup> Cfr. en especial “The model of the text: meaningful action considered as a text”, así como “The narrative function”, ambos en su *Hermeneutics and the human sciences*, Cambridge U. Press, 1990.

aquellos que vivieron en esa época, sino a las referencias no situacionales que sobrevivieron a la desaparición de las primeras<sup>27</sup> y que, por ello,

“son vistas como modos posibles de ser, en tanto que dimensiones simbólicas de nuestro ser-en-el-mundo. En este sentido, entender un texto es, al mismo tiempo, aclarar nuestra propia situación o, si se quiere, interpolar entre los predicados de nuestra situación todas las significaciones que hacen un mundo de nuestra situación. Es esta conversión de lo que es la situación en lo que es el mundo lo que nos permite hablar de las referencias *abiertas* por el texto -sería mejor decir que las referencias *abren* el mundo. Aquí otra vez, la espiritualidad del discurso se manifiesta a sí mismo a través de la escritura, que nos libera de la visibilidad y limitación de situaciones cada vez que abre un mundo para nosotros, es decir, nuevas dimensiones de nuestro ser-en-el-mundo...En este sentido, Heidegger tenía razón cuando decía que lo primero que entendemos en un discurso no es a otra persona, sino a un proyecto, esto es, el bosquejo de un nuevo ser-en-el-mundo. Sólo la escritura, en su proceso de liberación con respecto al autor y a las situaciones dialógicas, revela este destino del discurso como un proyecto de un mundo”<sup>28</sup>.

Pero también a partir otro rasgo se puede ver la separación entre significado y autor-contexto. Ricoeur indicaba que sólo el discurso, más no el mero lenguaje, está dirigido a alguien. Ello, de hecho, es el fundamento de la comunicación. Pero Ricoeur distingue entre un discurso que se dirige a un interlocutor igualmente presente en una situación, y un discurso dirigido a cualquiera que sepa leer. Este tipo de discurso es el que caracteriza a las obras escritas. En el discurso escrito queda evidenciada la estrechez de la relación dialógica. En lugar de ser dirigido sólo a una persona presente en la mencionada situación, la escritura se dirige a toda una audiencia que el mismo texto origina. Esto, agrega Ricoeur, nuevamente muestra la espiritualidad de la escritura, la contraparte de su materialidad:

“Escapando de la fugacidad del evento dialógico, de las vivencias concretas del autor y de las estrecheces de la referencia ostensiva, el discurso rebasa los límites de la relación cara-a-cara. No se tiene más un auditorio visible. Un lector invisible y

---

<sup>27</sup> Nótese la diferencia respecto a la tradición historicista que se remonta a Dilthey, según la cual es posible reconstruir el contexto tal y como existió en el pasado y, con ello, entender al autor en sus propios términos.

<sup>28</sup> “The model of the text”, pp. 201-2.

desconocido se convierte en el nuevo receptor originalmente no tomado en cuenta del discurso”<sup>29</sup>.

Así, el significado no depende sólo de las intenciones autorales sino también de la interpretación de cada nuevo receptor. No está fijo y dado, sino que se reconstruye constantemente. En este sentido, el significado es resultado de la vinculación que se establece entre pasado y presente, entre los intereses y horizontes particulares de ambos. Esta articulación de perspectivas sólo es posible si entendemos a cada una de las partes (esto es, al pasado y al presente) como fragmentos de una estructura que cruza a dichas partes y que, a raíz de su ubicación en esa estructura (que es la historia) es como cobran sentido. La interpretación de las partes por sí mismas, sin relacionarse con todas las demás es incapaz de proporcionar un sentido. La relación entre pasado y presente, o sea la historia, asume así un carácter semejante al de cualquier narrativa. Entender la historia es, metafóricamente hablando, como entender un texto, en la medida de que éste

“es un todo, una totalidad...(que) aparece como una jerarquía de tópicos, de tópicos primarios y secundarios. La reconstrucción del texto como un todo necesariamente tiene un carácter circular, en el sentido de que en el reconocimiento de las partes existen presuposiciones de cierta clase referentes al todo y que guían su interpretación. Y recíprocamente, en la reconstrucción de las partes y los detalles reconstruimos el todo. No hay necesidad y evidencia sobre lo que pueda considerarse importante o no importante, lo esencial y lo no esencial. El juicio sobre dicha importancia es una conjetura”<sup>30</sup>.

Según Ricoeur, la labor del historiador es semejante a la de un narrador, en el entendido de que, así como este último describe una secuencia de acciones que cobran sentido sólo a la luz de una totalidad, en este caso la trama de la narración, de modo análogo el historiador trabaja con secuencias de obras y hechos del pasado que cobran sentido sólo relacionándolos con una totalidad, en este caso la historia misma de la humanidad. Señala Ricoeur:

---

<sup>29</sup> Ibid, p. 202-3.

<sup>30</sup> Ibid, p. 211.

“una narración describe una secuencia de acciones y experiencias de cierto número de caracteres, sean reales o imaginarios. Estos caracteres están representados en situaciones cambiantes o en cambios a los que ellos reaccionan. Estos cambios a su vez revelan aspectos ocultos de la situación y sus caracteres, dando origen a nuevos predicamentos que mueven a pensar o a actuar o a ambas cosas. La respuesta a estos predicamentos lleva a la narración a su conclusión. De acuerdo con esto, seguir una narración es comprender las sucesivas acciones, pensamientos y sentimientos que desembocan en una particular *direccionalidad*...Pero una conclusión narrativa no puede ser deducida ni predicha. No hay narración a menos que nuestra atención se encuentre en suspenso por una u otra contingencia. De aquí que debamos seguir la narración hasta su conclusión. Así, en lugar de ser *predecible*, una conclusión debe ser *aceptable*. Revisando desde la conclusión hasta los episodios que conducen hasta ella, debiera decirse que dicho final requirió de esos eventos y de esa cadena de acción. Pero este vistazo retrospectivo es hecho posible gracias al movimiento teleológicamente guiado de nuestras expectativas cuando seguimos la narración”<sup>31</sup>.

Según lo anterior, en la historia la construcción del significado entonces tomaría la forma de un proceso en el que las *conjeturas sobre el todo* tienen como papel fundamental guiar la reconstrucción de las cosas que se hacen y se dicen en el pasado. Las conjeturas siempre se refieren a la continuidad del significado -o direccionalidad- a través de los diferentes contextos, y nunca a circunstancias empíricas -concretas y finitas- en que aquél es producido<sup>32</sup>. Son aquellas las que coordinan la enorme cantidad de datos y oraciones derivados del estudio histórico. Sin esas conjeturas el historiador se perdería en un caos empírico<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> “The narrative function”, p. 277.

<sup>32</sup> Contra el objetivismo historicista, el empleo de conjeturas del modo descrito posibilita realizar análisis diacrónicos y no sólo sincrónicos de las teorías sociales (es decir, su desarrollo en el tiempo, su relevancia en contextos ajenos y no sólo su función ilocucionaria en contextos locales y cerrados). Por otro lado, como reconoce el mismo Ricoeur, no existen reglas para hacer buenas conjeturas, lo cual no puede identificarse con las líneas de la filosofía empírico-analíticas que abogan por una separación estricta entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación y que, por ello, negarían la influencia que ejerce la totalidad histórica sobre las hipótesis de las investigaciones.

<sup>33</sup> Popper señalaba sobre esto también que “la historia tiene que ser *selectiva*, si no quiere ahogarse en un mar de datos pobres y mal relacionados...(Se debe) introducir conscientemente *un punto de vista de selección preconcebido* en nuestra historia; es decir, escribir *aquella historia que nos interese*. Esto no significa que podamos torcer y falsear los hechos hasta que cuadren con un marco de ideas preconcebidas o que podamos desdeñar los hechos que no cuadren”. *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza-Taurus, 1992, p. 165-6.

De igual forma, lo histórico es aquello que contribuye al desarrollo de una trama (y no sólo aquello que, como señalaba Jones, ocurre en el pasado). La historia se basa así en nuestra habilidad para seguir una narración; los rasgos distintivos de la *explicación histórica* deben ser considerados como desarrollos al servicio de la capacidad de la narración básica que se sigue.

“En otras palabras, *las explicaciones no tienen otra función que la de ayudar al lector a seguir la narración*. La función de las generalizaciones que el historiador nos pide aceptar es facilitar el proceso de seguir la narración cuando esta última es interrumpida u oscurecida. Las explicaciones deben por lo tanto ser trenzadas en el tejido narrativo”<sup>34</sup>.

En este sentido, la explicación histórica tiene funciones distintas a las que caracterizan a la explicación de la ciencia natural. Como señala Ricoeur, el historiador no precisamente establece generalizaciones a partir de datos del pasado, sino que las utiliza, en forma de conjeturas, como medios para construir una significatividad y una direccionalidad referente a esos mismos datos<sup>35</sup>. Esa construcción es ya un proceso semejante al de la narrativa ficcional. Es decir, la labor del historiador no es tanto un explicar a secas, como un expresar un juicio reflexivo sobre el pasado; “la operación narrativa tiene el carácter de un juicio, y más precisamente de un juicio reflexivo en el sentido kantiano del término. Contar y seguir una narración significa ya ‘reflexionar sobre’ eventos con el propósito de integrarlos en sucesivas totalidades”<sup>36</sup>.

---

<sup>34</sup> Ricoeur, “The narrative function”, p. 277-8. Paralelamente, Habermas señalaba en el marco de su teoría de la acción comunicativa que, ante la existencia de distorsiones en el proceso comunicativo social que no pueden ser resueltas por la mera comprensión hermenéutica, se hacen necesarias explicaciones causales (tales como las explicaciones psicoanalíticas, funcionales, económicas y sistémicas) que intenten precisamente resolver tales distorsiones (Cfr. *La lógica de las ciencias sociales*, pp. 256-260).

<sup>35</sup> Ya en la exposición de su sociología comprensiva -que conecta desde luego con la tradición hermenéutica en sociología- Max Weber indicaba que, en el ámbito de las ciencias del espíritu, las leyes no tienen valor en sí mismo; no constituyen el fin de la investigación sino sólo un medio para acceder a la comprensión de los significados de las acciones humanas (véase al respecto sus *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrotu, 1990, especialmente “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”).

<sup>36</sup> “The narrative function”, p. 279

En este contexto, la valoración reflexiva que el historiador ejerce sobre el pasado es la que posibilita de hecho la explicación histórica. Y precisamente esta intrusión de los valores personales por parte del historiador es lo que rechaza toda historiografía asociada de algún modo al positivismo, para quien la tarea de la historia es descubrir los hechos que permanecen ocultos en el pasado. Ricoeur señala que, a diferencia de aquél, la historiografía contemporánea reconoce la ‘dimensión ficcional’ de la historia, y enfatiza la ‘reconstrucción imaginativa’ del historiador. La historia, por ejemplo, puede ser vista como una especie de ‘artefacto literario’, en el que la reconstrucción de los hechos sería tratada a partir de categorías literarias como la semiótica o incluso la poética<sup>37</sup>.

Ello desemboca, a decir de Ricoeur, en formas de representación ficcional de la realidad, en las que historia y ficción son integradas en un marco suficientemente general. Ricoeur señala la obra de Hayden White<sup>38</sup> como un ejemplo afortunado de aproximación ‘poética’ a la historiografía. Para White, es posible establecer, en la medida de que ambas poseen una ‘trama’, correlaciones entre obras de ficción y obras de historia. Distingue cuatro tipos básicos de secuencia de la trama: el romance, la tragedia, la comedia y la sátira<sup>39</sup>. Dicha noción constituye para White más que una mera forma o presentación literaria. Constituye un primer nivel de explicación, que White llama ‘explicación por medio de una trama’, consistente en comenzar a explicar los eventos en la medida de que éstos son transformados en una narración a partir de integrarse en una trama. En el caos que es la sucesión de infinidad de hechos, el historiador determina las tramas. White ve en el historiador a un escritor que se vale de toda una jerarquía de esquemas organizativos en torno a la trama: desde esquemas que son argumentos formales, en los que se invocan leyes en modo parecido al modelo nomológico-deductivo hempeliano, hasta esquemas de acción (como el conservadurismo, el anarquismo, el radicalismo o el liberalismo) relacionados con el tratamiento que de éstos hace la sociología del conocimiento, pasando por esquemas apoyados en la noción pepperiana de las ‘hipótesis de mundo’ correspondientes a toda una

---

<sup>37</sup> Ibid, p. 290.

<sup>38</sup> Ibid. El texto de White que cita Ricoeur es *The historical imagination in nineteenth century Europe*.

<sup>39</sup> “The narrative function”, p. 290.

época (por ejemplo, el organicismo, el mecanicismo o el contextualismo). La totalidad de estos posibles esquemas organizativos en los que el historiador puede basar su reconstrucción es la llamada 'imaginación histórica'.

Dichos procedimientos, según Ricoeur, no pueden reducirse a ser meramente didácticos. Con ello quiere decirse que los niveles de conceptualización relativos a una 'poética de la historia' son intrínsecos y no extrínsecos a la investigación histórica propiamente dicha. Esos procedimientos no tienen que ver sólo con la narración de los hechos, sino con los hechos mismos. Al respecto, Ricoeur señala que los procedimientos en cuestión son los que hacen posible que los eventos adquieran el carácter de historia, ya que, a fin de cuentas, 'la historia es escritura'<sup>40</sup>.

Por otro lado, no puede aceptarse tampoco que dicha representación ficcional de la realidad excluya 'reglas de evidencia' que la historia comparte con otras ciencias (aún cuando la evidencia documental tenga un carácter peculiar). Cualquier representación histórica pretende ser una representación de la realidad. Al respecto Ricoeur nos dice que

"la historia es tanto un artefacto literario como una representación de la *realidad*. Es un artefacto literario en la medida de que , a la manera de cualquier texto literario, tiende a asumir el estatus de un sistema autosuficiente de símbolos. Es una representación de la realidad en la medida de que el mundo que ella retrata...pretende hablar de eventos reales en el mundo real"<sup>41</sup>.

En ese sentido no pueden considerarse válidas sin más todas las reconstrucciones que pueden hacerse del pasado. Ricoeur se apoya en Hirsch<sup>42</sup> para enfrentar la multiplicidad de las interpretaciones. El criterio de validación parte de una lógica probabilística. En este sentido señala Ricoeur que validación no es verificación. La validación la entiende como una disciplina argumentativa comparable a los procesos jurídicos de interpretación legal. Es

---

<sup>40</sup> Ibid, p. 291.

<sup>41</sup> Ibid.

<sup>42</sup> El texto básico de E. D. Hirsch lo constituye *Validity in interpretation*, Bloomington, Indiana University Press, 1967.



una lógica de incertidumbre y de iguales probabilidades<sup>43</sup>. De igual modo, las invalidaciones son posibles a partir de criterios semejantes a los del falsacionismo popperiano. En este sentido, una interpretación no debe ser sólo probable sino ser más probable que otras, de acuerdo a criterios de superioridad relativa. En conclusión,

“si es verdad que siempre es posible reconstruir de muchos modos un texto, no es verdad que todas las interpretaciones sean igualmente válidas...El texto es un campo limitado de posibles construcciones. La lógica de validación nos permite movernos entre los límites del dogmatismo y del escepticismo. Es siempre posible argumentar en pro o en contra de una interpretación, confrontar interpretaciones, mediar entre ellas y buscar consensos. si es que es posible esto último<sup>44</sup>”.

Y precisamente en la medida de que podemos argumentar en pro o en contra de determinada interpretación -evaluando si las conclusiones de las *narraciones* son aceptables o no, según nos lo indique el seguimiento de la trama- la hermenéutica tiene que fundamentar la intervención de los prejuicios del historiador en la reconstrucción que realiza. Sin una especie de compromiso personal no pueden ser comprendidos los significados. El significado es liberado por los procedimientos explicativos de la lógica probabilística, guiándose en conjeturas sobre el todo o la continuidad. Pero ese significado a su vez tiene el poder de revelarnos un mundo a través de su comprensión (por medio de procedimientos explicativos y no de ‘recuperaciones de la psique ajena’). Y cuando lo comprendemos establecemos significaciones nuestras con ese mundo. De ahí que no podamos negar nuestros intereses en el acto de la comprensión.

Para Ricoeur, dichos intereses designan ‘el horizonte teleológico que orienta una actividad cognoscitiva’. Piensa que el interés opera como un factor de selección de lo que es o no importante. Según esto, *el historiador retoma del pasado sólo aquello que, según él, es*

---

<sup>43</sup> Lo que se gana con la adopción de dicha lógica, según Ricoeur, es que se da a la oposición entre ciencias naturales y ciencias del espíritu un sentido aceptable, sin conceder nada al sostenido dogma de la inefabilidad de lo individual. “El método de la conducción de índices, típico de la lógica de la probabilidad subjetiva, da una base firme para una ciencia de lo individual mereciendo el nombre de ciencia. Un texto es un cuasi individuo, y la validación de una interpretación aplicada a él, puede decirse con completa legitimidad, proporciona un conocimiento científico del texto”. “The narrative function”, p. 212.

<sup>44</sup> Ibid, p. 213.

*digno de no ser olvidado*<sup>45</sup>. Sólo que dicho interés no se reduce a la psicología del investigador, sino que está desde un principio articulado en el horizonte histórico de comprensión al que pertenece, con todas las determinantes históricas derivadas de éste<sup>46</sup>. El interés expresa la situación del historiador como un miembro que pertenece al conjunto que precisamente él estudia.

De esto concluye que nuestro interés en hacer historia radica en querer ampliar nuestra esfera de comunicación: “Dicho consecuentemente, todo procedimiento de objetivación, duda, distanciamiento, sospecha -en suma, todo aquello que hace de la historia una forma de investigación- se extrae del interés en la comunicación”<sup>47</sup>.

La comunicación requiere, no obstante, retroalimentación. Ello significa que los esquemas del intérprete, como dijo Gadamer, no deben pesar demasiado sobre su objeto de estudio; el intérprete debe ‘dejar hablar’ también al pasado, en la medida de que éste lo requiera. Sólo de este modo puede garantizarse ‘la otredad del otro’, la posibilidad de su uniqueness y diferencia. Esta dialéctica de lo familiar y lo extraño, de lo lejano y lo cercano está en el centro preciso del interés por la comunicación por parte del historiador. Para Ricoeur, esta dialéctica es la que coloca a la historia en estrecha vinculación con la ficción:

“Reconocer los valores del pasado en sus *diferencias* con respecto a nuestros valores es ya abrir la realidad hacia lo posible. Las ‘verdaderas’ historias del pasado descubren las potencialidades ocultas del presente...La historia, en este sentido explora el campo de variaciones ‘imaginativas’ que rodean al presente y la realidad que damos por supuesta en la vida diaria. Tal es el modo en que la historia, precisamente porque busca ser objetiva, participa de la ficción”<sup>48</sup>.

---

<sup>45</sup> En este contexto, nos dice, ¿qué cosa es más valiosa que los valores que gobiernan las acciones de los individuos, la vida de las instituciones, las luchas del pasado? Gracias a la labor objetiva del historiador ‘dichos valores son integrados a la riqueza de la humanidad’ (Ibid).

<sup>46</sup> Esta determinación del contexto sobre los objetos de estudio es ya exaltada por Gadamer (ver más arriba) y aún por Habermas, que emplea esa tesis contra la ingeniería social ‘fragmentaria’ popperiana, según la cual no habría tal determinación. Véase al respecto “Teoría analítica de la ciencia y dialéctica”, en *La lógica de las ciencias sociales*, ya citada.

<sup>47</sup> “The narrative function”, p. 295.

<sup>48</sup> Ibid, p. 295.

A fin de cuentas, como la narración es una estructura que se presenta tanto en la narrativa ficcional como en la histórica, Ricoeur supone por ello que nos encontramos con un mismo 'juego de lenguaje': "La cuestión ahora es, en qué sentido 'hablar este lenguaje' es al mismo tiempo 'parte de una actividad o forma de vida' que llamamos por convención *historicidad*...el término 'historia' tiene una intrigante ambigüedad, ya que significa al mismo tiempo lo que realmente sucedió así como la narrativa de esos eventos...En otras palabras, *la forma de vida a la que pertenece el discurso narrativo es muestra propia condición histórica*"<sup>49</sup>.

## 5. Conclusiones

Según pudo verse, Gadamer intenta fundamentar la existencia de continuidades entre pasado y presente a través de mostrar previamente la imposibilidad de recuperar los significados originales del pasado. Para ello se atiene a la tesis de la historicidad de la interpretación, aspecto que había sido particularmente negado por el objetivismo historicista. Toda comprensión del pasado comienza, según Gadamer, con prejuicios o conjeturas sobre el significado de éste; dichas conjeturas a su vez son proporcionadas por un horizonte de comprensión presente; ellas reflejarán el estado, la concreción histórica de dicho presente en su conexión con la totalidad histórica (que desde luego incluye al pasado). De este modo, para Gadamer, quedan conectadas la historia misma y la investigación de ésta y, con ello también, pasado y presente.

Por su parte, Paul Ricoeur también rompe con la hipostatización que las metodologías historicistas hacen del carácter histórico del significado y que desemboca en un concepto de historia excesivamente empirista. Constantemente Ricoeur nos recordaba la 'espiritualidad' del discurso escrito. Lo que queda bajo la forma de discurso escrito, se decía, importa más que lo que el autor quiso decir o hacer con determinadas expresiones. La autonomía del significado posibilita que éste sea innumerablemente construido y que, por lo tanto, se haga

---

<sup>49</sup> Ibid, p. 288.

imposible la recuperación de un significado totalmente fijo y original, como lo suponía el historicismo. De ahí que la labor del historiador no tenga que ver con el desocultamiento de significados únicos enterrados en el contexto y en las intenciones, sino con el de significaciones regeneradas sin cesar (pero dentro de los marcos y los límites fijados por el texto) en el marco del devenir histórico.

De alguna manera podemos relacionar la defensa que hacen Gadamer y Ricoeur de la autonomía al menos parcial del significado con respecto al autor y de su dependencia también parcial con respecto al intérprete, con las versiones historiográficas en teoría social que sostienen la continuidad entre pasado y presente. Por un lado, vimos cómo las conjeturas sobre la totalidad, necesarias para toda interpretación, son conjeturas sobre la continuidad o, en otras palabras, sobre la articulación de la distintas partes. No son conjeturas sobre las partes en sí, como supondría la metodología historicista.

A su vez, el empleo de conjeturas supone la importante función (mas no la legitimación) de los prejuicios del historiador al hacer las reconstrucciones. Lo cual no puede identificarse con el supuesto presentista referente al empleo de criterios del presente para juzgar el pasado. Si la corriente hermenéutica acepta el papel básico de los prejuicios en la interpretación del pasado, enseguida sostiene que dicho primer nivel no tiene ningún valor por sí mismo. Lo realmente valioso es el momento en que los prejuicios pueden someterse a contrastación con la historia real y ajustarse y adecuarse progresivamente a ella.

De ahí que no cualquier interpretación de la tradición histórica se valida sin más. La reflexión hermenéutica indica que una interpretación lograda siempre entraña una 'fusión de horizontes'. Dicha fusión quiere decir que al interpretar un objeto histórico rearticulamos su significado en unos términos que también tengan sentido para nosotros. No obstante, como apuntó Gadamer, dicho objeto establece ciertos límites a la interpretación. Aunque esta última parte necesariamente de prejuicios, la verdadera interpretación se realiza cuando se revelan nuestros propios prejuicios a la luz de compararlos con el objeto histórico mismo y cuando ubicamos a nuestra interpretación como parte de la totalidad de la tradición. Lo que, sin embargo, no queda del todo especificado en la exposición hermenéutica es cómo

podemos diferenciar entre una verdadera confrontación y rectificación de prejuicios actuales y una que no lo sea; es decir, no queda claro si las distorsiones que se dan en el proceso de comunicación entre pasado y presente, pueden ser realmente develadas y corregidas por los meros procedimientos lingüísticos de la hermenéutica o, como objetaba Habermas, se requiere de teorías (como el psicoanálisis y el marxismo) que identifiquen y reduzcan los efectos perturbadores de los mecanismos causales-empíricos que distorsionan la comprensión (tales como los traumas psíquicos a nivel individual, o las relaciones de poder encubiertas a nivel social). Por lo que sería quizás necesario recordarle a la hermenéutica, tal como lo hace Habermas, sus propios límites<sup>50</sup>. De igual manera, sería oportuno llamar la atención sobre el hecho de que la hermenéutica se ocupa más de fundamentar la continuidad entre pasado y presente, que de proporcionar criterios que harían saber al intérprete cuándo su reconstrucción choca con la cosa. En ese sentido, las técnicas descritas por los historicistas como Skinner y Jones podrían seguir siendo oportunas (siempre y cuando no se caiga en el error de identificar al objeto histórico con un objeto empírico que se constituye con independencia del intérprete).

No obstante, y tratando de atender estas problemáticas, puede señalarse que la teoría social, al establecer contacto con su historia, bien puede tomar como heurística el modo de proceder de la hermenéutica. Es decir, los teóricos sociales pueden recurrir a la reconstrucción de su pasado para intentar develar y confrontar las bases -los prejuicios- en que se asientan los enfoques teóricos actuales, y así buscar reorientar precisamente el desarrollo de éstos. Sólo en este sentido crítico podría la teoría social recurrir a la hermenéutica para fundamentar la existencia de continuidades entre pasado y presente. Esa continuidad se da, pero a partir de ella se tiene también la posibilidad esencial de cuestionar y reflexionar nuestros propios puntos de vista presentes.

---

<sup>50</sup> Según Habermas, la "conciencia hermenéutica permanece incompleta mientras no recoja en sí la reflexión acerca de los límites de la comprensión hermenéutica" ("La pretensión de universalidad de la hermenéutica", en *La lógica de las ciencias sociales*, México, REI, 1993, p. 286).

## V. Conclusiones.

En general se ha intentado mostrar que el conjunto de cambios que experimenta la sociología en la segunda mitad de este siglo, en donde se articulan diversos planteamientos que tienen en común la crítica del positivismo, de alguna forma deja abierta la posibilidad de obtener un modelo de científicidad más adecuado para esta disciplina que el que podía desprenderse del consenso positivista. De peculiar importancia son las críticas al positivismo que provienen tanto de la filosofía e historia de la ciencia natural y de la social, como de la misma teoría social. Entre los rasgos que se destacan de la crítica está el descubrimiento por parte de los mismos teóricos de las corrientes empirico-analíticas (Popper, Kuhn, Wittgenstein, Laudan, Hesse, etc.) de los procesos interpretativos que subyacen a la empresa científica, lo cual permitía reubicar a ésta como una actividad sujeta a las determinantes derivadas de su propia historicidad, así como el fundamentar al pasado de las disciplinas científicas como un factor indispensable de contrastación de las reconstrucciones racionales de su desarrollo. Es decir, cobra relevancia en general el análisis de las relaciones entre las teorías científicas actuales y su historia.

Los rasgos anteriores se incorporan como elementos de un marco más general donde se reabre la discusión sobre la lógica de la ciencia social en general y de la sociología en particular, una vez que disminuyen las certezas positivistas. Por esa razón es que en dicho marco encuentra acomodo y justificación el conjunto de redefiniciones sobre las relaciones entre la teoría social actual y su historia, aspecto que el positivismo, a través de la historiografía presentista creía suficientemente aclarado. Se ha mencionado también que la discusión sobre las relaciones entre las teorías científicas y su pasado cobraba especial importancia en el ámbito de la sociología debido a que, por una o por otra razón, los teóricos sociales han desarrollado su labor principalmente a través de reinterpretaciones de sus autores clásicos. Como se vió, para positivistas como Merton, esto era considerado una anomalía temporal de la sociología, mientras que para otros ese recurrir a los clásicos se considera un modo fundamental y permanente de teorizar en esta ciencia. Así, el análisis de

la relación entre la teoría social y su pasado nos lleva directamente al de los distintos modelos de ciencia social.

En este marco resulta importante el esfuerzo de autores como Alexander por mostrar el puesto central que en la sociología tienen las teorías clásicas. Aquél señalaba que el clásico tiene la virtud de poder participar permanentemente en los debates teóricos del presente, de decir continuamente cosas valiosas al teórico actual. Esta idea encuentra apoyo en la tesis hermenéutica, según la cual, el pasado y sus contenidos históricos validados constantemente en distintos momentos de la tradición pueden cuestionar la validez de contenidos y versiones actuales. En el ámbito de la teoría social, la historia de ésta se perfila así como una base permanente de reflexión crítica del presente; la tarea de la historia estaría dirigida así a reorientar continuamente el desarrollo de ésta disciplina.

Esta posibilidad para la historia no encuentra acomodo ni en las posturas presentistas ni en las historicistas. Por un lado, como se dijo, ello representa un límite fundamental para la historia presentista. Al conectarse ésta con versiones acumulacionistas del desarrollo científico, no acepta que las teorías actuales deban confrontar su validez con la de las teorías pasadas porque da por hecho que lo válido del pasado queda ya subsumido en el presente. Aún en los casos en que al pasado de la disciplina se le reconoce una función comparativa relativamente importante, como sucede en la historiografía de Merton, se sostiene que dicha función tendría que desaparecer naturalmente en cuanto madurase la sociología. El presentismo se rehúsa pues, a entender a la historia de la disciplina como un factor *permanente* de desarrollo de la ciencia social.

Las versiones del historicismo por su parte también son refractarias a esta cuestión. Para los autores historicistas, la historia de la disciplina no puede contrastar la validez de los enunciados teóricos presentes porque la teoría propiamente no versa sobre eventos históricos, ni la historia sobre debates teóricos; los objetos verdaderamente históricos, decía Jones, sólo pueden ser recuperados por el historiador profesional; pero éstos no sirven al teórico ni al filósofo que habla de reconstrucciones racionales de la ciencia.

En buena medida, las actitudes de ambas historiografías puede deberse a que incurrir en la ya citada ilusión objetivista. Los historicistas afirman la existencia de significados 'originales' del pasado, y que éstos son susceptibles de recuperación a través de una metodología contextualista. En todo este proceso, afirman, es necesario que los historiadores adopten una actitud neutral, o sea, que no basen su estudio del pasado en prejuicios de su contexto ideológico o teórico actual. Por su parte, los presentistas suponen implícitamente que el acercamiento del intérprete hacia el pasado no modificará *de forma fundamental* las concepciones actuales de dicho intérprete (o incluso si lo hiciera, ello sería por un tiempo determinado, el que le tome a la sociología madurar). El pasado, de manera preponderante, es visto como un instrumento legitimatorio del presente.

Incluso las versiones más reflexivas de continuismo, como las de Alexander y Seidman, aún cuando aceptan la necesidad de contextualizar e historizar las teorías del pasado, a fin de comparar los puntos de vista actuales con los que efectivamente provienen del pasado, puede ser que no sometan a una crítica suficientemente rigurosa -a partir de la historia- sus propias versiones sobre el desarrollo de la teoría social.

De este modo, parecen no asumirse todas las consecuencias que trae consigo la tesis hermenéutica de que el pasado pueda fungir como una base permanentemente correctiva del presente. En todos los casos parece haber un supuesto, latente en mayor o menor grado, según el cual es posible al intérprete actual relacionarse con los objetos del pasado sin modificar su comprensión actual de las cosas. Y eso es lo que, desde la reflexión hermenéutica, puede apuntársele como deficiencia elemental a todas las posturas aquí reseñadas. En unos casos, pasado y presente son desconectados como marcos autosuficientes e inconmensurables; en otros casos, son puestos en una sucesión progresiva que, pasando por alto lo que el pasado realmente dice, desemboca siempre en una coronación mecánica del presente. Con ello, queda separada la historia de la investigación histórica: por un lado, los historicistas suponen ingenuamente que el objeto histórico se construye por sí mismo, que está dado de una vez y para siempre sin la intervención de los prejuicios del presente; de ese modo queda anulada la influencia que la propia investigación presente ejerce sobre el pasado; por otro lado, los presentistas no subrayan suficientemente



la historicidad de la interpretación, con lo que no se percibe la influencia de la historia y de la tradición en la investigación.

La intervención de las tesis hermenéuticas iría precisamente encaminada a resaltar tanto la influencia de las directrices de la investigación histórica (que son los prejuicios actuales) en el objeto histórico mismo, como la influencia que dicho objeto (consolidado en la tradición) ejerce sobre toda indagación sobre el pasado. Para la teoría social, es fundamental este recuperar a la historia como un elemento vivo que continuamente está influyendo en la investigación. La teoría social estaría, según esto, continuamente redefiniendo su desarrollo (sus objetos de estudio, sus objetivos, sus métodos, etc.) a partir de -y valiéndose de- la reconstrucción de su historia \*. Esta es precisamente la idea que no cabe en las historiografías tanto presentistas como historicistas. Si la hermenéutica sostiene que lo histórico es precisamente <aquello que no se agota en la interpretación>, los historicistas en cambio, entienden lo histórico como un objeto empírico cuyo significado puede quedar agotado en la interpretación. Se tiene con ello sólo un intento de recuperar significados originales: ahí se acaba la investigación histórica. De igual modo, para los presentistas, lo histórico tiene que ver con el desocultamiento de objetos empíricos del pasado -datos por ejemplo- que pueden resultar útiles para el teorizar actual; la investigación histórica acaba cuando se asimilan y corrigen los errores y límites de las teorías del pasado.

El dilema planteado entre presentismo e historicismo puede ser finalmente un reflejo de la separación que se da entre la historia y su investigación. Las historiografías de la teoría social pueden ser presas del significado ambiguo de la palabra *historia*, que, como apunta oportunamente Ricoeur, nos remite tanto a la sucesión de eventos como a las formas en que relacionamos e interpretamos dichos eventos. En el marco de esta discusión el primer significado señalado se relaciona con la concepción historicista de que la historia debe

---

\* La postura de Mary Hesse expuesta al principio de este trabajo (pp. 32-33), de alguna forma estaría en congruencia con esta conclusión. Hesse sostenía que, como a fin de cuentas 'la lógica de la ciencia es interpretación circular, reinterpretación y autocorrección de los datos en términos de teoría, y de la teoría en términos de datos', 'la formación de la teoría en las ciencias de la naturaleza depende, no menos que en las ciencias sociales, de interpretaciones que pueden realizarse conforme al modelo hermenéutico del *Verstehen*'. La unidad que realiza Hesse entre lo teórico y lo observacional, donde ambos ejercen una influencia recíproca que los redefine constantemente, es similar a la que Gadamer supone que se da entre la historia y la interpretación histórica.

ocuparse de describir los objetos del pasado por sí mismos, o sea, sin intentar comunicarlos con el presente. Por su parte las versiones asociadas al presentismo se ocupan más de narrar la continuidad, de interpretar la relevancia de esos objetos del pasado para con el presente.

Si aceptamos el carácter ambiguo del término 'historia', no se podría desde luego excluir ninguno de los niveles presentista e historicista. En una interpretación sobre la teorías sociales del pasado se requeriría tanto de una metodología contextualista recuperadora de la especificidad histórica de dichas teorías, como de una que permita evaluar la relevancia de ellas en el presente. Con la finalidad de que puedan evitarse problemas como el dilema entre presentismo e historicismo, creo que pudieran resultar útiles algunas sugerencias que atiendan dicha dificultad.

En general, parece haber una necesidad de compenetrar ambos enfoques en la historia de la teoría social: se requiere historizar los significados del pasado 'tal como fueron', así como la labor del intérprete, que se guía por prejuicios *teóricos* presentes (Peel).

Como esos prejuicios son una herencia del pasado, y como el presente es una guía insustituible de interpretaciones históricas (en el sentido de que no habría éstas sin puntos de partida proporcionados por la tradición o contexto sociohistórico), se daría una influencia mutua entre historia e investigación (Gadamer y Ricoeur). Por ello, el intérprete estaría en la situación de suponer justificadamente que existiría en principio alguna especie de comunicación y continuidad entre pasado y presente. En esta misma línea, sería necesario asumir una postura ante los argumentos sobre la imposibilidad de reconstruir significados originales, así como el intentar mostrar -contra una historia ingenuamente inductivista- porqué los intereses que guían la investigación habrían de ser *teóricos* y no sólo que sean presentes como aceptaba Jones. Según esto, el teórico social es el que habría de hacer la historia de la teoría social (Alexander).

Por otro lado, parece necesario reconocer la utilidad de criterios metodológicos dedicados a la recuperación del contexto en que son producidas las diversas teorías sociales, a fin de contar con la posibilidad de decidir si las interpretaciones del pasado son o no anacrónicas.

En este sentido sería quizás oportuna la recomendación que se hacía a través Skinner y Jones, de historizar los contenidos del pasado. Serían relevantes en este marco criterios como los provenientes de la ‘teoría de los actos de habla’ de J. L. Austin y J. Searle, y en general aquellos que llaman la atención sobre los límites que los textos y los contextos imponen a los significados (Ricoeur, Gadamer, etc.).

En concordancia con lo anterior, sería necesario quizás el suponer a la revisión de prejuicios como tarea fundamental de la historia de la teoría social; es decir, plantear la necesidad de que el intérprete adopte una actitud de ‘dejar hablar al pasado’ y de aceptar que sus propias concepciones actuales pueden cambiar merced a este contacto reflexivo con el pasado (Gadamer). En el ámbito propio de la teoría social, sería oportuno considerar el hecho de que el pasado puede de hecho reorientar la teoría actual (Alexander y su tesis de que los clásicos tienen que ver con la aparición de nuevas escuelas sociológicas después de la Segunda Guerra Mundial).

Al parecer aún no se cuenta con una metodología historiográfica en teoría social que sintetice los dos enfoques requeridos. Estos trabajan por separado aún. Finalmente la unidad de ambos enfoques, y con ello la superación del dilema, pudiera tomar como heurística lo que Gadamer llamaba la historia efectual, momento en que se sintetizan la historia y la interpretación de ésta.

Sin que dicho debate se haya generalizado en la sociología contemporánea, es decir, sin que haya una especie de consenso entre los teóricos sociales actuales sobre la necesidad de colocar la revaloración de la historia de su ciencia como un tema vital en la agenda de debates sobre la actual ‘crisis de paradigmas’ en sociología, el conjunto de puntos de vista sobre este particular que hemos seguido hasta aquí, pudiera incorporarse por lo menos a un marco de referencia provisional para la revisión de las diversas historias de la teoría social existentes, así como de las relaciones entre ellas y las teorías actuales.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, Jeffrey: "La centralidad de los clásicos", en A. Giddens y J. Turner (comps.), *La teoría social, hoy*, México, Alianza-Conaculta, 1990.
  - *Theoretical logic in sociology*, 4 vols. University of California Press, 1982. Vol. I, "Positivism, presuppositions and controversies", Vol II. "The antinomies of classical thought: Marx and Durkheim. Chapter one: Prolegomena. General theoretical argument as interpretation: the critical role of 'readings' ".
  - *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial, análisis multidimensional*, Barcelona, Gedisa, 1989.
  - "Looking for theory", en *Theory and society*, 10 (2), 1981.
  - "El nuevo movimiento teórico", en *Estudios sociológicos*, El Colegio de México, VI (17), 1988.
- ALEXANDER, J., y Colomy, Paul: "El neofuncionalismo hoy; reconstruyendo una tradición teórica", en *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, 7 (20), 1992.
- BERNSTEIN, Richard: *La reestructuración de la teoría social y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
  - "Philosophy, history and critique", en *The new Constelation: the ethical-political horizons of modernity*, 1992.
- BRYANT, Christopher: "Development and direction in sociology: the american way and others", en *British Journal of Sociology*, 35 (4), 19 ?
  - "Towards post-empiricist sociological theorizing", en *British Journal of Sociology*, 40 (2), 1989.
- BURGER, Thomas: "Multidimensional problems: a critique of Jeffrey Alexander's Theoretical logic in sociology", *The Sociological Quarterly*, 27 (2), 1986.
- CAMIC, Charles: "On the methodology of the history of sociology: a reply to Jones", en *American Journal of Sociology*, 86 (5), 1981.
  - "The utilitarians revisited", en *American Journal of Sociology*, 85 (3) 1979.
- COLLINS, Randall: "Jeffrey Alexander and the search for multi-dimensional theory", en *Theory and society*, 14 (6), 1985

- CROTHERS, Charles: *Robert K. Merton*, N. Y. Tavistock Publications LTD, 1987.
- DILTHEY, W. : "The understanding of other persons and their life-expressions", en K. Mueller-Vollmer (ed.), *The hermeneutic reader*, N. Y. Continuum, 1988.
- EISENSDAT, S. N. y Curelaru, M.: *The form of sociology -Paradigms and crises*, Nueva York, Ediciones John Wiley and Sons, 1976.
- FARFAN, Rafael: "La repercusión de los conceptos de *paradigma y ciencia normal* de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales. Una reflexión crítica", en *Sociológica*, 3 (7-8), UAM- Azcapotzalco, 1988.
- GADAMER, H. G.: "La historicidad de la comprensión como principio hermenéutico", en *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977.
- GARCIA, José L.: *Merton*, México, Edicol, 1979, (Sociológica Pensadores 17).
- GIBBONS, M.: *Interpreting politics*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.
- GIDDENS, Anthony: *Social theory and modern sociology*, Stanford U. Press, 1987.
  - *Central problems in social theory (Action, structure and contradictions in social analysis)*, The McMillan Press, 1979.
  - *Studies in social and political theory*, N. Y. , Basic Books, 1977.
  - *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- GIROLA, Lidia: "Desafíos teóricos después de la crisis", en *Sociológica*, 7 (20), UAM-Azcapotzalco, 1992.
- HABERMAS, Jürgen: *La lógica de las ciencias sociales*, México, REI, 1993.
- HEMPEL, Carl G. : *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza Universidad, 1980.
- HERNANDEZ Prado, J.: "Tradiciones de investigación y presuposiciones generales en la sociología", en *Sociológica*, 7 (20), UAM-Azcapotzalco, 1992.
- HESSE, Mary: "Teoría y observación", en Olivé, L. y Pérez R., A.(comps.): *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, México, UNAM-Siglo XXI, 1989.
- ISSA, Jorge (comp.): *Aproximación a la metodología de las ciencias sociales*, México, UAM-I, 1994.

- JAY, Martin: "Should intellectual history take a linguistic turn?" Reflections on the Habermas Gadamer debate", en D. Capra y S. Kaplan (eds.), *Modern Intellectual History*, 1982.
- JONES, Robert Allun: "On understanding a sociological classic", en *American Journal of Sociology*, 83 (2), 1977.
  - "On Quentin Skinner", en *American Journal of Sociology*, 87 (2), 1981.
  - "On Camic's antipresentist methodology", en *American Journal of Sociology*, 86 (5), Marzo 1981.
  - "Durkheim, Frazer, and Smith: The role of analogies and exemplars en the development of Durkheim's sociology of religion", en *American Journal of Sociology*, 92 (3), 1986.
- KUHN, Thomas S.: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, (Breviarios 213).
- LAKATOS, Imre y Musgrave: *Crítica y conocimiento*, Barcelona , Grijalbo, 1975 (Teoría y realidad, 8).
- LAUDAN, Larry: "Un enfoque de solución de problemas al progreso científico", en Ian Hacking (comp.), *Revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- McCARTHY, Thomas: *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, Madrid, Tecnos, 1992.
- McINTYRE, Alasdair: "Epistemological crisis, dramatic narrative and the philosophy of science" en *Philosophy and Rethoric*, 60 (4), octubre 1977.
  - "La idea de una ciencia social", en Ryan, A.: *La filosofía de la explicación social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976 (Breviario 261).
- MERTON, Robert K.: *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
  - *On theoretical sociology*, N.Y. , The Free Press, 1949.
  - *On the shoulders of giants*, N.Y. , The Free Press, 1965.
- MIGNOLO, Walter: *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, UNAM, 1986.
- OLVERA, Margarita: "Hermenéutica y teoría social", en *Sociológica*, 7 (20), UAM-Azcapotzalco, 1992.

- PARSONS, Talcott: "La teoría positivista de la acción", en *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama, 1968.
- PEEL, John D. Y.: "Sociology and its History" en *Spencer. The evolution of a sociologist*, N. Y. Basic Books, 1972
- POCOCK, J.G. A.: "Time, institutions and action: an essay on traditions and their understanding".
- POPPER, Karl R.: *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Taurus, 1992.
  - *Conocimiento objetivo*, Madrid, Tecnos, 1992.
  - *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, Paidós, 1991.
- RICOEUR, Paul: *Hermeneutics and the human sciences*, John Thompson (ed. y trad.), Cambridge University Press, 1985.
  - *Relato: historia y ficción*, México, Dosfilos editores, 1994.
- RORTY, Richard: "The historiography of philosophy", en *Philosophy in history*, Cambridge University Press.
- ROLLER, José L. (comp.): *Estructura y desarrollo de las teorías científicas*, México, UNAM, 1986.
- SEARLE, John: *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1990.
- SEIDMAN, Steven: "Beyond presentism and historicism: Understanding the history of social science", en *Sociological Inquiry*, University of Texas Press, 53 (1), 1983.
  - *Liberalism and the origins of European social theory*, University of California Press, 1983.
- SCHUTZ, Alfred: *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.
- SKINNER, Quentin: "Meaning and understanding in the history of ideas", en *Meaning and context*, Princeton University Press, 1988.
- SKINNER, Quentin (comp.) *El retorno a la gran teoría*, Madrid, Alianza Universidad.
- STRAUSS, Leo: *What is political philosophy? and other studies*, The University of Chicago Press, 1988.
- TULY, James: "The pen is a mighty sword: Quentin Skinner's analysis of politics" en Skinner, Q., *Meaning and context*, Princeton U. Press, 1988.

- TURNER, Johnatan: "Teorizar analítico" en A. Giddens y J. Turner (comps.) *Op. cit.*
- TURNER, Johnatan y Beeghley L.: *The emergency of sociological theory*, Illinois, The Dorsey Press, 1981.
- VELASCO G: Ambrosio: *Teoría política: Filosofía e historia. ¿Anacrónicos o anticuarios?* , México, UNAM, 1995.
  - "Historia y filosofía en la interpretación de las teorías políticas", en *Critica*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, 25 (75), 1993.
- WALLACE, W.: "Alexandrian sociology", en *American Journal of sociology*, 90 (3), 1984.
- WEBER, Max: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
- WRIGHT Mills, Ch.: *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- WRIGHT, G.H. von, : *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Universidad, 1987.
- WINCH, Peter: "Para comprender a una sociedad primitiva" en *Alteridades* 1 (1), UAM-Iztapalapa, 1991.
  - *Ciencia social y filosofía*, B. Aires, Amorrortu, 1971.
- ZEMELMAN, H.: "Historia y racionalidad en el conocimiento social", en *De la historia a la política*, México, Siglo XXI, 1989.